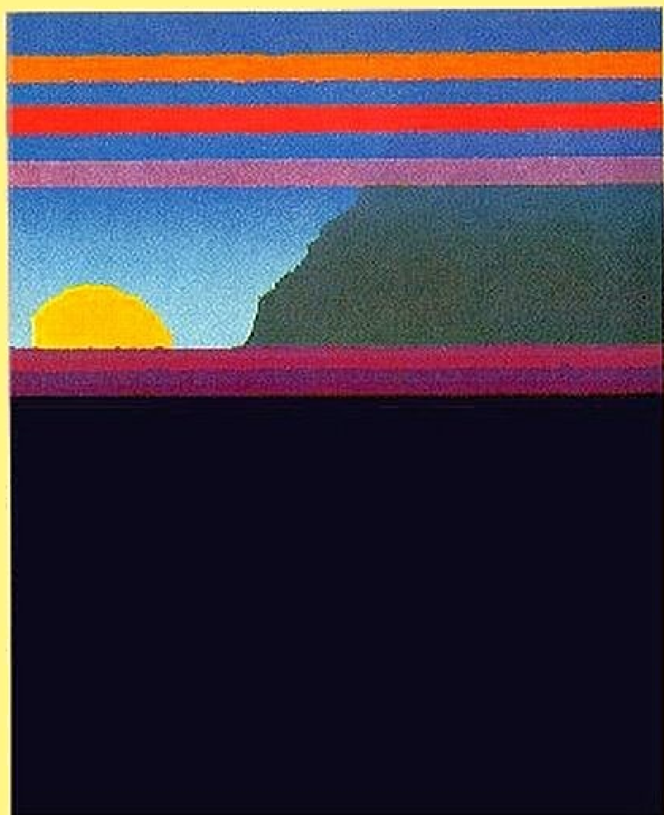
JULIAN
BARNES

Mirando al sol



Un piloto de la Segunda Guerra Mundial ve salir el sol mientras vuela sobre el Canal de la Mancha; desciende luego tres mil metros y, para su sorpresa, contempla luego una nueva salida del sol. Esta imagen, brillantemente descrita, constituye el punto de partida de la primera novela publicada por Julián Barnes después de la sorpresa y el éxito mundiales de *El loro de Flaubert.* En esta ocasión, Barnes adopta un tono más narrativo y toma el punto de vista de una mujer para, a través de la historia de su vida, provocar en el lector una reflexión ética acerca del heroísmo, el suicidio, la muerte.

En la vida de la protagonista no abundan los acontecimientos notables. Es más, Jean Serjeant es un flaubertiano *coeur simple,* pero su propia simpleza, por su terca curiosidad y su extraña inocencia, la convierten en un ser extraordinario. De modo que la trama de su vida no la formarán su desolado matrimonio, su decisión de abandonar al torpe esposo, su vida solitaria y prolongada hasta el 2021, sino toda una serie de preguntas que la cercarán de modo obsesivo. Algunas serán triviales (¿cómo fumar todo un pitillo sin que se caiga la ceniza?), y otras sublimes (¿es absoluta la muerte? ¿es absurda la religión? ¿es permisible el suicidio?), y no siempre encontrará respuestas satisfactorias, de modo que acabará preguntándose por la legitimidad de esas preguntas.

«Julián Barnes es uno de nuestros escritores más inteligentes». (Ian Hamilton, *London Review of Books).*

«Mirando al sol consigue ser, a la vez, divertida y desolada…, compulsivamente legible». (Kate Kellaway, *The Literary Review*).

«Julián Barnes, malabarista y taumaturgo. En *Mirando al sol,* una serie de interrogantes trascendentes sobre el valor, la certidumbre, la vejez, la muerte o la fe se revelan como insólita y divertida materia narrativa». (J. A. Masoliver Rodenas, *La Vanguardia*).

«Una maravillosa epifanía literaria». (Carlos Fuentes).



Julian Barnes

Mirando al sol

ePub r1.0
Titivillus 19.04.15

Título original: *At The Sun*
Julian Barnes, 1986
Traducción: Agustín Tena

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



A Pat

Esto es lo que ocurrió. En una oscura y calmada noche de junio de 1941, el sargento piloto Thomas Prosser volaba furtivamente sobre el norte de Francia. Su Hurricane IIB estaba camuflado con pintura negra. En el interior de la carlinga, la luz roja del panel de instrumentos iluminaba suavemente las manos y la cara de Prosser, en cuya mirada resplandecía el ardor de un vengador. Pilotaba con el casco a la espalda, ansiando descubrir en tierra las luces de un aeródromo o en el cielo los colores rusientes del escape de un bombardero. Prosser esperaba, en la última media hora antes del alba, la aparición de un Heinkel o un Dornier a su regreso de alguna ciudad inglesa. El bombardero ya habría superado los cañones antiaéreos, declinado la publicidad de los reflectores y eludido la cortina de globos y cazas nocturnos; una vez estabilizado, los tripulantes pensarían en el café caliente engordado con achicoria y el tren de aterrizaje descendería crujiendo… y entonces les llegaría el regalito del astuto cazador furtivo.

Esa noche no cayó ninguna pieza. A las tres y cuarenta y seis Prosser puso rumbo a la base. Atravesó la costa francesa a dieciocho mil pies. Su decepción parecía haber retrasado el retorno más de lo habitual, pues al mirar hacia el este sobre el Canal vio el sol, que empezaba a salir. En un aire vacío y sereno, el sol se separó con calma y firmeza de la pegajosa línea amarilla del horizonte. Prosser siguió su lenta exposición. Por un reflejo adquirido giraba el cuello bruscamente cada tres segundos, pero no es probable que hubiera avistado un caza alemán, de haberlo habido. Solo podía percibir el sol que salía del mar: imponente, inexorable, casi cósmico.

Por fin, cuando el globo naranja se recostó zalamero sobre el lecho de las olas distantes, Prosser pudo mirar a lo lejos. Era consciente de estar otra vez en peligro: en la clara mañana, su negro aeroplano era tan visible como un predador ártico inoportunamente

sorprendido en un cambio de pelaje. Ladeándose y virando, virando y ladeándose, pudo ver debajo de él un largo rastro de humo negro. Un barco solitario, quizá en apuros. Descendió rápidamente hacia las olas minúsculas y titilantes hasta distinguir un mercante con forma de huso que navegaba con proa al oeste. Pero el humo negro había desaparecido, y todo parecía en orden; probablemente acababan de cargar las calderas.

A unos ocho mil pies Prosser recuperó la horizontal y puso rumbo a la base. Mediado el Canal, igual que los tripulantes de los bombarderos alemanes, se permitió pensar en el café caliente, y en el sandwich de bacon que comería tras entregar su informe de vuelo. Entonces ocurrió algo. La velocidad de su descenso había vuelto a esconder el sol detrás del horizonte, y al mirar al este lo vio salir de nuevo: el mismo sol saliendo del mismo sitio a través del mismo mar. Una vez más, Prosser olvidó toda precaución y solamente contempló: el globo naranja, la línea amarilla, la repisa del horizonte, el aire sereno y la tersa y tranquila elevación del sol saliendo entre las olas por segunda vez en aquella mañana. Ya nunca olvidaría aquel milagro ordinario.

Primera parte

¿Me preguntas qué es la vida? Es como preguntar qué es una zanahoria. Una zanahoria es una zanahoria, y eso es todo lo que sabemos

Chéjov a Olga Knipper, 20 de abril de 1904

Los demás daban por sentado que sería un esfuerzo excesivo, volver la vista noventa años atrás. Una visión del túnel, suponían; como mirar a través de una pajita. No era así. A veces el pasado se proyectaba cámara en mano, a veces se alzaba monumental en un escenario coronado por un arco de adornos de escayola y cortinas colgantes, a veces surgía sin dificultad, como una historia de amor de la época muda: agradable, desenfocada y difícilmente creíble. Y otras veces era solo una sucesión de imágenes fijas prestadas por la memoria.

El Incidente con tío Leslie —primer Incidente de verdad en su vida— llegó como una secuencia de transparencias de linterna mágica. Una moralidad de color sepia, con un adorable villano que incluso tenía mostacho. Por entonces ella tenía siete años; era Navidad; tío Leslie era su tío favorito. La Transparencia N.° 1 le mostraba inclinándose desde su enorme altura para alcanzarle un regalo. Jacintos, susurró, entregándole un tiesto de color caramelo rematado por un manto de papel marrón. Llévalos a la fresquera y espera a que llegue la primavera. Ella quería verlos ahora. No, todavía no habrán brotado. ¿Cómo podía estar seguro? Más tarde, en secreto, Leslie rasgó una esquina del envoltorio de papel marrón para que ella escudriñara su interior. ¡Qué sorpresa! *Ya* había brotado. Cuatro finos botones ocres, de un centímetro de longitud. Tío Leslie hizo la mueca reticente del adulto sorprendido por la sabiduría del menor. En todo caso, explicó, ese era otro motivo más para no volver a mirarlos hasta la primavera: si recibían más luz crecerían en exceso y perderían su fuerza.

Puso los jacintos en la fresquera y esperó sus progresos. Pensaba en ellos con frecuencia, preguntándose qué aspecto podía tener un jacinto. Transparencia N.° 2. A finales de febrero fue a la cocina con una linterna, apagó la luz, sacó el tiesto, hizo un pequeño agujero,

acercó la linterna y miró ansiosamente. Allí seguían los cuatro prometedores botones, todavía de un centímetro de longitud. Al menos no parecían dañados por la luz que les entró en Navidad.

A finales de febrero miró otra vez pero, obviamente, todavía no había empezado la estación de crecimiento. Tres semanas después el tío Leslie pasó a visitarles antes de ir a jugar al golf. Durante la comida se volvió hacia ella con aire conspirador y preguntó:

—Bueno, Jeanie, ¿jacintan ya los jacintos de Navidad?

—Me dijiste que no los mirara.

—Eso dije. Eso dije.

Volvió a mirar a finales de marzo, y otra vez —Transparencias N.° 5 al 10— el dos, cinco, ocho, nueve, diez y once de abril. El día doce su madre accedió a hacer un examen más detenido del tiesto. Extendieron el *Daily Express* del día anterior sobre la mesa de la cocina y deshicieron cuidadosamente el envoltorio de papel marrón. Los cuatro brotes ocres no habían avanzado nada. La señora Serjeant los miró con desasosiego.

—Creo que lo mejor será tirarlos, Jean.

Los adultos siempre estaban tirando cosas. Esa era una de las grandes diferencias, sin duda. A los niños les gustaba guardarlas.

—Quizá estén creciendo las raíces.

Jean comenzó a apartar la espesa tierra apretada contra las pequeñas puntas.

—Yo no lo haría —dijo mamá. Pero era demasiado tarde. Uno a uno, Jean excavó cuatro tees de golf en madera, colocados al revés.

Curiosamente, el Incidente no le hizo perder la fe en tío Leslie. En cambio, perdió la fe en los jacintos.

Al mirar atrás, Jean suponía que de niña debió de tener amigas, pero no lograba recordar aquella confidente especial de sonrisa cómplice y agitada, ni los juegos en el patio del colegio, el salto a la comba y las guerras con bellotas, ni tampoco los mensajes secretos pasados entre los pupitres manchados de tinta en una escuela de pueblo, sobre cuya puerta había una desalentadora inscripción en piedra. Quizá ella tuvo todo eso, quizá no. Retrospectivamente, el tío Leslie le había bastado como amigo. Tenía el pelo rizado, que mantenía perfectamente engominado, y un blazer azul oscuro con la insignia del regimiento en el bolsillo superior. Sabía hacer vasos de vino con envoltorios de caramelos, y cuando salía a jugar al golf

siempre lo llamaba «corretear por el Viejo Cielo Verde». Tío Leslie era el tipo de hombre con el que le hubiese gustado casarse.

Poco después del incidente de los jacintos comenzó a llevarla con él al Viejo Cielo Verde. Al llegar la sentaba en un banco enmohecido junto al aparcamiento y, con fingida severidad, la dejaba al cuidado de los palos.

—Yo voy a lavarme detrás de las orejas.

Veinte minutos después partían hacia el primer tee. Tío Leslie llevando los palos y oliendo a cerveza, Jean con el palo para arena al hombro. Se trataba de una treta inventada por el supersticioso Leslie: siempre que Jean tuviese preparado ese palo especial para la arena, la trayectoria sería buena y la bola nunca iría a parar al bunker.

—No dejes caer la cabeza del palo —decía— o habrá aquí más arena volando que en el desierto de Gobi en un día de viento.

Y ella se colocaba el hierro al hombro como un rifle. Una vez, sintiéndose cansada en la colina del hoyo quince, lo llevó arrastrándolo desde el tee, y el segundo golpe de tío Leslie fue a parar a un bunker, situado quince metros más allá.

—Mira lo que has hecho —dijo, aunque parecía tan complacido como contrariado—. Tendrás que comprarme una en el diecinueve por esto.

Tío Leslie solía recurrir a un divertido código que ella simulaba comprender. Todo el mundo sabía que en un campo de golf solo hay dieciocho hoyos, y que ella no tenía dinero, pero Jean asentía como si siempre estuviera comprando una a la gente —una ¿qué?— en el diecinueve. Cuando creció alguien le explicó el código, aunque hasta entonces no le había importado ignorarlo. Pero algunas cosas sí las comprendía. Si la bola se desviaba desobediente hacia los árboles, Leslie musitaba a veces: «Una por los jacintos», la única alusión que hizo nunca al regalo de Navidad.

Pero la mayoría de sus comentarios la sobrepasaban. Caminaban resueltamente por la calle, él con su bolsa llena de suaves golpeteos de nogal y ella con el hierro al hombro. A Jean no le estaba permitido hablar: tío Leslie le había explicado que la charla le impedía concentrarse en el próximo golpe. A él, por el contrario, sí le estaba permitido hablar, y cuando se dirigían a buen paso hacia un lejano destello blanco que a veces resultaba ser un pedazo de

papel, se detenía, se agachaba y le susurraba sus pensamientos secretos. En el cinco le contó que los tomates producían cáncer, y que el sol nunca se pondría en el Imperio; en el diez supo que los bombarderos eran el futuro, y que el viejo Musso podría ser italiano, pero que sabía por dónde iban los tiros. Una vez se pararon en el corto hoyo doce (una actuación sin precedentes en un par tres) y Leslie le espetó gravemente:

—Además, tu *judío* realmente no *disfruta* con el golf.

Luego siguieron avanzando hacia el bunker a la izquierda del green, y Jean no dejó de repetirse esta verdad inesperadamente revelada.

Le gustaba ir al Viejo Cielo Verde; nunca se sabía muy bien lo que podía suceder. Una vez, después de lavarse detrás de las orejas más extensamente que de costumbre, el tío Leslie cayó en el profundo canal que había junto al cuatro. Jean fue obligada a ponerse de espaldas, pero no pudo evitar escuchar un prolongado chapoteo de notable volumen e implicaciones. Escudriñó por debajo del brazo (no era igual que mirar), y vio aparecer por entre los crecidos helechos una nube de vapor.

A continuación venía el truco de tío Leslie. Entre el green del nueve y el tee del diez, rodeada de jóvenes abedules plateados, había una pequeña choza de madera con forma de casita de pájaro. Aquí es donde tío Leslie hacía a veces su truco, si el viento soplaba en la dirección adecuada. Sacaba un cigarrillo del bolsillo superior de su chaqueta de tweed con coderas de cuero, lo dejaba sobre su rodilla, le pasaba las manos por encima como un mago, se lo llevaba a la boca, guiñaba lentamente un ojo a Jeanie, y encendía una cerilla. Ella se sentaba a su lado, contenía la respiración e intentaba no removerse demasiado. Como decía tío Leslie, una aspiración o una exhalación podían echar a perder el truco. Y también un culo inquieto.

Pasados uno o dos minutos, ella deslizaba la mirada hacia un lado procurando moverse muy poco. El cigarrillo tenía dos centímetros de ceniza, y el tío Leslie le daba otra calada. A la siguiente mirada había echado la cabeza ligeramente hacia atrás, y medio cigarrillo era pura ceniza. De aquí en adelante tío Leslie nunca la miraba; en lugar de ello se concentraba con todo cuidado en reclinarse levemente, despacio, con cada calada. Al final su

cabeza formaba un ángulo recto con la columna vertebral, y el cigarrillo, ahora todo ceniza excepto el trocito por donde Leslie lo sujetaba, se alzaba vertical en dirección al techo de la casita de pájaro. El truco había funcionado.

Entonces él alargaba la mano izquierda y le daba un toque en el hombro; ella se levantaba sigilosa, procurando no respirar, nada de gruñidos ni de resoplidos que hicieran caer la ceniza sobre la chaqueta con coderas de cuero de Leslie, y seguía hacia el tee del diez. Dos minutos después Leslie volvía junto a ella sonriendo un poquito. Nunca le preguntó cómo hacía el truco, tal vez porque pensaba que no se lo diría.

También solían gritar. Siempre sucedía en el mismo lugar, más allá del triángulo de hayas húmedas y olorosas que se introducía en el tortuoso hoyo catorce. Cada vez que tío Leslie había ejecutado tan mal el drive que debían ponerse a buscar en la zona más desolada del bosque, donde los troncos enmohecían y había gruesos hayucos por el suelo. La primera vez se encontraron frente a un portillo que tenía un tacto muy viscoso, aunque hacía días que no llovía. Se subieron al portillo y desde allí ojearon unos pocos metros de césped crecido. Tras un inútil rastreo y mucho rebuscar con los palos, tío Leslie se había agachado para decir:

—¿Por qué no pegamos un buen grito?

Ella le devolvió la sonrisa. Evidentemente, lo que se hacía en estas ocasiones era pegar un buen grito. Después de todo, daba mucha rabia no encontrar la bola. Leslie siguió explicando:

—Cuando ya no puedas gritar más debes dejarte caer al suelo. Son las reglas.

Entonces echaban las cabezas hacia atrás y gritaban al cielo. Tío Leslie tenía una voz profunda, sonaba como un tren saliendo de un túnel; la de Jean sonaba alta y algo fluctuante, como si no supiera hasta dónde le llegaría la respiración. Con los ojos abiertos —esto parecía ser una regla no escrita— había que dirigir la mirada al cielo, como retándole a aceptar tu desafío. Entonces volvías a tomar aire y gritabas otra vez, con más confianza, con mayor insistencia. Luego otra vez, y en las pausas para tomar aire oías la oscilación y el rugido de los ruidos ferroviarios de Leslie; de repente llegaba el agotamiento: ya no te quedaba un solo grito y te dejabas caer al suelo. Ella se habría dejado caer aunque no lo hubieran dicho las

reglas; la fatiga le recorría el cuerpo como una ola interior.

Tío Leslie cayó rodando unos cuantos metros y se oyó un buen trompazo. Luego se miraron desde el suelo, alzando la vista de cuando en cuando hacia el cielo apacible. Pequeñas nubes se interponían bandeándose comedidamente, como suspendidas de mala gana; pero puede que este movimiento se lo dieran las jadeantes figuras supinas. Las reglas establecían claramente que se podía jadear tanto como se quisiera.

Un rato después, oyó toser a Leslie.

—Bueno —dijo él—, creo que puedo permitirme un golpe gratis.

Y se arrastraban de vuelta al portillo viscoso, pasaban entre los crujientes hayucos hasta llegar al ángulo del catorce donde tío Leslie, tras comprobar que no había espías en los alrededores, clavaba un tee con el pulgar en el centro de la calle, hacía saltar sobre él una reluciente bola nueva y la golpeaba con el hierro dejándola a unos cien metros en dirección al green. Y eso a pesar de haber gritado tanto, pensó Jean.

Unicamente iban a gritar cuando Leslie salía muy mal del tee, lo que solo parecía suceder cuando la cancha estaba vacía. Y no lo hicieron muy a menudo, porque después de la primera vez Jean contrajo la tosferina. El contraer la tosferina no alcanzó la categoría de Incidente, pero la rogativa del tío Leslie si lo fue. O más bien el resultado de la rogativa de tío Leslie. Llevaba cuatro días en la cama cuando llegó y la encontró graznando como un pájaro exótico en algún cielo extranjero. Se sentó en la cama con el blazer de la insignia, oliendo un poco como si viniera de lavarse detrás de las orejas, y en vez de preguntar cómo se encontraba murmuró:

—¿No les habrás contado lo de nuestros gritos?

Ella no había dicho nada.

Jean asintió. Era, notablemente, un buen secreto. Pero tal vez los gritos fueran la causa de la tosferina. Su madre siempre le decía que no se sobreexcitara. Quizá los gritos habían sobreexcitado su garganta y por eso estaba chillando como un pájaro. Tío Leslie se comportaba como si tuviera la sospecha de que era culpable de algo. Cuando emitía su terrorífica llamada de pájaro, él intentaba mirar hacia otro lado.

Dos días después la señora Serjeant dejó al borde de la cama la ropa interior de invierno de Jean, luego un vestido grueso, su

abrigo de invierno, una bufanda y una manta. Se la veía molesta pero resignada.

—Vámonos. Tío Leslie ha hecho una rogativa.

Jean descubrió que la rogativa de tío Leslie incluía un taxi. Su primer taxi. Camino del aeródromo procuró no mostrarse sobreexcitada. Al llegar a Hendon, su madre no se bajó del coche. Se cogió de la mano de su padre mientras este le explicaba que las partes de madera del De Havilland eran de abeto. Dijo que la madera de abeto era muy dura, casi tanto como las partes metálicas del aeroplano, y que no debía preocuparse. No estaba preocupada.

Sesenta minutos de vistas sobre Londres, salidas cada hora. Entre la docena de pasajeros había otros dos niños envueltos como fardos aunque fuera agosto; quizá también sus tíos habían hecho rogativas. Su padre se sentó al otro lado del pasillo y le prohibió moverse para intentar mirar hacia afuera: se trataba, dijo, de un vuelo con fines médicos, no didácticos. Se pasó todo el viaje contemplando el respaldo del asiento de mimbre que tenía ante sí, agarrado a sus rodillas. Daba la sensación de que podía sobreexcitarse en cualquier momento. Cuando el De Havilland se inclinó para virar, Jean pudo ver, tras los gruesos motores y las líneas cruzadas de las riostras, algo que podía ser Tower Bridge. Se volvió hacia su padre.

—Chist —replicó él—. Me estoy concentrando para que te mejores.

Pasó un año antes de que ella y el tío Leslie volvieran a gritar juntos. Brincaron por el Viejo Cielo Verde, desde luego, pero, misteriosamente, el drive de Leslie en el tortuoso catorce adquirió una rara precisión. Cuando, por fin, al verano siguiente impulsó la bola con el palo logrando un alto y sonoro golpe, la bola pareció saber perfectamente adonde debía ir a parar. Igual que ellos: pasando el largo rough, entre las húmedas hayas, más allá del portillo viscoso, hasta el césped sin segar. Gritaron al aire caliente y cayeron bruscamente sobre sus espaldas. Jean se puso a explorar el cielo en busca de aeroplanos. Revolvió los ojos dentro de sus órbitas e inspeccionó hasta donde llegaba la vista. No había nubes ni aeroplanos; era como si ella y tío Leslie hubieran vaciado el cielo con el estruendo. Nada excepto el azul.

—Bueno —dijo Leslie—, creo que puedo permitirme un golpe

gratis. —No habían buscado la bola al cruzar el bosque, y tampoco la buscaron en el camino de vuelta.

La tercera vez que fueron a gritar sí hubo un aeroplano. Jean no lo advirtió mientras lanzaban voces al cielo, pero al quedarse jadeando boca arriba, mientras se movían lentamente las nubes suspendidas, pudo percibir un zumbido lejano. Era demasiado regular para ser un insecto, sonaba cercano y distante al mismo tiempo. Apareció entre dos nubes, breve y ruidoso, luego se ocultó, reapareció y se fue zumbando despacio hacia el horizonte, perdiendo altura. Imaginó los gordos motores, las riostras silbantes y los niños envueltos como fardos.

—Cuando Lindbergh cruzó el Atlántico —comentó Leslie a cierta distancia—, llevaba cinco sandwiches. Solo comió uno y medio.

—¿Qué pasó con los otros?

—¿Qué otros?

—Los otros tres y medio.

Leslie se puso en pie, parecía de mal humor. Quizá a ella no le estaba permitido hablar aunque no estuvieran en la calle. Finalmente, cuando se arrastraban entre los hayucos, esta vez buscando la bola, él dijo en tono irritado: «Probablemente estén en un museo del sandwich».

Un museo del sandwich. Jean se preguntó si tal cosa existiría. Pero sabía que no debía preguntar nada más. Poco a poco, en los dos hoyos siguientes, el humor de Leslie fue mejorando. En el diecisiete, tras recorrer la calle con una mirada, se puso de nuevo en plan conspirador.

—¿Jugamos al juego de los cordones?

Era la primera vez que lo mencionaba, pero ella estuvo inmediatamente de acuerdo.

Tío Leslie pateó la bola descaradamente hacia el rough. Cuando llegaron a donde estaba, se agachó y se quitó los zapatos de color marrón y blanco. Buscó los extremos libres de los cordones y los colocó cruzados en el interior de los zapatos, luego la miró e hizo un gesto. Ella se quitó los zapatos negros de paseo e hizo lo mismo. Observó cómo volvía él a ponérselos con cómica seriedad, metiendo primero los dedos y luego el resto del pie. Hizo lo mismo, y entonces él parpadeó, se arrodilló ante ella como un pretendiente, pasó la mano sobre la piel del zapato y tiró lentamente de ambos

cordones hasta que salieron de la suave planta del pie izquierdo. Jean reía disimuladamente. Era maravilloso. Al principio eran solo cosquillas, y luego más cosquillas pero con una sensación de placer que se le subía hasta el estómago. Cerró los ojos y tío Leslie extrajo los cordones del pie derecho arrastrándolos parsimoniosamente. Con los ojos cerrados era mejor todavía.

Ahora le tocaba a él. Se puso en cuclillas frente a sus pies. A esa distancia los zapatos le parecieron enormes. Los calcetines tenían un lejano olor a granero.

—A mí de uno en uno —dijo en voz baja, y ella agarró el primer cordón casi por donde se perdía en el ojete. Tiró de él y nada ocurrió; tiró otra vez, con más violencia, él meneó el pie y el cordón quedó repentinamente libre.

—Mal —dijo él—. Demasiado rápido. Mételo otra vez.

Arqueó el pie y ella metió el largo cordón marrón en el zapato, entre el calcetín húmedo y la planta. Entonces tiró de nuevo, con suavidad; el cordón salió fácil y lentamente, y al no oír más que silencio sobre su cabeza dedujo que lo había hecho bien. Uno a uno tiró de los extremos de los otros tres cordones. Él le dio una palmadita en la cabeza.

—Yo creo que usaremos un hierro siete, ¿no? Sácalo y le haremos moverse un poco. Allá va tu tío.

—¿Jugamos otra vez?

—Desde luego que no.

Colocó la bola, situó los pies como si aún tuviera los cordones atados e hizo oscilar el palo dejando las muñecas sueltas. «Ya hemos cargado las baterías, ¿no?». Ella asintió; él adelantó la bola hacia una zona de hierba más musgosa, donde quedó mejor asentada, volvió a cambiar varias veces la posición de los pies, dio un buen golpe en dirección a la bandera y empezó a caminar por el centro de la calle. «¡Los cordones!», gritó volviéndose, y ella se agachó para atárselos.

Pero jugaron muchas más veces al juego de los cordones. No siempre en el Viejo Cielo Verde: a veces lo hacían en casa, de manera más bien furtiva e inesperada. Las reglas nunca cambiaban: primero le tocaba a tío Leslie, que tiraba de los dos cordones al tiempo; luego iba ella, que los sacaba uno a uno. Un día intentó hacerlo ella sola pero no era lo mismo. Se preguntaba si el juego la

haría ponerse enferma. Se suponía que todas las cosas agradables te ponían enferma. Te ponías enferma por tomar demasiados higos, pasteles o chocolatinas, y si gritabas te daba la tosferina. ¿Qué pasaría por culpa del juego de los cordones?

Teóricamente, pronto iba a averiguar la respuesta a esa cuestión. Cuando creciera conocería también las demás respuestas. Respuestas a todo tipo de preguntas. Cómo decidir qué palo usar. Si existía un museo del sandwich. Por qué tus judíos eran incapaces de disfrutar del golf. Si papá tuvo miedo en el De Havilland o solo estaba concentrándose. Cómo sabía el tal Musso por dónde iban los tiros. Por qué la comida parecía tan diferente cuando salía por el extremo opuesto de tu cuerpo. Cómo fumar cigarrillos sin que se cayera la ceniza. Si el Cielo estaba al final de la chimenea, como ella sospechaba secretamente. Y por qué el visón era excesivamente afecto a la vida.

Jean ni siquiera sabía lo que significaba esta última frase, pero a su debido tiempo puede que entendiera la pregunta, y más tarde puede que entendiera la respuesta. Conoció el visón a través de los grabados de tía Evelyn. Eran dos, y habían sido dejados en la casa hace años con la promesa de una futura recogida. Fueron viajando de una pared a otra hasta acabar en la habitación de Jean. Papá tenía dudas sobre si uno de ellos no sería inapropiado, pero mamá insistió en que los cuadros de Evelyn permanecieran juntos. Era por una cuestión de honestidad, dijo.

En el cuadro horizontal había dos hombres en un bosque indeterminado; usaban ropa y sombreros pasados de moda. El que tenía barba sujetaba un hurón por el cuello, mientras que el otro, el que no tenía barba, se apoyaba en su arma. A sus pies había una pila de hurones. Pero no eran hurones, porque el título del grabado era *La caza del visón.* Bajo el título había un texto que Jean leyó muchas veces.

El visón, como la rata almizclera o el armiño de cola larga, no es particularmente astuto, y cae con facilidad en cualquier clase de trampa; suele cobrarse en trampa de madera o de hierro, aunque lo habitual es cazarlo con la llamada trampa de peso muerto. Le atrae cualquier tipo de carne, pero generalmente la trampa se ceba con una cabeza de perdiz americana, pato salvaje, pollo, grajo u otro pájaro. El visón es excesivamente afecto a la vida: ha llegado a encontrársele vivo

tras haber caído en una trampa de peso muerto, con una estaca atravesando su cuerpo bajo un peso de setenta kilos contra el que había luchado durante casi veinticuatro horas.

«Excesivamente afecto a la vida» no era lo único que no entendía. ¿Qué era una perdiz americana? ¿Y una rata almizclera? Sabía lo que era un pato salvaje, y había visto una ruidosa pareja de grajos en el tortuoso hoyo catorce la pasada primavera, y el domingo comieron pollo porque su padre le había hecho un favor a un cliente. Por la mañana venía la señora Baxter y se lo destripaba y desplumaba a su madre, y hacia las cinco volvía a buscar una pata que se llevaba envuelta en papel resistente a la grasa. Mientras trinchaba, el padre de Jean solía hacer chistes con la pata de la señora Baxter, chistes que divertían a su hija y hacían que su esposa arrugara los labios.

—¿Se lleva también la cabeza la señora Baxter? —preguntó Jean una vez.

—No, querida. ¿Por qué?

—¿Qué se hace con ella?

—Se tira a la basura.

—¿No deberías guardarla para vendérsela a los cazadores de visones?

—Cuando hagan una oferta, hija mía —respondió su padre jovialmente—, cuando hagan una oferta.

El grabado vertical de la habitación de Jean mostraba una escalera apoyada contra un árbol. Sobre cada peldaño había una palabra pintada. El peldaño más bajo decía INDUSTRIA; el segundo decía TEMPLANZA, aunque en realidad solo decía TEMPLAN porque las dos últimas letras estaban tapadas por la rodilla de alguien que subía la escalera. Luego venían PRUDENCIA, INTEGRIDAD, AHORRO, PUNTUALIDAD, VALOR y, en el último peldaño, PERSEVERANCIA. En primer plano se veía a gente haciendo cola para subir al árbol, de cuyas hojas colgaban hojas de Navidad con palabras como «Felicidad», «Honor», «el Favor de Dios» y «la Buena Voluntad con los Hombres». Al fondo estaban los que no querían subir al árbol; jugaban, estafaban, apostaban, hacían huelgas y entraban en un edificio enorme llamado Bolsa de Valores.

Jean comprendía la intención general del grabado, aunque a veces se despistaba y confundía este árbol con el Árbol de la

Ciencia, del que había oído hablar en las Escrituras. Estaba claro que no era bueno subir al Árbol de la Ciencia; este sí era un buen árbol, aunque no entendiera algunas de las palabras de los escalones, ni las dos que había escritas en los ejes laterales de la escalera: en uno ponía MORALIDAD y en el otro HONESTIDAD. Algunas palabras sí creía entenderlas. Honestidad era no separar los grabados de tía Evelyn, y no cambiar la bola a un lugar mejor cuando nadie te veía; Puntualidad era no llegar tarde al colegio; Ahorro era lo que su padre hacía en la tienda y lo que su madre hacía en casa; Valor…, bueno, Valor era subirse a los aviones. En su momento entendería el resto de las palabras, indudablemente.

* * * * *

Cuando comenzó la guerra Jean tenía diecisiete años, y este hecho la alivió bastante. Todo había estado escapándosele de las manos; ya no había por qué sentirse culpable. Durante los años anteriores su padre soportó firmemente sobre sus hombros el peso de varias crisis políticas; después de todo, era su deber como Cabeza de Familia. Les leía las noticias del *Daily Express* haciendo pausas después de cada párrafo, y explicaba los boletines radiofónicos. Con frecuencia Jean sentía que su padre llevaba un pequeño negocio familiar que estaba siendo amenazado por una banda de extranjeros con remotos nombres, métodos sucios y precios abusivos. Su madre sabía las respuestas adecuadas, sabía los ruidos que debía hacer cuándo surgían nombres como Benes, Daladier o Litvinov, y cuándo convenía levantar las manos en signo de confusión dejando que papá lo explicara todo otra vez desde el principio. Jean trataba de mostrar interés, pero le sonaba como una historia que hubiera comenzado hacía mucho tiempo, antes incluso de que ella naciera, y que nunca llegaría a dominar del todo. Al principio se quedaba callada ante los nombres de esos siniestros negociantes extranjeros con sus cargamentos de galletas digestivas robadas y faisanes cazados furtivamente. Pero ni siquiera el silencio era seguro —demostraba una irresponsable despreocupación— y de vez en cuando hacía preguntas. El problema era cómo saber qué debía preguntar. Le daba la impresión de que para estar en posición de hacer una pregunta realmente adecuada había que saber la

respuesta de antemano, y ¿qué sentido tenía eso? Una vez, saliendo de su aburrido ensimismamiento, le preguntó a papá por esa mujer llamada Ann Schluss, que era primer ministro de Austria. Aquello fue un error.

La guerra, por supuesto, era cosa de los hombres. Los hombres la libraban y —hurgando en sus pipas como directores de escuela— los hombres la explicaban. ¿Qué hicieron las mujeres en la Gran Guerra? Lucir sus blancas plumas, coleccionar perrillos de piedra, ir de enfermeras a Francia. Primero despedían a los hombres que iban a luchar y luego les echaban un remiendo. ¿Era razonable esperar que esta vez fuera a ser diferente? Probablemente no.

Aun así, Jean sintió oscuramente que su incapacidad para entender la crisis europea tuvo en parte la culpa de lo que después ocurrió. Se sintió culpable de Múnich. Se sintió culpable de los Sudetes. Se sintió culpable del Pacto de No Agresión entre Hitler y Stalin. Ojalá fuera capaz de recordar si había que fiarse de los franceses o no. ¿Qué era más importante: Polonia o Checoslovaquia? ¿Y qué pasaba con Palestina? Palestina estaba en el desierto y los judíos querían ir a Palestina. Bien, al menos eso confirmaba lo que tío Leslie decía de los judíos: que el golf no les gustaba nada. Nadie a quien le gustara el golf decidiría irse a vivir al desierto. Sería como estar todo el tiempo saliendo del bunker. Tal vez allí las calles de los campos de golf eran de arena y los bunkers de hierba.

Así que Jean se sintió aliviada cuando empezó la guerra. Era todo culpa de Hitler: ella no tenía nada que ver. Y por lo menos significaba que algo estaba ocurriendo. La guerra era un Incidente más, o eso le pareció al principio. Los hombres eran llamados a filas, mamá se unió al Servicio Voluntario de Mujeres y Jean por fin tuvo permiso para cortarse la ancha trenza rubio castaño que durante tantos años había caído sobre su espalda. Su padre lamentó la pérdida, pero estaba persuadido de que el ahorro de agua y jabón en los lavados de pelo de Jean contribuiría significativamente a la empresa bélica nacional. Poniéndose sentimental, reclamó la trenza una vez cortada y la guardó varias semanas en el estante de sus cerámicas, hasta que su esposa la tiró.

Los Serjeant discutieron en secreto si Jean debía o no conseguir un trabajo, pero con mamá en el Servicio Voluntario de Mujeres

pensaron que estaría mejor ocupándose de la casa. «Te vendrá bien ir practicando, muchacha», dijo su padre guiñando un ojo. Ir practicando: ella no tenía desde luego idea de para qué tenía que ir practicando. Cuando miraba a sus padres le asombraba ver lo mayores que estaban. ¿Cuánto tiempo habría de pasar hasta que ella fuera tan mayor?

Ellos conocían sus mentes, tenían opiniones, distinguían lo bueno de lo malo. Si ella podía distinguir lo bueno de lo malo era solo porque había sido repetidamente informada de la diferencia; sus opiniones eran vacilantes y vulnerables renacuajos frente a las ranas alborotadoras que eran para ella las apreciaciones de sus padres; en cuanto a lo de conocer tu propia mente, era un proceso que la dejaba perpleja. ¿Cómo podías conocer tu propia mente sin usar tu mente para encontrar tu mente antes? Era como un perro intentando morderse la cola recién cortada. Jean se cansaba solo de pensarlo.

Para ser mayor también era necesario parecer alguien. Su padre, que llevaba la tienda de ultramarinos en Bryden, tenía el aspecto de alguien que lleva una tienda de ultramarinos: era pulcro y rollizo, se recogía las mangas sujetándolas con unas bandas ajustables de acero y daba la impresión de ser un hombre amable que guardaba una reserva de severidad la clase de hombre que sabía que una libra de harina era una libra de harina y no quince onzas, que sabía en qué lata estaba cada clase de galletas sin tener que mirar las etiquetas y que podía, sin peligro de llevarse la piel, acercar la mano —¡y cuánto se acercaba!— a la chirriante máquina de cortar bacon.

La madre de Jean también parecía alguien, con su nariz puntiaguda y los ojos azules más bien protuberantes, con el pelo recogido en un moño durante el día, llevando el uniforme rosa y verde botella del Servicio Voluntario de Mujeres, o por las tardes con el pelo suelto y escuchando a papá, y sabiendo perfectamente lo que debía preguntar. Había participado en campañas de salvamento, y ayudado a reunir miles de latas de alimentos; pasaba semanas enhebrando tiras de tela de color en las redes de camuflaje («Es como tejer una enorme manta, Jean»), embalando papel, sirviendo en la cantina móvil, preparando cestas de verduras para los dragaminas. Indudablemente conocía su propia mente,

indudablemente parecía alguien.

A veces Jean se miraba al espejo y hacía una inspección de su cara en busca de signos de cambio, pero su pelo liso caía adusto y aplastado desde la cabeza, y unos estúpidos lunares estropeaban sus ojos azules. Había leído en un artículo del *Daily Express* que muchas estrellas cinematográficas de Hollywood triunfaban porque tenían la cara en forma de corazón. Bien, pues ya podía perder la esperanza porque su mandíbula era demasiado cuadrada. Si al menos esas partes de su cara comenzaran a llevarse bien entre ellas. Venga, cambia ya de una vez, solía susurrarse al espejo. Una vez su madre la sorprendió examinándose y comentó: «No eres guapa, pero estarás bien».

Estaré bien, pensó. Mis padres creen que seré atractiva. ¿Pero qué pensarán los demás? Extrañaba a tío Leslie. En aquellos días no se podía hablar de él, pero le recordaba con frecuencia; él siempre había estado de su lado. Una vez, mientras recorrían el largo diez del Viejo Cielo Verde, llevando Jean el palo para arena en la posición de la buena suerte, le había preguntado: «¿Qué seré cuando crezca?».

Le había parecido natural preguntarlo, le parecía natural dar por hecho que él lo sabría mejor que ella. Con sus zapatos de color marrón y blanco y los palos entrechocando suavemente, tío Leslie tomó la cabeza del palo para arena y la deslizó lentamente por el hombro de Jean. Luego le puso una mano entre el cuello y la nuca y dijo en voz baja: «El cielo es tu límite, pequeña Jeanie. El cielo es tu límite».

Al principio Jean tuvo la impresión de que en la guerra no pasaban demasiadas cosas; pero luego prosiguió la guerra y empezó a morir gente. Ella también fue entendiéndolo mejor: sabía quién intentaba arruinar a su padre, y conocía los nombres de sus astutos cómplices. Odiaba ferozmente a todos esos extranjeros que se guardaban cartas en la manga. Veía un grueso dedo con la uña sucia alterando el peso de la balanza. Tal vez pudiera alistarse. Pero papá pensaba que hacía más bien en donde estaba. «Procura que no se apague el fuego del hogar», dijo.

Y entonces la guerra trajo a Tommy Prosser. Eso sí que fue un Incidente. La orden de alojamiento llegó un martes, se pasaron el miércoles quejándose de que, si no tenían sitio para tres, cómo iban

a caber cuatro, y el jueves llegó Tommy Prosser. Era bajo y delgado y vestía el uniforme de la RAF, tenía el pelo negro engominado y un pequeño bigote negro. Bajo el brazo llevaba una maleta sujeta con una correa de cuero. Al abrirse la puerta miró a un lado y vio a Jean, luego volvió la vista, sonrió a la pared y se anunció como si estuviera ante un superior, «Sargento piloto Prosser».

—Oh, sí. Eso dicen.

—Han sido muy amables, y todo eso.

Su tono era inexpresivo, pero el poco familiar acento norteño le sonó a Jean algo rasposo, como una camisa áspera.

—Oh, sí. Mamá volverá a casa a las cinco.

—¿Quieres que vuelva más tarde?

—No sé. —¿Por qué no sabía nada? Iba a quedarse a vivir con ellos, o sea que presumiblemente tendría sentido hacerle pasar. Pero ¿qué venía luego? ¿Esperaría una taza de té o algo?

—Está bien. Volveré a las cinco. —La miró, volvió la vista, sonrió a la pared y se fue por donde vino. Desde la ventana de la cocina Jean lo vio sentado en la acera de enfrente, contemplando su maleta. A las cuatro comenzó a llover y le hizo pasar.

Le habían trasladado desde West Mailing. No, no sabía por cuánto tiempo. No, no podía decirle por qué. No, no eran Spitfires, eran Hurricanes. Oh, cielos, ya estaba haciendo preguntas inadecuadas. Señaló las escaleras que llevaban a su cuarto dudando si era poco amable no acompañarle, pero dispuesta a hacerlo. A Prosser no parecía importarle. Aparte de su nombre no había dado voluntariamente información alguna, no había hecho ninguna pregunta ni comentado nada, ni siquiera lo reluciente que estaba todo y lo bien que olía. Le habían destinado al desván. No les dio tiempo a decorarlo para él, claro, pero colgaron en la pared los grabados de tía Evelyn.

Se quedaba en su cuarto casi todo el día, apareciendo puntualmente a la hora de las comidas y contestando a las preguntas de papá. Era extraño tener dos hombres en casa. Al principio papá se mostraba deferente con el sargento piloto Prosser: preguntaba con tacto y admiración por la vida del aviador, hablaba de «Jerry» con aire de camaradería y bromeaba diciéndole a mamá: «Ve a buscar otra ración para nuestro héroe de la estratosfera». Pero no parecía que Prosser respondiera las preguntas de papá con el

espíritu adecuado; aceptaba las deferencias sin dar las efusivas gracias que mamá claramente esperaba y, aunque no ahorraba esfuerzos a la hora de cerrar cada noche las cortinas de camuflaje, durante las discusiones sobre estrategia en el norte de Africa se mostraba apático. Jean se dio cuenta de que Prosser había decepcionado a papá; también estaba claro que aquel lo sabía, y que no le importaba. Tal vez lo que ocurría es que todavía no le estaban haciendo las preguntas correctas. Tal vez los héroes que pilotaban Hurricanes necesitaban unas preguntas especiales. O quizá fuera que venía de otra parte del país; había hablado de algún lugar en Lancashire, cerca de Blackburn. Tal vez los del norte se comportaban de otra manera.

A veces, cuando se quedaban solos en casa, Prosser bajaba, se apoyaba en la puerta de la cocina y la miraba planchar, amasar el pan o sacar brillo a los cuchillos. Al principio a ella le daba vergüenza, pero luego ya no tanto; tener un testigo de sus tareas la hacía sentirse más útil. En todo caso, cuando sus padres habían salido no era más sencillo hablar con él. No siempre contestaba a las preguntas, se ponía susceptible; algunas veces miraba hacia otro lado y sonreía, como recordando una maniobra aérea que ella nunca podría entender.

Un día, mientras ella limpiaba el fogón, anunció enfadado: «No me dejan volar, ya ves».

Ella le miró, pero continuó antes de que pudiera replicar: «Solían llamarme Amaneceres. Amaneceres Prosser».

—Entiendo. —Le pareció una respuesta segura. Siguió untando el interior del fogón con pasta marrón. Prosser cerró la puerta de una patada y volvió a su cuarto.

Durante varias semanas, en la casa se respiró una atmósfera difícil. Era como esa película titulada *El teléfono rojo,* pensó Jean, excepto por el hecho de que probablemente al final no habría guerra. No la hubo. Poco a poco papá empezó a comunicarle solo a mamá sus opiniones sobre temas militares, y a veces le decía a Jean irónicamente que no había que mostrarse amigable con nadie solo por estar viviendo bajo su techo. Bastaba con actuar civilizadamente.

* * * * *

Una tarde a las cuatro Tommy Prosser bajó las escaleras. Jean estaba preparando el té.

—¿Le apetece comer algo? —dijo ella, todavía insegura respecto a las normas de alojamiento.

—¿Qué te parecería un sandwich Vuelva a la Base?

—¿Qué es eso?

—¿No has oído hablar del sandwich Vuelva a la Base? ¿Teniendo aquí todos los ingredientes? —Ella negó con la cabeza—. Vierte el agua en la tetera y te prepararé uno.

Tras un cierto estrépito de armarios y unos pocos silbidos de espaldas a ella, Prosser presentó dos sandwiches en un plato. El pan no parecía cortado con mano muy firme. Jean tenía que admitir que había probado sandwiches mucho mejores; trató de mostrarse correcta pero animosa.

—¿Por qué el mío tiene hojas de diente de león?

—Porque es un sandwich Vuelva a la Base. —Prosser le sonrió con sarcasmo y miró hacia otro lado bruscamente—. Pasta de pescado, margarina y hojas de diente de león. Claro que puede que el diente de león local no tenga la suficiente calidad. Si no te gusta puedes devolverlo a la cocina.

—Es… delicioso. Estoy segura de que brotará en mí.

—Estoy seguro de que volveré a volar —replicó él, como diciendo la segunda parte del chiste.

—Oh, estoy *segura* de que así será.

—*Yo* estoy seguro de que así será —repitió él en un repentino cambio de tono, como si lo que deseara realmente fuera darle una torta. Oh, cielos. Jean se sintió avergonzada y estúpida. Bajó la vista hacia su plato. Hubo un silencio.

—¿Sabías —dijo— que cuando Lindbergh cruzó el Adántico llevaba cinco sandwiches?

Prosser gruñó.

—¿Y sabías que solo se comió uno y medio?

Prosser gruñó de nuevo. Sin mostrar apenas interés preguntó:

—¿Qué pasó con los otros?.

—Eso es lo que siempre he querido saber. Quizá estén en algún museo del sandwich.

Hubo un silencio. Jean creyó que había echado a perder el chiste. Era uno de los mejores que sabía y lo había echado a perder.

Ya nunca podría volver a contárselo. Debería haberlo guardado para un momento en que él estuviera de mejor humor. Ella tenía la culpa de todo. El silencio continuaba.

—Supongo que sabrás dónde está el avión de Lindbergh —dijo ella finalmente, con el tono brillante de alguien que hubiera tomado lecciones de conversación—. Quiero decir que *eso* sí que estará en un museo.

—No es un avión —dijo Prosser—, no se llama avión. Se llama aeroplano. *Aeroplano.* ¿De acuerdo?

—Sí —contestó ella. Él podría haberle pegado otra torta. Aeroplano, aeroplano, aeroplano.

Algo después, Prosser soltó una tosecilla, el sonido de una voz pasando de la furia o la incomodidad a algún otro registro emocional.

—Te contaré lo más bonito que he visto en toda mi vida —dijo en un tono tenso y casi malhumorado. Jean mantuvo la cabeza agachada, medio esperando una salida halagadora. Aún no se había comido el resto del sandwich.

—Yo estaba haciendo una ronda nocturna. Era verano, junio. Volaba con el casco a la espalda, todo parecía negro y tranquilo. Tan tranquilo como puedas imaginar. —Jean levantó la cabeza—. Es… —Se detuvo un momento—. No creo que sepas nada sobre la visión nocturna, ¿verdad? —Esta vez el tono era amable. No importaba que no supiera nada, no era como llamar avión a un aeroplano.

—Coméis tantas zanahorias —dijo, y notó que él reía entre dientes.

—Sí. Así nos llaman a veces: los comezanahorias. Pero en realidad no tiene nada que ver con eso. Es un nombre técnico. Se refiere al color de las luces de nuestro panel de instrumentos. Compréndelo, tienen que ser rojas. Normalmente son verdes y blancas, pero el verde y el blanco te arruinan la visión nocturna. No ves nada. Tienen que ser rojas: solo funciona con el rojo.

»Como ves, todo es negro y rojo allí arriba. La noche es negra, el aeroplano es negro, todo en la cabina es rojo —hasta las manos y la cara se te ponen rojas— y vas buscando escapes rojos. Y también estás solo. No es poca cosa. Tú solito, sin nadie a tu lado, volando sobre Francia. Justo cuando sus bombarderos vuelven de sus

misiones, de bombardearnos. Puedes hostigar un aeródromo, o ir y venir entre dos que estén cercanos. Esperas a que enciendan sus luces de aterrizaje, o bien les descubres por las luces de navegación. Los más frecuentes eran Heinkel o Dornier. A veces, te encontrabas con el extraño Focke-Wulf.

»Había que hacer lo siguiente. —Prosser se sonrió un momento —. Cuando llegan siempre dan antes un rodeo. Mira, así: descienden, se acercan, sobrevuelan la pista de aterrizaje, giran a la izquierda, siempre a la izquierda, y luego vuelven a entrar y aterrizan. —Prosser describía con la mano izquierda la trayectoria del bombardero alemán—. Si tenías ganas de divertirte un poco podías llegar casi al tiempo que él y, cuando hacía su giro a la izquierda, girabas a la derecha. —Prosser describió el vuelo del Hurricane con la otra mano—. Entonces, terminado su giro, él descendía, ponía los motores al mínimo y, cuando estaba pensando en esa última maniobra y en el desayuno que iba a tomarse tranquilamente abajo, tú terminabas tu giro. —Las manos curvadas de Prosser se detuvieron la una frente a la otra, con los dedos apuntándose de cerca—. Como un pato posado: un blanco fácil. Y los mamones se pensaban que ya habían llegado a casa. Caza furtiva, así lo llamamos. Caza furtiva.

Jean se sentía distantemente halagada porque le estaba hablando de sus días de aviador, pero se lo guardó para ella. Lo mismo hizo con sus sentimientos respecto a la maldad de la caza furtiva. Aunque el Heinkel estuviera lleno de negros mercaderes que venían de bombardear Londres, Coventry o lo que fuera. Desaprobaba la caza furtiva desde los días en que vivía junto al grabado de los cazadores de visones de la tía Evelyn. Había sido un acierto colgarlo en el cuarto de Prosser. ¿Era el Heinkel excesivamente afecto a la vida?

—Con derribar uno ya cumplías. Si te quedabas por ahí podías meterte en una buena. Solo te quedaban veinte o treinta minutos, en todo caso. —Ahí parecía terminar la historia de Prosser; de repente recordó lo que quería contar—. Bien. Una noche, yo no había olido nada ni de lejos. Me había quedado en blanco. Nada de nada. Crucé el Canal a mayor altura de lo habitual, a unos dieciocho mil. Debía de estar volviendo demasiado tarde, porque el día empezaba a clarear. Tal vez fuera que las noches eran cada vez

más cortas en aquella época del año.

»Bien. Allí estaba yo, observando el Canal, y el sol empezaba a salir. Era una de esas mañanas…, bueno, es difícil describirlo si no has estado allí arriba tú misma.

—Estuve allí arriba en un De Havilland a causa de la tosferina —dijo Jean con cierto orgullo—. Pero fue hace tiempo. Cuando tenía ocho o nueve años.

Prosser aceptó la interrupción sin ofenderse.

—Hay tanta claridad, una claridad que las palabras no pueden reproducir. Ni una nube, el olor del aire de la mañana y ese enorme sol naranja ascendiendo. Lo miré y, en seguida, a los dos minutos, ya estaba todo fuera, la maldita gran naranja sentada en lo alto del líquido, encantada consigo misma.

»Estaba tan contento que podía haber tenido un 109 a la cola y no me habría dado cuenta. Pilotaba solo y despreocupado, mirando al sol. Eché una buena ojeada por la zona. No había nada, solo yo y el sol. Ni una nube ni un soplo de viento, abajo se veía perfectamente el Canal. Había un barco, una pequeña manchita de la que salía mucho humo negro, de forma que comprobé si me quedaba combustible y descendí a ver qué pasaba. Era un mercante. —A Prosser se le ensanchaban los ojos al recordar—. Unas diez mil, creo. En cualquier caso, todo estaba en orden. Probablemente acababan de cebar las calderas. Volví a poner rumbo a la base. Debía de haber perdido la mitad de mi altura, hasta unos ocho o nueve mil. Adivina lo que pasó entonces. Había bajado tan deprisa, ¿entiendes?, que todo sucedió otra vez: ese maldito y enorme sol naranja comenzó a aparecer de repente tras el horizonte. No podía creer lo que veían mis ojos. Todo otra vez. Como cuando rebobinas una película para verla de nuevo. Lo habría hecho una tercera vez y hubiera vuelto a casa con el depósito vacío, eso si no terminaba en el líquido. Y no tenía tantas ganas de reunirme con los chicos de los submarinos.

—Es fantástico. —Jean no sabía si le estaba permitido hacer preguntas. Era un poco como volver al Viejo Cielo Verde con tío Leslie—. ¿Qué… otras cosas echas de menos?

—No echo de menos *eso* —replicó él, con bastante rudeza—. No echo de menos *eso.* No tiene caso ver otra vez *eso.* Es un milagro, ¿de acuerdo? Uno no desea volver a ver los milagros otra vez, ¿no?

Me agrada haberlo visto cuando lo vi. «He visto al sol salir dos veces», les dije. «Sí, sí, ten la otra mitad». Me llamaban Amaneceres Prosser. Algunos. Hasta que nos licenciaron.

Se levantó y sin ofrecer devoró el pedazo de sandwich que quedaba sobre el plato de ella.

—Lo que sí echo de menos —dijo con énfasis—, ya que quieres saberlo, es matar alemanes. Con eso sí disfrutaba. Seguirlos hasta que estaban tan bajos que no tenían tiempo de saltar en paracaídas y entonces darles lo suyo. Eso me producía mucha satisfacción. —Prosser parecía decidido a mostrarse brutal—. Una vez me las vi con un 109 sobre el Canal. Pudo haberse acercado más, pero estuvimos bastante igualados. Hicimos varios escarceos pero ninguno se acercó lo suficiente al otro como para apretar el pezoncito. Al cabo de un rato él desistió, movió las alas y puso rumbo de vuelta a su base. Si no hubiera meneado las alas no me habría importado tanto. ¿Quién te crees que eres? ¿Un maldito caballero en su armadura? ¿Todos amigos y a pasarlo bien?

»Tomé un poco de altura. No había sol, pero creo que él no pensó que le perseguiría. Esperaba que me volviera a casa como un buen chico, que hiciera una comida de lujo y que luego me fuera a jugar un partido de golf, supongo. Le fui ganando distancia gradualmente, tal vez estuviera economizando el combustible o algo así. Fíjate, cuando logré ponerme en línea con él yo iba dando tumbos como un tren de mercancías. Yo diría que le di durante unos ocho segundos. Vi cómo se desprendían algunos pedacitos de su ala. No lo derribé, y ya lo siento, pero creo que se enteró de lo que pensaba de él.

Amaneceres Prosser se volvió y salió del cuarto dando un portazo. Jean pescó un resto de diente de león de entre sus dientes y lo masticó. Ella tenía razón. Sabía agrio.

Después de aquello Prosser bajaba con frecuencia a hablar con Jean. Normalmente ella seguía con sus tareas mientras él se quedaba de pie, apoyado en la puerta. Esto parecía hacérselo más fácil a ambos.

—Fue en Eastliegh —comenzó una vez mientras ella se agachaba frente a la rejilla de la chimenea haciendo bolas de papel con el *Express*— Mirábamos despegar al pequeño Skua. Era un día desapacible, aunque no lo suficiente como para no volar. El Skua,

como probablemente ignorarás, despega con una curiosa técnica de cola hacia abajo, y decidí quedarme a verlo para animarme un poco. Bueno, pues aceleró sobre la pista, estaba llegando a la velocidad de vuelo y, de repente, dio un salto en el aire y quedó de golpe boca arriba. No tenía mal aspecto así, al revés. Unos cuantos fuimos corriendo por la pista pensando que podríamos sacar a los chicos de allí. A mitad de camino vimos algo sobre la pista. Era la cabeza del piloto. —Prosser volvió la vista hacia Jean pero ella siguió dándole la espalda y enrollando hojas de periódico—. Nos acercamos un poco más y había otra. Debió de ocurrir cuando el Skua quedó boca arriba. No puedes hacerte una idea de lo limpio que fue. Uno de los chicos que estaba conmigo nunca pudo superarlo. Era un tipo de Gales que ya no habló nunca de otra cosa. «Fue como con el diente de león, ¿verdad, Prosser?», me decía. «Vas dando un paseo y les das un golpe a los molinillos de diente de león con un palo o algo así y piensas: si lo hago realmente bien seré capaz de hacerlos saltar de forma que caigan flotando al suelo sin estropear las hojas». Eso pensaba.

»Los que te obsesionan… no son los que uno ya se esperaba. He tenido compañeros que han caído a unos pocos metros de mí. Les he visto caer girando en picado, les he gritado a través de la radio, he sabido que no podían tirarse y les he seguido hacia abajo y les he visto marchar, y pensaba que me gustaría que alguien me viera irme así cuando me llegase el tumo. En el momento te afecta, y algún tiempo después, pero no te obsesiona. Cuando te obsesiona es cuando sucede sin un mínimo de jodida dignidad. Perdona. Te dices a ti mismo que vas a superarlo, a veces incluso te haces a la idea, pero siempre intentas que ocurra en tus propios términos. Debería dar igual, pero no es así. Así es.

»Me contaron lo de aquel pobre gafe de Castle Bromwich. Estaba probando un Spitfire. Despegó, alzó el morro y ascendió tan alto como pudo. Subió hasta quince mil, pero algo falló. Cayó sin variar de posición. Desde los quince mil, directo a la pista de la que había despegado. Tuvieron que cavar bastante. Ocurre que debían estudiar lo que quedó de él para ver si había entrado monóxido de carbono en el suministro de oxígeno, o algo así, de manera que reunieron lo que pudieron encontrar y lo enviaron a analizar. Lo metieron en *un frasco de dulces.* —Hizo una pausa—. Eso es lo que

importa.

Jean ya no podía seguirle en su horror. Molinillos de diente de león, frascos de dulces, por supuesto que sonaba indigno. Quizá porque sonaba cotidiano, no lo bastante grandioso. Pero tampoco resultaba bonito ni digno ser abatido, estrellarse contra una colina o arder vivo en tu cabina. Tal vez era demasiado joven para comprender la muerte y sus supersticiones.

—Entonces, ¿cuál es la mejor manera de… superarlo?

—Yo pensaba en eso todo el tiempo. Todo el tiempo. Cuando la cosa empezó me veía a mí mismo en algún lugar cerca de Dover. Sol, gaviotas y el destello de los viejos acantilados blancos, todo muy Vera Lynn. En cualquier caso, allí estaba yo, sin munición, sin mucho líquido en el depósito, y de repente aparece todo un escuadrón de Heinkels. Como una enorme bandada de moscas. Yo les intercepto, me meto entre ellos como si fueran una espumadera, luego reconozco al líder del grupo de combate, vuelo directo hacia él y me estrello contra su cola. Y nos vamos juntos para abajo. Muy romántico.

—Suena muy valiente.

—No, no es valiente. Es bastante estúpido, y de todos modos es inútil. Uno de ellos por uno de los nuestros no es muy buena media.

—¿Y ahora qué? —Jean se sorprendió por su pregunta.

—Oh, ahora. Es un poco más realista. Y un poco más inútil. Ahora me gustaría hacérmelo como se lo hacían algunos pilotos —especialmente los más jóvenes— allá por el 39 o el 40.

»Es una de las cosas divertidas que suceden allí. No es posible evolucionar sin experiencia, pero lo más probable es que te tumben mientras adquieres esa experiencia. Siempre son los colegas más jóvenes los que no vuelven al final de una salida. De manera que según avanza la guerra en el escuadrón los viejos son cada vez más viejos y los jóvenes cada vez más jóvenes. Entonces retiran a algunos de los viejos porque son demasiado valiosos para perderlos, y acabas con menos experiencia de la que tenías cuando empezaste.

»Es igual. Imagínate que estás arriba, muy alto. Cuando pasas de los veinticinco mil pies te encuentras un mundo diferente. Para empezar, hace mucho frío; y el aeroplano funciona diferente. Asciende más despacio y patina por el cielo, porque el aire es más ligero y los motores no tienen que quemar, y cuando intentas

controlarlo todo parece resbalar. Entonces el Perspex empieza a empañarse, y no se ve bien.

»No has salido muchas veces, te asustas y decides ascender. Ascender directo hacia el sol porque te parece lo más seguro. Allí arriba todo brilla más de lo normal. Te pones la mano delante de la cara y abres ligeramente los dedos para escudriñar a través de ellos. Sigues ascendiendo. Miras al sol a través de los dedos y notas que cuanto más te acercas más frío tienes. Podrías preocuparte por ello, pero no lo haces. No lo haces porque eres feliz.

»Eres feliz porque hay una pequeña fuga de oxígeno. No sospechas que nada vaya mal; tus reacciones son más lentas pero crees que son ¿formales. Entonces comienzas a flojear, ya no giras la cabeza a ambos lados tanto como debieras. No sientes dolor, ya ni sientes el frío. Y ya no deseas matar a nadie, ese sentimiento se ha fugado con el oxígeno. Eres *feliz.*

»Luego pueden pasar dos cosas. O llega un 109 con una explosión rápida y una llamarada y todo se acabó, limpio y bonito, o bien no pasa nada de nada, y sigues ascendiendo por el aire ligero y azul, mirando al sol a través de los dedos, congelado en tu Perspex pero muy caliente por dentro, muy feliz sin un pensamiento en la mente hasta que la mano cae delante de ti, luego cae la cabeza y ni te enteras de que han bajado el telón…

Qué se podía contestar a eso, pensó Jean. No podías gritar. «¡No lo hagas!», como si Prosser fuera un suicida subido al quicio de la ventana. Tampoco era fácil decir que todo parecía bello y valiente, aunque eso era exactamente lo que parecía. Había que esperar a que dijera lo siguiente.

—A veces pienso que no deberían dejarme volver a volar. Me veo a mí mismo haciendo eso algún día. Cuando ya haya tenido bastante. Tengo que hacerlo sobre el mar, por supuesto, podría caer en la parcela de alguien y estropearle la Cosecha de la Victoria.

—Eso no estaría bien.

—No, no estaría nada bien.

—Y…, y no has tenido bastante. —Jean quería que fuera una pregunta amable, pero le entró una especie de pánico a mitad de camino y le salió severa y rotunda. El tono de Prosser al replicar fue más duro.

—De acuerdo, escuchas bien, señoritina, escuchas bien pero no

sabes lo primero. No sabes lo primero.

—Por lo menos sé que no lo sé —dijo Jean, para sorpresa suya; y para sorpresa de él, ya que esta fue inmediatamente perceptible en su tono de voz. Como en sueños, prosiguió:

—Pues sí, allí arriba todo es diferente. Quiero decir, cuando has volado tanto como yo, de repente puedes encontrarte con que estás absolutamente harto, en un solo minuto. Tiene que ver con los nervios, supongo, has estado tanto tiempo en tensión que te relajas un momento y parece que fuera para siempre. Si quieres oír historias divertidas deberías hablar con mis colegas de las lanchas voladoras.

¿Quería oír historias divertidas? No, si eran sobre frascos de dulces y molinillos de diente de león; pero Prosser no le dio oportunidad de decir que no.

—Un amiguete mío estaba en las Catalinas. Tenían que pasarse veinte o veintidós horas arriba, de un tirón. Se levantaban a medianoche, desayunaban, despegaban a las dos de la mañana y no volvían hasta las ocho o las nueve de la noche. Era como si volaran sobre el mismo pedazo de mar durante horas y horas. No tenían ni que pilotar: ponían a George la mayor parte del tiempo. Basta con mirar al mar, buscar submarinos y esperar que llegue el descanso. Entonces los ojos empiezan a jugarte malas pasadas. Este amiguete mío me contó que estaba una vez sobre el Atlántico, no ocurría nada de particular, cuando de repente tuvo que tirar de la palanca. Creyó que había una montaña delante.

—Quizá fuera una de esas nubes que parecen una montaña.

—No. Cuando enderezó el aeroplano y todos le habían maldecido por estropearles la siesta, buscó por todo el lugar. Nada, ni una sola nube, absolutamente despejado… Y a otro tío con el que hablé le pasó algo aún más extraño. ¿A que no lo adivinas? Estaba a setecientos kilómetros al oeste de Irlanda, patrullando; mira hacia abajo y ¿sabes lo que ve? Ve a un individuo subido en una motocicleta, paseando como si fuera un domingo por la tarde.

—¿Iba por los aires?

—Naturalmente que no, no seas boba. No puedes montar en moto por los aires. Respetaba las señales de tráfico y circulaba en línea recta por encima de las olas. Gafas, guantes de cuero, humo saliendo del escape. Y más feliz que él solo.

Jean soltó una risita.

—Caminando sobre las aguas. Como Jesús.

—Nada de bromas con eso, por favor —dijo Prosser con desaprobación—. No soy ningún meapilas, pero no blasfemes delante de los que se la van a jugar.

—Lo siento.

—Perdonada.

* * * * *

—¿Quién es usted?

—Soy policía.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿De verdad de verdad? No parece policía.

—Tenemos que ser unos maestros del disfraz, señorita.

—Pero si se disfraza demasiado bien nadie sabrá que es policía.

—Siempre se sabe.

—¿Cómo?

—Acérquese un poco y se lo mostraré.

Estaba junto a la entrada frontal de creosota bajo un adorno que representaba un sol naciente; ella estaba en medio del caminito de cemento, dispuesta a lavar la ropa. Era un hombre alto, de cabeza carnosa y cuello de escolar; aguardaba desmañadamente, con el abrigo marrón de espiguilla que le llegaba casi hasta los tobillos.

—Los pies —dijo. Ella miró. No, no eran unos enormes pies planos; eran bastante pequeños, en realidad. Pero había en ellos algo divertido… ¿Estaban al revés? Sí, era eso, los dos pies señalaban hacia afuera.

—¿Se ha puesto los zapatos al revés? —preguntó, un poco obviamente.

—Ciertamente no, señorita. Así son los pies de todos los policías. Está en las normas. —Casi le creía todavía—. A algunos de los aspirantes —añadió, con un tono de voz que hablaba de húmedas mazmorras— hay que *operarlos.* —Ahora ya no le creía. Se rio, y volvió a reír cuando con cierta teatralidad el hombre separó las piernas que había cruzado bajo el interminable abrigo y las devolvió a la postura normal.

—¿Ha venido a arrestarme?

—He venido por lo del camuflaje.

Cuando echaba la vista atrás, pensaba que era una extraña manera de conocer a tu marido. Pero no más extraña que otras, imaginaba. Y comparada con algunas resultaba prometedora.

Volvió a llamar a su puerta por lo del camuflaje. La tercera vez simplemente pasaba por ahí.

—¿Te gustaría venir al pub a tomar el té a dar un paseo a dar una vuelta en coche a conocer a mis padres?

Ella rio.

—Espero que mamá esté de acuerdo con alguna de esas cosas.

Lo estuvo, y fueron a conocerse. Ella descubrió que tenía los ojos de color marrón oscuro, que era alto y algo impredecible; pero sobre todo era alto. Él descubrió que era inocente, confiada y cándida hasta más allá de lo permisible.

—¿Se le puede echar azúcar? —preguntó tras probar su primera jarra de cerveza suave y amarga.

—Lo siento —replicó él—, lo olvidé totalmente. Te pediré otra cosa. —La siguiente vez, ordenó otra jarra de cerveza suave para ella y después le pasó un sobrecito de papel. Ella vertió el azúcar y gritó cuando la cerveza salió de la jarra efervesciendo; se derramó sobre ella, haciéndola levantarse de un salto.

—¿Se divierte el señor? —dijo el empleado mientras fregaba el suelo del bar. Michael se reía. Jean estaba avergonzada. La estaría tomando por estúpida, ¿no? El encargado del pub pensaba, desde luego, que era estúpida.

—¿Sabes cuántos sandwiches llevaba Lindbergh cuando atravesó el Atlántico?

Michael se quedó desconcertado, tanto por el repentino tono de autoridad como por la pregunta. Puede que fuera un acertijo. Seguro que era eso, de manera que replicó debidamente:

—No lo sé. ¿Cuántos sandwiches *llevaba* Lindbergh cuando atravesó el Atlántico?

—Cinco —dijo ella enfáticamente—, pero solo se comió uno y medio.

—Oh —fue todo lo que pudo decir.

—¿Por qué crees que solo se comió uno y medio? —preguntó ella.

Después de todo, quizá fuera un acertijo.

—No lo sé. ¿Por qué *solo* se comió uno y medio?

—No lo sé.

—Oh.

—Pensé que tú lo sabrías —dijo decepcionada.

—Tal vez solo se comió uno y medio porque los habían comprado en el ABC y estaban rancios. —Los dos rieron, aliviados porque la conversación no había resultado una ruina absoluta.

Jean supuso rápidamente que lo amaba. Debía de amarle, ¿no? Pensaba en él a todas horas; se tumbaba y soñaba despierta todo tipo de fantasías; le gustaba mirarle a la cara, que la atraía porque era plena, interesante y sabia, en absoluto carnosa como la había imaginado al principio, y esas zonas rojas que se encendían en sus mejillas eran una prueba de carácter; tenía cierto temor a no complacerle, y juzgaba que era la clase de hombre que podía estar interesado en ella. Si eso no era amor, ¿qué era?

Una tarde la acompañó a casa bajo un cielo alto y en calma, un cielo vacío de nubes y aeroplanos. Cantaba suavemente, como para sí mismo, con el ambiguo acento americano de un *crooner* de fama internacional:

Si sale cara nos casamos, nena
Si sale cruz hacemos un crucero
Es cara, que lo sepa el mundo entero…

Luego seguía tarareándola, y ella imaginaba que repetía la letra. Eso era todo, hasta que volvían a la entrada de creosota con el sol naciente, donde Jean se apretaba contra la solapa de su chaqueta antes de alejarse corriendo hacia la casa. Puede que fuera un horrible fastidio, pensó, como una de las travesuras de tío Leslie. Tarareó la canción para sí, como intentando averiguarlo, pero no sirvió de mucho; era solo una maravillosa canción.

La tarde siguiente, cuando alcanzaron el mismo punto del camino y el cielo estaba tan tierno como el día anterior, Jean se encontró casi jadeando. Sin cambiar el paso, Michael concluyó su historia:

Si sale cara tendremos seis niños

Si sale cruz tendremos un gato
Es cara, si no me respondes, me mato…

No sabía qué decir. No podía pensar en nada.

—Michael, tengo algo que preguntarte.

—¿Sí? —Se detuvieron.

—La primera vez que viniste… No había ningún problema con nuestro camuflaje, ¿verdad?

—No.

—Eso pensé. Y luego me saliste con aquellos embustes sobre los pies de los policías.

—Me confieso culpable.

—Y *no* me dijiste que no se le echa azúcar a la cerveza.

—Nooo.

—¿Y por qué habría de casarme con alguien así?

Se detuvo. Él la tomó del brazo mientras pensaba una respuesta.

—Bueno, si hubiera llamado a tu casa diciendo: «Quería contarle que sus cortinas de camuflaje están perfectamente y por cierto si se molesta en comprobarlo verá que mis pies no están al revés», no te habrías fijado en mí.

—Puede que no. —Él la rodeó con los brazos—. Quería preguntarte otra cosa, ya que estamos. —Él se acercó ligeramente, como preparándose a besarla, pero ella insistió. Era una de sus preguntas infantiles, pero pensó que debía aclararlo todo antes de comenzar su vida adulta— ¿Por qué es el visón excesivamente afecto a la vida?

—¿Otro acertijo?

—No. Solo quiero saberlo.

—¿Por qué es el visón excesivamente afecto a la vida? Qué divertida pregunta. —Siguieron caminando; asumió que todavía no deseaba que la besara—. Los visones son unas criaturitas sucias y viciosas —proclamó, no del todo contento con su respuesta.

—¿Por eso son excesivamente afectos a la vida?

—Probablemente. Las criaturas sucias y viciosas suelen luchar más por sus vidas que las grandes y suaves.

—Hmm.

No era exactamente la respuesta que había esperado. Habría deseado algo más específico. Pero eso serviría de momento.

Siguieron caminando. Levantando la vista hacia el cielo alto y sereno, con una tenue luz dispersa y unas pocas nubes vespertinas, ella dijo:

—Bueno, ¿cuándo nos casamos, entonces?

Él sonrió, asintió y tarareó su canción tranquilamente.

Debía estar bien amar a Michael. O, si no estaba bien, debía amarle. O, incluso, si no le amaba, debía casarse con él. No, no, por supuesto que le amaba, y por supuesto que estaba bien. Michael era la respuesta, cualquiera que fuera la pregunta.

No había tenido muchos pretendientes. La palabra pretendiente era tan estúpida que los pretendientes también debían serlo. «El pretendiente plancha su traje». Había oído o leído esa frase en algún sitio, y siempre le pareció que eso era lo que fallaba con los pretendientes. ¿Se les llamaba pretendientes porque siempre eran unos pretenciosos? Le gustaban los hombres listos, no los matones.

Alineó en su mente a los hombres que había conocido y se puso a compararlos. Quizá podía dividir a los hombres entre pretendientes y maridos. Leslie y Tommy Prosser eran probablemente buenos pretendientes, pero puede que casarse con ellos hubiera sido un error. Eran algo disipados, y sus explicaciones sobre el mundo no parecían de fiar. Mientras que papá y Michael eran probablemente buenos maridos; no tenían aspecto de matones, y conservaban los pies sobre el suelo. Sí, esa era otra forma de verlo: los hombres o bien tienen los pies sobre el suelo, o bien tienen la cabeza en el aire. Michael, la primera vez que le vio, le había llamado la atención sobre sus pies; estaban colocados al revés, pero firmemente unidos al suelo.

Juzgados con este nuevo criterio, los hombres que conocía se dividían en los mismos grupos. De repente se imaginó besando a Tommy Prosser, y el recuerdo de su bigote la hizo estremecer:

una vez había practicado con un cepillo de dientes, y sus temores más vividos se confirmaron. Michael era el más alto de todos, y tenía Posibilidades de Ascender, una expresión que su madre siempre escribía con mayúsculas. Jean reconoció que, bajo su interminable abrigo, era algo desharrapado, pero podría mejorarle cuando acabara la guerra. Eso hacían las mujeres casadas, ¿no? Rescataban a los hombres de sus fallos y sus vicios. Sí, pensó sonriendo: *yo* le plancharé *su* traje.

Y así parece que sucedió. Si esto no era amor, ¿qué era? ¿Y él la amaba? Por supuesto. Lo decía cada vez que se besaban al darse las buenas noches. Papá decía que siempre puedes fiarte de un policía.

Había un tema que ponía nervioso a Michael: Tommy Prosser. Quizá por culpa de ella. Le hablaba bastante de Tommy, pero era natural, ¿no? Se pasaba todo el día en casa, Tommy solía andar por ahí; y cuando Michael venía a recogerla y le preguntaba qué había hecho, bueno, no resultaba muy interesante extenderse sobre cómo pintaba la verja o cómo tendía la ropa, ¿verdad? De manera que Jean le contaba lo que había dicho Tommy Prosser. Una vez le preguntó si sabía lo que era un sandwich Vuelva a la Base.

—Siempre me preguntas sobre sandwiches —dijo Michael—. *Sandwiches.*

—Se hace con diente de león.

—Suena rematadamente asqueroso.

—No estaba muy rico.

—Es un resabiado, eso es lo que no me gusta de él. No te mira a los ojos. Siempre está volviendo la cabeza. Me gustan los hombres que te miran a los ojos.

—No es tan alto como tú.

—¿Qué tiene que ver eso, boba?

—Bueno, quizá por eso no te mira a los ojos.

—No tiene nada que ver.

Vale, vale. Probablemente sería mejor no contarle a Michael que Prosser había sido retirado del servicio, aunque una no debe tener secretos para su marido. Tampoco le dijo que le llamaban Amaneceres.

Prosser no se ponía nervioso cuando le hablaba de Michael, aunque tampoco le entusiasmaba.

—Estará bien —era su réplica habitual.

—Crees que es buena idea, ¿verdad, Tommy?

—Es lo bastante buena, al menos. Te diré algo, es un buen partido.

—Pero tú estás casado. ¿Eres feliz?

—No he estado en casa el tiempo suficiente para saberlo.

—No, supongo que no. ¿Pero te gusta Michael?

—Estará bien. No soy yo quien se va a casar con él.

—¿No es alto?

—Es bastante alto.

—¿Pero crees que será una marido maravilloso?

—Hay que quemarse alguna vez. Procura solo no quemarte dos veces. —No comprendió realmente esta respuesta, pero aun así ella se enfadó bastante con Tommy Prosser por su forma de hablar.

* * * * *

La señora Barret, una de las damas más animadas y modernas del pueblo, llamó a la puerta cuando no había nadie en casa y le dio a Jean un paquete pequeño. «Yo ya no lo necesito, querida», fue todo lo que le dijo. Más tarde, en la cama, Jean desenvolvió un libro de consejos para jóvenes parejas forrado con tela de color castaño. Al principio aparecía una lista de las obras anteriores de la autora. Había escrito *La flora de Creta* (en dos tomos), *Viejas plantas, El estudio de la vida de las plantas, Un viaje a Japón,* una obra en tres actos llamada *Nuestras avestruces* y una docena de libros con el encabezamiento *Sexología.* Uno de ellos se llamaba *Los primeros cinco mil.* ¿Los primeros cinco mil *qué?*

Jean no estaba segura de cómo leer el libro, ni siquiera sabía si debía leerlo. ¿No era mejor que Michael le enseñara esas cosas? Él sabía todo sobre esas cosas, ¿no? ¿O no lo sabía? No habían hablado de ello. Se suponía que los hombres sabían, y se suponía que a las mujeres no les importaba dónde lo habían aprendido. A Jean no le importaba; era una idiotez preocuparse por la vida de

Michael antes de conocerle. De todas formas parecía tan lejana antes de la guerra. La palabra *prostituta* entró en su mente de refilón, como un vampiro a través de una puerta. Los hombres iban con las prostitutas para liberarse de sus deseos animales, y luego se casaban con las esposas, eso era lo que pasaba, ¿no? ¿Había que ir a Londres para estar con prostitutas? Supuso que sí. Todas las cosas desagradables relacionadas con el sexo tenían lugar, se imaginaba, en Londres.

La primera noche hojeó el libro descuidadamente, saltándose capítulos como El sueño, Los niños, Sociedad y Apéndice. Si hacía esto, ya no contaba como si lo hubiera leído. Aun así, algunas frases caían de la página y se prendían como buriles a su camisón de franela. Algunas la hacían reír; otras la hacían sentirse aprensiva. La

palabra *turgente* aparecía continuamente, igual que *crisis;* no le gustaba cómo sonaban esas dos. *Alargada y rígida,* leyó. *Lubrificado por las mucosidades; turgentes,* otra vez; *blanda, pequeña y colgante* (ugh); *desajustes en las correspondientes formas y posiciones de los órganos; absorción parcial de las secreciones masculinas; congestión del vientre.*

Al final del libro había un anuncio de la obra teatral de la autora, la titulada *Nuestras avestruces,* «representada por primera vez en el Royal Court Theatre el 14 de noviembre de 1923». *Punch* dijo que estaba «llena de humor e ironía, admirablemente interpretada». El *Sunday Times* dijo que «empieza excitantemente y se mantiene». Jean se sorprendió riendo, y de repente se asustó de sí misma. Qué mente tan sucia. Pero luego volvió a reírse imaginando una crítica que dijera «admirablemente turgente».

Le dijo a Michael que la señora Barret le había dado el libro. «Buena idea —le dijo, mirando al otro lado—, me he hecho muchas preguntas sobre el tema».

Pensaba preguntarle sobre las prostitutas, pero se estaban acercando al punto del camino donde tarareaba su canción y decidió que no era momento de hacerlo. En todo caso, estaba claro que le parecía bien que estuviera leyendo el libro; así que esa noche volvió a él con más determinación. Le asombró la cantidad de veces que la palabra *sexo* aparecía casada con otra palabra: *atracción-sexual, ignorancia-sexual, marea-sexual, vida-sexual, función-sexual.* Guiones a montones. Eran guiones sexuales, pensó.

Hizo lo que pudo, pero no logró comprender mucho de lo que leía. La autora proclamaba que había que escribir llanamente y sin rodeos, pero Jean se perdió casi en seguida. *Estructuras espirituales,* leyó, y *la hendidura del laúd,* sobre la cual no quiso pensar mucho. *El clítoris se corresponde morfológicamente con el pene masculino.* ¿Qué podía significar eso? Y no había muchos chistes. *La Reina de Aragón decretó que durante el matrimonio legítimo lo correcto era seis veces al día. Una mujer tan anormal en el terreno sexual lograría en nuestros días asesinar por agotamiento a una sucesión de maridos…,* eso era lo más parecido.

Hasta las partes que lograba comprender sin dificultad parecían contradecir su experiencia. *Las oportunidades de recrearse en románticos y pacíficos coqueteos son menores en nuestros días en la*

ciudad, leyó, *con sus cines y sus metros, que en los bosques y los jardines, donde la fragancia del romero o el espliego pueden ser la dulce excusa para una lenta y profunda elevación mutua de la pasión.* De acuerdo que estaban en guerra, pero dadas las propuestas de ir a arrancar espliego que le hacía Michael bien podían vivir en la ciudad. Por otra parte, tampoco tenía idea de dónde encontrarlas por aquella zona. ¿Y por qué sugerían solo hierbas? ¿Qué tenían de malo las flores?

Luego había algo llamado Periodicidad de Recurrencia, una especie de gráfico que mostraba las subidas y bajadas del deseo femenino a lo largo del mes. Había dos cuadros, uno con la Curva del Deseo Normal en Mujeres Sanas, el segundo con las Mejorías Débiles y Transitorias en Mujeres que Padecen Fatiga o Exceso de Trabajo. Al final del segundo gráfico el Nivel de Deseo Potencial se disparaba repentinamente de arriba abajo y de abajo arriba como una pelota de
ping-pong
sobre el chorro de una fuente. Una nota explicaba: «Poco antes y durante el período de tiempo correspondiente a la cresta *d* la sujeto se sometió a una cura de aire alpino que restableció su vitalidad».

Finalmente, se fijó en un consejo incluido en el capítulo Amor y modestia. *Procure siempre escapar. Escape de lo bajo, de lo trivial, de lo sórdido. En la medida de lo posible, debe conseguir que su marido solo la encuentre cuando venga a usted con delicadeza. Si las finanzas lo permiten, esposo y esposa deben tener habitaciones separadas, cuando no sea posible debe haber una cortina que una vez corrida divida en dos el cuarto que comparten.*

La siguiente vez que vio a Michael le hizo tres preguntas.

—¿Qué significa *morfológicamente*?

—Venga. ¿Algo que ver con los sandwiches?

—¿Y querrás que vayamos alguna vez a buscar espliego y romero?

Él lanzó una mirada algo más seria.

—¿Es que sopla el viento de Colney Hatch, o qué?

—¿Y podremos tener habitaciones separadas?

—¿No es un poco precipitado? Todavía no te he puesto un dedo encima, querida.

—Pero si se supone que eres el cazador que sueña con

abalanzarse repentinamente sobre Diana en el bosque.

—¿Mientras recogen espliego y romero?

—Supongo que sí.

—Entonces más vale que me busque un caballo. —Los dos rieron, después, Michael añadió—: Y en cualquier caso, ¿para qué necesito a Diana en los bosques si tengo a Jean junto a la cerca?

Esa noche dejó el libro a un lado. Era una basura. Tres días después, Michael dijo despreocupadamente:

—Ah, por cierto, te he arreglado una cita.

—¿Con quién?

—En Londres. Parece muy simpática. Eso me han dicho.

—¿Es… dentista?

—No.—Miró hacia el otro lado—. Te va a… examinar.

—¿Necesito que me examinen? —Jean estaba más sorprendida que ofendida. Presumiblemente, todo el mundo debía ser examinado—. ¿Me devolverás si tengo algún defecto?

—No, no, por supuesto que no, querida. —La tomó de la mano —. Es algo… que deben hacer todas las mujeres. Quiero decir, hoy en día es necesario.

—No he oído hablar de nadie que haya sido enviado a Londres para que le examinen —dijo Jean más bien enfadada. ¿Cómo se las arreglaba la gente del campo antes de que hubiera trenes?

—Oh, no es eso, querida, no solo eso. Se trata de… lo de los niños.

Ahora fue ella quien volvió la vista. Oh, cielos, pensó. ¿Pero no era eso responsabilidad de los hombres? ¿No se refería el libro a esa *responsabilidad?* De repente recordó otras palabras: *turgente,* y *la hendidura del laúd,* y *lubrificada por mucosidades.* Todo aquello le resultaba horroroso.

—¿No podemos ser simplemente amigos? —preguntó.

—Ya *somos* amigos. Por eso vamos a casarnos. Cuando nos casemos seguiremos siendo amigos; pero estaremos… casados. Eso es todo.

—Ya veo.

No veía nada. Se sintió miserable.

—¿Si tengo algún defecto me mandarás a tomar una cura de aire alpino?

—En cuanto lo permita el soldado Hitler —prometió—. En

cuanto lo permita el soldado Hitler.

La doctora Headley hubiera podido ser una excelente dentista, pensó Jean. Era de brillantes maneras, profesional, informativa, ordenada, amistosa y perfectamente aterradora. Llevaba una bata blanca abierta encima de un traje que muy bien podía haber sido un uniforme. Sentó a Jean en un sillón y la relajó comentando los cotilleos del Blitz. Jean encontró que aquello era contraproducente y dijo repetidamente.

—He venido a que me examine.

—Por supuesto. Hoy te examinaré y la semana que viene haremos los ajustes. A la mayoría de las niñas no les gusta enfrentarse a las cosas.

—Ya veo. ¿Qué ajustes? Oh, cielos.

La doctora Headley hizo preguntas sobre Michael y Jean, algunas de las cuales parecían muy del caso.

—¿Y qué sabes del acto sexual? Habla con franqueza. —Jean mencionó el libro forrado con tela de color castaño, aquel de la autora de la obra sobre las avestruces que empezaba excitantemente y se mantenía.

—Espléndido. Entonces ya debes de saberlo casi todo. Siempre es mejor tener algo de lectura bajo las faldas. ¿Y qué opinas del acto sexual? En general, me refiero.

Ahora Jean estaba ya más confiada. Nada iba a sorprender a la doctora Headley. Se apartaba el pelo de la cara recogiéndolo en un moño limpio pero algo desproporcionado; a Jean le recordaba una hogaza de pan de pueblo.

—Lo encuentro divertido.

—¿Divertido? Querrás decir extraño. Sí, al principio lo es. Pero te acostumbras.

—No, divertido. Divertido ja ja. Divertido ja ja. —*Turgente,* pensó; *la hendidura del laúd; espliego; la Reina de Aragón.* Se atrevió a lanzar una risita.

—Divertido es precisamente lo que no es, mi niña. Oh, cielos. Es intensamente serio. Es bello, y puede ser complicado, pero *no es divertido.* ¿Comprendes? —Jean asintió, sonrojada por su metedura de pata pero aún no del todo convencida—. Ahora corre detrás de esa pantalla y quítate las prendas interiores.

Jean lo hizo como si fuera un castigo. ¿Qué hacer con los

zapatos? ¿Eran prendas los zapatos? ¿Tenía que volver a ponérselos? Oh, cielos. Nunca debió haber dicho que el sexo era divertido. Por supuesto, podía resultar que no lo fuera. Quizá le asombrara su Periodicidad de Recurrencia, quizá no necesitara ninguna cura de aire alpino. Intentó no hacerlo, pero no pudo evitar pensar en el pene de Michael. No en la cosa en sí, pues todavía tenía que imaginarla, antes de llegar a verla; era la simple idea de su existencia. La cosa que iba a unir sus cuerpos, el guión sexual.

Salió de detrás de la pantalla. Le dijeron que se tumbara y luego… oh, cielos. Qué horrible tortura, pensó. El silencio era aterrador. Jean empezó a tatarear para sí. «Si sale cara nos casamos, nena…». Luego se cortó, avergonzada. Probablemente la doctora Headley no aprobaba que cantara, aunque la canción fuera apropiada.

—Puede que sientas algo de frío. —Jean se puso rígida. ¿Iban a empaparla con agua fría por haber tenido la ligereza de ponerse a tararear? Pero no: lo que ocurrió…, no quiso pensar en sus zonas inferiores. Tenía los ojos muy cerrados, como cortinas totalmente corridas; pero a través de ellos llegaba el brillo rojo de la vida en el exterior. Negro y rojo, el color de la guerra: el color de la guerra de Tommy Prosser. Tommy Prosser en su Hurricane negro en la negra noche, con el casco a la espalda y el brillo rojo del panel de instrumentos iluminando levemente su cara y sus manos. Tommy Prosser en su Hurricane negro en busca de los escapes rojos de los bombarderos que volvían a casa. Negro y rojo…

—Bueno, el cuarto de los niños está muy bien y no hay problemas en la sala de juegos —dijo de repente la doctora Headley.

—Qué bien. —¿De qué estaba hablando?

La doctora Headley abrió un cajón y sacó de él tres latas circulares y numeradas. Guardó las dos mayores con un jovial «No asustemos a los caballos», y abrió la tercera. Cuando desenroscó la tapadera salió una nube de polvo rosado. «Ahora te enseñaré el principio del asunto, la semana que viene lo intentarás tú sola».

La doctora Headley extrajo un disco elástico y le sacudió el talco. «Es muy simple, ¿lo ves? Ahí metido —retorció el disco hasta darle la forma de un ocho delgado— es flexible, duro, completamente seguro si sabes ponértelo, inténtalo».

Jean lo tomó. Parecía enorme. ¿Dónde había que ponerlo? Tal vez había que envolver el guión sexual como si fuera un pedazo de hule y luego atarle una cuerda. Tímidamente, estrujó los bordes de la cosa. Parecía bastante resistente. Luego lo dejó sobre el secante que había ante ella y volvió a intentarlo. El elástico cedió y lentamente brotó un pliegue de goma negra que cayó sobre la palma de su mano. Lanzó un chillido.

—Pronto te acostumbrarás. —Jean tenía sus dudas. Nada que ver con Michael, por supuesto; ¿no podían ser simplemente amigos? —. Y ahora la crema lubrificante. —De repente, la doctora Headley tenía un tubo en la mano. Oh, cielos. ¿Y que pasaba con *lubrificado por las mucosidades?*

—¿Pero… es… necesaria?

La doctora Headley hizo una mueca y no se molestó en contestar.

—¿No había dicho que no era divertido? —Jean estaba enfadada con esa mujer que le habían obligado a conocer.

—No, no me reía de esto. Me reía de ti. Es lo que os pasa a las niñas: queréis todo el placer pero ninguna responsabilidad. —Al decir la palabra *responsabilidad,* comenzó a untar crema en los bordes del disco y después en la blanda hamaca central de goma. Una breve demostración y se lo pasó—. No, agárralo firmemente, no va a morderte. No, con más firmeza. Con los cinco dedos, ¿nunca has jugado a hacer marionetas con guantes?

Jean lo soltó antes de que se le fuera de las manos. Seguro que bastaba por hoy.

Mientras esperaba su tren en Paddington, Jean encontró una pesada máquina pintada de verde con una gran esfera de reloj. En vez de las horas estaban las letras del alfabeto. Se giraba una gruesa flecha metálica y por un penique se podían imprimir quince letras en una fina tira de estaño. Una desconchada placa de esmalte sugería que era un buen medio para enviar un mensaje a un amigo. Jean pensó que no tenía mensajes que enviar. No tenía la suficiente confianza en sí misma como para darse lástima; se sentía simplemente desamparada. Laboriosamente, movió la aguja metálica de letra en letra apretando una manivela e imprimió JEAN, seguido de SARJEANT. Le sobraban tres letras; papá, aunque probablemente lo hubiera considerado un desembolso frívolo,

hubiera querido que no desperdiciara su dinero. Nombre, graduación y número, ¿no se decía así? Jean no tenía graduación ni tenía número. Después de pensárselo no poco imprimió XXX, sacó la tira de estaño del lateral de la máquina y la guardó en su bolso.

* * * * *

Aunque vagamente, Jean imaginaba que a Tommy Prosser le había ocurrido algo durante el último año; algo identificable y específico. Antes era un valiente piloto de Hurricanes, ahora no lo dejaban volar, maldecía y parecía asustado. Bastaba con encontrar la fuente de sus temores, hacerle hablar del terrible incidente que le había dejado marcado, y luego ver cómo mejoraba. Era todo lo que Jean sabía acerca del psicoanálisis.

Una tarde se sentó a la mesa de la cocina con un bote de Silvo, ante una fila de tenedores formados frente a ella como soldados. Prosser parecía menos beligerante de lo habitual. Comenzó a hablar de 1940 como si se tratara de Mons o Yprès: algo distante en lo que él no había tomado parte.

—La primera vez que *me dio un viento* fue de auténtico music-hall. Tenía una pequeña discusión con una pareja de 109 sobre el Mar del Norte. No me convenía quedarme mucho por allí, de manera que corrí a esconderme en una nube, me escabullí y puse rumbo de vuelta a la base. Tan aprisa como pude. Si quieres ir deprisa tienes que ponerte, en picado, ¿sabes? Así que en esas estamos y, de repente, ametralladoras. Se ve que uno de los 109 me había seguido. Tiré del mando hacia atrás como un rayo y el aeroplano describió un gran rizo en el aire. Eché una larga ojeada por ahí pero no se veía nada. Lo había despistado.

»Entonces volví a bajar el morro en dirección a la base. Más deprisa, más deprisa. Entonces, adivina… más disparos. Vuelvo a tirar del mando y en el momento en que lo hago los disparos cesan. Ascendí en busca de una nube y de repente caí en la cuenta. Al lanzarme en picado había agarrado el mando cada vez con más fuerza. El botón de disparo está en la parte superior del mando, ¿sabes? De forma que había estado disparando mis propias balas y asustándome como un idiota. Girando en el cielo como si hubiera dejado el piloto automático.

Jean sonrió.

—¿Se lo contaste a los demás al llegar?

—No. Al principio no. Hasta que alguien admitió haber hecho una burrada mayor. Y entonces pensaron que no lo había contado todo.

—¿La gente siempre confiesa de plano cuando algo ha ido mal?

—Claro que no.

—¿Qué es lo que no se confiesa?

—¿Qué es lo que no se confiesa? Cosas normales. Cuando se pasa miedo. Cuando temes dejar abandonados a los colegas. Cuando crees que no volverás. Fíjate, cuando alguien está pensando que no volverá se nota en algunas señales. Estás sentado en el barracón de recreo y adviertes que hay uno que se muestra muy atento. Quiero decir verdaderamente atento, de repente. Y te das cuenta de que ya lleva así dos días, siempre pasando el azúcar, conversando con mucha calma y sin dar nunca la espalda a nadie. Está pensando todo el tiempo en que no volverá. Quiere que se le recuerde como un tipo simpático. Por supuesto, él no sabe que lo está haciendo, no tiene ni remota idea.

—¿A ti te ocurrió eso?

—¿Cómo podría saberlo? No te das cuenta de que está pasando. Tal vez yo hiciera algo diferente, como agitar las monedas en los bolsillos o algo así.

—¿No está permitido reconocer que tienes miedo?

—Claro que no. Está mal visto. Aunque sepas que los demás también lo harían.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

—Ya lo has hecho, ¿no? —Prosser le sacudió una sonrisa, como diciendo: Sí, hoy estoy de mejor humor. Jean bajó la vista, era como si te descubrieran agitando las monedas en los bolsillos—. Hagan fuego.

—Bueno, me preguntaba qué es ser valiente.

—¿Ser *valiente*? —Prosser no se esperaba esto—. ¿Para qué quieres saberlo?

—Me interesa. Pero si no quieres…

—No…, es que…, es que es difícil. Quiero decir varía. Puede que hayas hecho algo normal y que los compañeros decidan que estuviste valiente; o puedes pensar que te has lucido y que nadie te

diga una palabra.

—¿Y quién decide qué es ser valiente? ¿Ellos o tú?

—No lo sé. De alguna manera eres tú quien decide, pero cuando es muy sonado son ellos. En realidad uno no piensa en ello de esa forma, ¿comprendes?

—Ahora estás siendo modesto. —Jean había reparado en las insignias que Prosser llevaba en el uniforme—. No las conseguiste por no hacer nada.

—No, no. No lo soy. Quiero decir, no decides «Ahora voy a ser valiente», ni te reclinas después en el asiento y piensas «Dios, qué valiente he sido».

—Pero tendrás que tomar alguna decisión. Si ves a alguien en dificultades te dices «Voy a ayudarle».

—No. Dices cosas menos reproducibles que eso. Y vas y lo haces. No es como tomar una decisión en la vida civil. Es una mierda, y estás metido en ella. A veces las cosas parecen más claras y tienes tiempo de pensar, pero lo que piensas es lo que te han enseñado a pensar en el adiestramiento, y a veces viene a ti como si te lo soplaran, pero sobre todo es una mierda, y estás en ella.

—Oh.

—Lamento defraudarte. Puede que para otros sea diferente. No puedo explicarte lo que es ser valiente. No es algo que puedas aislar y analizar. Cuando está ahí no te das cuenta de que está ahí. No sientes excitación, ni vértigo, ni nada. Quizá te sientas un poco como sabiendo lo que haces, pero no pasa de ahí. No puedes hablar de ello. No lo notas. —Prosser empezaba a parecer alterado—. Quiero decir que no es una cosa sensible, ¿entiendes? Lo que es sensible es tener tanto miedo que crees que se te caen los pantalones. Esa sí que es una reacción *sensible.*

—¿Y es diferente? ¿Estar asustado es como estar enfermo de algo?

—Ah, el *miedo.* Sí, es bastante diferente. —Pareció calmarse tan rápidamente como se había recalentado—. Bastante diferente. ¿Quieres que te hable de ello?

—Sí, por favor. —De repente Jean se dio cuenta de que hablar con Prosser era muy diferente de hablar con Michael. En cierto modo más difícil, pero…

—En primer lugar, cuando lo tienes lo sabes. En segundo lugar,

los demás también lo tienen. En tercer lugar, sabes los efectos que produce en ti.

—¿Qué efectos produce?

—Te obliga a hacer de todo. Al principio no tanto. Te miras más al espejo. Vuelas un poco más alto o un poco más bajo de lo necesario. Te convierte en un ser precavido. Dejas la pelea un poco antes de lo normal. Disparas ráfagas inútiles. Encuentras más fallos al aeroplano de los que encontrabas antes. Son cosas pequeñas que te hacen volver un poco antes o perder contacto con tu formación.

»Entonces es cuando empiezas a notarlo. Probablemente porque notas que la gente lo ha notado. Cuando vuelves el equipo de tierra hace siempre lo mismo: comprueban si has utilizado las ametralladoras antes de que salgas de la cabina. Y si no las has utilizado dos veces seguidas les imaginas murmurando. Siempre imaginas la misma palabra. *Blando.* Blando. Y piensas: no quiero que me llamen blando, así que lo que puedes hacer es alejarte de la formación, meterte en una nube y disparar. Si disparas lo suficiente te quedas sin munición y de todas formas tienes que volver a casa. Y le muestras el pulgar al equipo de tierra mientras corres por la pista, luego les dices que estás bastante seguro de haberle dado a un Heinkel —había un humo muy feo, y aunque no llegaste a verlo caer, si consigue llegar a Alemania será como una burra coja— y te felicitan y casi te lo crees y dudas si hablar de ello en tu parte de vuelo, y te das cuenta de que tienes que hacerlo porque ¿qué pasaría si alguien averiguaba que habías alardeado tanto ante los del equipo de tierra y ni se lo habías mencionado a los de Inteligencia? Así que lo haces, y antes de darte cuenta resulta que al meterte en ese nubarrón para disparar te has cargado a toda la sucia Luftwaffe.

—¿Eso es lo que hiciste?

—Eso es lo que ocurrió la segunda vez, cuando me licenciaron. La primera vez solo había pequeños indicios, yo no estaba seguro, ellos no estaban seguros, y dejaron de enviarme a volar unos cuantos días. Pero cuando ocurrió la segunda vez yo lo supe. Y también supe lo que había pasado la primera vez.

—Probablemente la primera vez eran solo nervios.

—Sí, eso es lo que eran. Nervios, estar asustado, blando, amarillo, exactamente. ¿No sabes lo que dicen? Un hombre que se

quema dos veces está acabado. —Jean recordó que había utilizado esa frase cuando le preguntó si debía casarse con Michael.

—Eso son cuentos de viejas.

—Las viejas saben de la vida. —Se reía—. Pregúntale a la mía.

—Dime cómo se siente uno cuando se está asustado.

—Ya te he dicho cómo se siente. Se está huyendo. Se está blando.

—Pero ¿cómo es por dentro?

Prosser reflexionó. Sabía perfectamente cómo era. Soñaba con ello.

—Bueno, en parte es como otras cosas. Es como un temblor de manos, una sequedad en la boca o una tensión en la cabeza: son los nervios que tiene cualquier tipo sano antes de una salida nocturna. Normalmente. A veces no. Lo habitual es que estos signos aparezcan en el barracón de recreo, y que cuando despegas desaparezcan; luego pueden reaparecer cuando parece que va a haber camorra, pero cuando empieza la juerga vuelven a irse. Excepto esas veces en que no se van en ningún momento, ni cuando vuelves seguro a casa; eso es mala señal. Entonces es cuando te entra el miedo.

Hizo una pausa y miró a Jean. Cuando continuó ella retuvo la mirada.

—Imagina que te estás tragando algo agrio, vinagre por ejemplo. Imagina que no lo sientes en la boca sino en todo el cuerpo, en la garganta, en el pecho, en el estómago. Imagínate que se cuaja lentamente entre tu pecho y tu gaznate. Se cuaja lentamente. Un porridge de vinagre que te hiela. La lengua agria. El estómago acuoso y suelto. Cuajando como porridge entre el estómago y el pecho. Ya no puedes confiar en la salida de tu propia voz. Así que a veces haces como si no te funcionara el radiotransmisor, finges que ha habido un largo corte de comunicación. Cierras la boca y la agrura se te agolpa en la garganta. Estás lleno de esos agrios mareantes, y como los sientes por todas partes te parece que puedes serenarte y librarte de ellos. Pero no puedes. No se mueven de allí, fríos, agrios, cuajándose, y sabes que no hay ningún motivo claro para que se vayan. Ninguno. Porque ahí están bastante bien.

—Puede que se vayan —dijo ella, sabiendo que en su voz brillaba un falso énfasis, como si consolara a un recién amputado asegurándole que pronto volverían a crecerle las piernas.

—No quemarse dos veces —replicó con calma.

—Creo que volverás a hacerlo —continuó ella, con el tono de voz de una enfermera de guardia—. Volverás a la caza furtiva sobre los aeródromos y… esas cosas.

—Eso era antes —dijo Prosser—, cuando allá donde miraras veías a alguien tejiendo prendas de color caqui. ¿Te acuerdas?

—Todavía conservo mi labor. No la terminé.

—Así era la cosa. Tejer en caqui. Resistir a Atila. Repeler al invasor. Todo estaba claro y era bonito, todos éramos felices. Pensabas que podías morir pero no tenía importancia; y ni te preocupabas por lo que pudiera durar, simplemente te hacías a ello. Por lo menos era algo totalmente nuevo. Y algunos de esos momentos parecían los mejores de toda tu vida.

—Como ver dos veces el mismo amanecer.

—Como ver dos veces el mismo amanecer. Como llevar unos cuantos bombarderos hasta su objetivo y una vez allí soportar la porquería que te envía el comité de recepción, limitándote a observar aquello —verdes, amarillos y rojos colgando en el aire— pensando que no va a herirte, que se asemeja a las guirnaldas de papel que se ponen para las fiestas de los sábados por la noche. Ahora es diferente. Ya no puedes verlo así.

—¿Y ya no odias a los alemanes tanto como antes? —Jean parecía convencida de que estaban llegando a algún punto clave. Tal vez el valor viene del odio, o por lo menos es alimentado por él. Prosser había perdido el odio, eso era todo. No tenía nada de que avergonzarse; muy al contrario.

—Qué va. Les odiaba igual. Exactamente igual. Quizá por diferentes motivos, pero exactamente igual.

—Ah. ¿Pero… ocurrió algo? ¿Algo horrible? ¿Algo que te hizo dejar de ser valiente?

Prosser sonrió con cautela, como si quisiera ponérselo fácil a ella aunque no pudiera. Y es que no podía.

—Lo siento. No es eso. El niño se hace hombre por la noche. El hombre se hace héroe. El héroe se derrumba. Llegan niños nuevos, nuevos héroes se forjan. —Estaba casi burlándose de ella, pero de una forma en la que nadie se había burlado antes—. No es eso. Yo no me derrumbé, al menos no en el sentido normal de la palabra. Al cabo del tiempo ciertas cosas salen a flote. Se acaban las reservas.

No queda nada. Te dicen que es cuestión de darse un respiro y recargar las pilas. Pero hay muchas baterías que no admiten recarga. Ya no.

—No seas tan pesimista, —dijo ella, aunque no le convenció su amable tono de voz—. Todavía te encanta volar, ¿no?

—Aún me encanta volar.

—¿Y todavía odias a los alemanes?

—Todavía odio a los alemanes.

—¿Y entonces, señor Prosser?

—Y entonces, futura señora de Michael Curtis, me temo que no tiene pruebas contra mí.

—Bien, bien. Pero estoy segura. Lo sé. Piensa en los amaneceres.

—Ya —dijo Prosser—, no estoy seguro de querer más. Ya sabes, si el sol sale dos veces… te quemas dos veces. Creo que he tenido más que suficiente. Es una buena dosis. Más vale acostumbrarse. Puede que me dedique a la pesca.

—No, por favor, no te acostumbres.

—Lo decía en broma.

* * * * *

A la semana siguiente Jean volvió a la consulta de la doctora Headley. Se prometió a sí misma que nada le parecería divertido. Lo que tampoco era muy probable.

La lata circular surgió otra vez, y el talco rosado, y una demostración de cómo untar la crema lubrificante, y Jean pensó otra vez *¿lubrificado por las mucosidades?* Quizá fuera un tubo de crema-de-mucosidades. Le dijeron que se tumbara, como si se hubiera equivocado de máquina en una sala de juego, y le ordenaron que se relajara. Se relajó pensando que flotaba, y luego que volando se separaba de lo que le estaba pasando. Estaba en un Hurricane negro y volaba entre nubes. Prosser tenía un asiento de mimbre en la cabina, y la llevaba a dar una vuelta; no era la tosferina, decía él, que se cura volando. Y le enseñaba su juego. El juego de tío Leslie con el cigarrillo estaba bien, pero el juego que Prosser hacía con el sol era aún mejor. Aquí estamos, mira, detrás de mi hombro, más allá del ala negra, está saliendo, está saliendo. Y ahora bajamos, bajamos otros diez mil pies y esperamos, mira, otra

vez está saliendo el sol. Sucede el milagro cotidiano. ¿Una vez más? No, a no ser que quieras enrolarte en un submarino.

—Inténtalo. —La relajación había facilitado las cosas a la doctora Headley; el problema era que Jean no atendió en ningún momento. Tomando el disco pringoso, lo estrujó dándole forma de ocho y comenzó a introducírselo sin saber muy bien en qué dirección, concentrada y tensa. La doctora Headley, en cuclillas sobre una banqueta y agarrándola de la muñeca, intentaba guiarla.

Vamos con ello, pensó Jean en un momento dado, y apretó con fuerza. Ay. *¡Ay!*

—No, tonta, no. Mira lo que has hecho. No importa, es solo un poco de sangre saludable. —La doctora Headley hizo uso de una toalla y un poco de agua caliente. Pasado un rato dijo—: ¿Continuamos?

Jean retomó a un brillante y despejado atardecer sobre el Canal y escuchó a la doctora Headley como si le hablara a través del radiotransmisor. Este lado hacia arriba, estrújalo hasta que tenga forma de ocho, el cuello del útero, que se ajuste por el borde, con comodidad, después engancha el dedo y tira. Parecían instrucciones para hacer una maniobra aérea. Esto lo hacía parecer menos humillante, como si no tuviera mucho que ver con ella.

—Puede que sangres un poquito más —dijo la doctora Headley.

Luego Jean recibió las últimas instrucciones para utilizar el diafragma. Cuándo ponérselo, cuánto tiempo después sacárselo, cómo lavarlo, secarlo y empolvarlo para guardarlo en la lata hasta la próxima vez. Le recordó a lo que su padre hacía con la pipa: siempre parecía tardar más en llenarla, limpiarla y picarla que en fumársela. Pero quizá todos los placeres eran así.

En el tren camuflado que tomó en Paddington se preguntó si, como ella suponía, habría perdido su virginidad. ¿La había perdido? Se sentía como si así fuera, o más bien se sentía como se imaginaba que se sentiría si la hubiera perdido de la manera normal. Se sentía rota, manipulada. *La hendidura del laúd,* no sabía lo que significaba, pero sonaba bien. En su bolso había una pequeña caja de cartón; no sabía qué pensar sobre aquello. ¿Era un protector o un agresor? ¿Era un protector que ayudaba a agresores como Michael? ¿Había perdido la virginidad con aquel o con otro de la misma serie de fabricación? ¿Estaba siendo estúpida y melodramática? En

cualquier caso, todo lo hacía por Michael. Podían ocurrirle cosas peores. Ocurrían cosas peores, y la mayor parte de ellas les pasaban a los hombres. Tenías que poner un poco de tu parte, ¿no?

La caja guardada en su bolso la intimidaba; hacía que el revisor de la estación tuviera aspecto de oficial de aduanas. ¿Lleva algo de contrabando, señorita? No, nada que declarar. Un artefacto explosivo. Un laúd agujereado. Una prenda interior ligeramente manchada de sangre.

La doctora Headley y la caja habían logrado que todo pareciera cierto e inmutable. Pero esa certeza no le daba confianza. No se encontró ansiosa por ir a la cama con Michael. Por supuesto que le amaba; por supuesto que él sabría cómo hacerlo, y que el instinto resolvería lo que ambos ignoraran. Iba a ser bello; puede que incluso fuera espiritual, como decía alguna gente, pero era un fastidio que en ciertos aspectos fuera tan real. ¿Afectaría eso a sus reacciones? ¿Habría alguna alteración de su Periodicidad de Recurrencia por causa de la Caja?

Cuando Jean volvió a casa se sorprendió a sí misma acudiendo de nuevo al libro en tela de color castaño de la señora Barret. Buscó el capítulo titulado El pulso fundamental, ahora decidida a descubrir en qué consistía la famosa proeza. Algunas gentes, leyó, creen que se trata de una simple pauta con ascensos y descensos, pero es algo más complicado que eso. «Todos hemos visto —explicaba la autora de *Nuestras avestruces*—

> alguna vez los rizos iguales que hace el mar cuando rompe en la arena, advirtiendo que el influjo de una nueva corriente de agua puede lanzar una segunda serie de olas en ángulo recto respecto a la primera, atravesándola de forma que ambos sistemas de olas se entrecrucen».

Jean nunca había estado al borde del mar, pero intentó imaginar las series de rizos cruzadas. Oyó graznar a las gaviotas y vio la arena jamás pisada. Sonaba todo muy agradable. Muy agradable, pero no muy importante. ¿Quizá *era* solo divertido?

Tío Leslie no estuvo en la boda. Tío Leslie les engañó. Allí estaban los padres de Jean, y la madre de Michael, alta y con una larga nariz, de quien Jean no podía decidir si le parecía torpe o

arrogante, y un policía amigo de Michael que era el padrino y le había dicho antes al oído «¿Si soy yo el padrino[1] por qué te casas con ese tipo?» (lo que no le pareció a Jean un comentario muy apropiado), y un primo galés de Michael que había viajado expresamente; pero no estaba tío Leslie. Una pequeña familia emparentaba con otra pequeña familia: siete personas que apenas se conocían entre sí tratando de dar con el grado de alegría con que había que celebrar aquella boda entre civiles en tiempo de guerra. Tío Leslie hubiera prescindido de los cumplidos y habría propuesto que dieran saltos; habría preparado un discurso y algunos trucos. Tal vez le añoró más porque de niña planeaba casarse con él. Su ausencia era una deserción por partida doble. Y además tío Leslie les había engañado.

Esta era, al menos, la versión que su padre daba de los hechos. Tío Leslie, que había vivido toda su vida en Inglaterra, tomó un barco para Nueva York poco después de que Chamberlain volviera de Múnich. En una muy discutida carta desde Baltimore, Leslie había resumido así los hechos: Chamberlain aseguró que habría paz, Leslie se dio cuenta de que ya no era joven y decidió salir a ver mundo, la guerra estalló bastante inesperadamente poco después de que llegara a América, era (ya) demasiado viejo para entrar en el ejército, no tenía sentido cruzar el Atlántico solo para ser una boca más que alimentar, así que lo mejor que podía hacer era encontrar un trabajo y enviar paquetes de alimentos, y por supuesto se uniría al ejército americano si los yanquis decidían participar en la carnicería, debían pensar que le tenían entre ellos y, por cierto, creía haber olvidado una chaqueta en su última visita, y sería una pena que se apolillara.

Papá resumió a mamá los acontecimientos de forma algo diferente: siempre supe que tu hermano era un poco caradura, qué era eso de ser demasiado viejo para ir al ejército y esas paparruchas, qué tiene de malo la Defensa Voluntaria Local o la vigilancia antiaérea o trabajar en una fábrica de municiones, claro que no es que a tu hermano le haya gustado nunca mancharse las manos o arrimar un poquito el hombro, se cree que basta con enviar paquetes de alimentos, mamá, qué hay esta noche de cena, un poco de Pastel de Conciencia seguido de una porción de Pudding de Conciencia, si comemos de eso nos sentará mal, pero qué intenta al

mandarle esa ropa interior a nuestra Jean cuando acaba de cortarse la trenza, no veré a mi hija con esas cosas encima, cuando puede que se acerquen los bombarderos no me parece decente, si ese se une al ejército americano yo nadaré hasta el Mar del Norte, quizá nuestro Héroe de la Estratosfera aquí a mi derecha querría otra ración de Pudding de Conciencia, puede que le sepa amargo, pero no tiene sentido desperdiciarlo.

En los primeros años de la guerra comieron mucho Pastel de Conciencia. Papá confiscó la ropa interior de Jean pero se la devolvió cuando se casó. Fue el único regalo de boda de tío Leslie; le escribió para ponerle al corriente de las noticias, pero no obtuvo respuesta. Tío Leslie permaneció en silencio durante el resto de la guerra. Madre no siempre recibía bien las especulaciones de padre sobre el motivo de ese silencio.

Al casarse, Jean sabía hacer las siguientes cosas:

cómo hacer las camas con sábanas de hospital;
cómo coser, remendar y bordar;
cómo hacer tres clases de pudding;
cómo preparar un fuego y limpiar el fogón;
cómo hacer que los peniques viejos brillaran de nuevo sumergiéndolos en vinagre;
cómo planchar las camisas de hombre;
cómo trenzar el pelo;
cómo introducirse un diafragma;
cómo preparar la fruta para hacer mermelada;
cómo sonreír cuando no le apetecía sonreír.

Estaba orgullosa de estos logros, aunque no los consideraba una dote lo suficientemente adecuada. Por ejemplo, habría deseado saber hacer estas cosas:

cómo bailar el vals, el pasodoble y la polca, lo que apenas había necesitado hasta ahora;
cómo arreglárselas para llevarse automáticamente los brazos al pecho;
cómo saber de antemano si sus comentarios eran estúpidos o inteligentes;

cómo predecir el tiempo con un alga marina;

cómo saber por qué una gallina deja de poner huevos;

cómo juzgar a la gente que se reía de ella;

cómo no pasar vergüenza cuando la ayudaban a ponerse el abrigo;

cómo hacer preguntas adecuadas.

Michael se hizo con un poco de gasolina y pasaron la luna de miel en un pub de New Forester que tenía algunos cuartos en el piso superior. Viajaron a última hora de la tarde del sábado. Cuando se acercaban a Basingstoke comenzó a oscurecer, y continuaron solo con las luces de posición para respetar las órdenes contraataques aéreos. Jean se preguntaba si Michael tendría buena visión nocturna; no tenía el entrenamiento de Prosser. Estaba asustada, recordaba que durante los primeros meses de la guerra había muerto más gente en los caminos que a causa del fuego enemigo. En un momento dado puso una mano sobre el brazo de Michael, pero él malinterpretó el gesto y aceleró más.

Cuando les mostraron su cuarto, Jean se sintió aterrada ante el tamaño de la cama. La veía enorme, amenazadora, con vida propia. La cama le hablaba, se burlaba de ella y al tiempo le daba miedo. Esporádicos murmullos atravesaban el suelo desde el bar en el piso inferior. Apoyó la cabeza en el hombro de Michael y dijo.

—¿Podemos ser solo amigos esta noche?

Hubo una pausa, y luego su mano le apretó levemente el cuello.

—Claro. Ha sido un viaje muy largo.

Le agitó un poco el pelo y luego fue a lavarse. Durante la cena estuvo relajado y jovial; había telefoneado a su madre y ella se encargaría de transmitir a los Sarjeant la noticia de su llegada. Jean hubiera preferido hablar con su madre —el último informe antes de entrar en combate— pero no dudaba que Michael había hecho lo mejor para los dos. Le quería mucho, se lo dijo y le preguntó si podía meterse en la cama y apagar la luz mientras él iba al baño. Se metió entre las sábanas, aspiró el olor a ropa recién lavada y se preguntó qué le esperaba más adelante. Afuera, la noche era clara y una luna llena estival colgaba del cielo como el farol de un explorador; la luna de bombardero, la llamaban.

Al día siguiente dieron un paseo por la mañana, porque ni

siquiera durante la luna de miel era correcto malgastar gasolina, volvieron al pub para comer, pasearon de nuevo por la tarde, se lavaron y se cambiaron de ropa; cuando bajaban a cenar Jean preguntó:

—¿Podemos ser amigos esta noche?

—Si esto continúa tendré que violarte —replicó él con una sonrisa.

—Eso es lo que me asusta.

—Bueno, esta noche me dejarás besarte. Sin revolcones.

—Bien.

—Y con la luz encendida.

La tercera noche, Jean dijo: «Tal vez mañana».

—*¿Tal vez*? En nombre de Cristo, estamos ya a la mitad de nuestra maldita luna de miel. Parece como si hubiéramos salido de excursión. —Al mirarla su cara enrojeció. Ella tuvo miedo, no solo porque estaba enfadado, sino porque se daba cuenta de que podía enfadarse más. También pensó: salir de excursión, sería agradable.

—De acuerdo, mañana.

Pero a la noche siguiente le dieron retortijones de estómago después de cenar y tuvieron que posponer el asunto. Pudo advertir que Michael estaba cada vez más enojado. Había oído en algún sitio que los hombres necesitan el desahogo físico más que las mujeres. ¿Qué ocurría si se les negaba? ¿Reventaban como el radiador de un automóvil? En la quinta noche apenas hablaron durante la cena. Michael pidió coñac. De repente, Jean le dijo al oído:

—Sube dentro de veinte minutos.

Recogió la Caja y corrió por el pasillo hacia el cuarto de baño. Se tiró en el suelo con los talones apoyados en el borde del baño e intentó introducirse el diafragma. Algo fallaba en sus músculos. Se preguntó por un instante si debería apagar la luz y pensar en Prosser al mando de su negro Hurricane, con un destello rojo en la cara y las manos; quizá eso la relajara. Pero sabía que no serviría. En vez de eso se puso de cuclillas y lo intentó, pero después de un cierto éxito inicial el disco salió disparado y ensució la alfombrilla. Lo intentó de nuevo levantando las piernas, empezaba a dolerle. Lavó el monstruo de goma negra, lo secó, lo empolvó y después volvió a meterlo en su bote.

Se tumbó en la cama y después escuchó el murmullo de las

voces del bar en el piso inferior. Michael parecía tardar bastante. Tal vez estuviera tomándose otro coñac. Tal vez se había fugado con una que no fuera defectuosa.

No pasó por el cuarto de baño, limitándose a quitarse la ropa en la oscuridad: ella intentó adivinar por el sonido qué prendas se desabrochaba. Oyó el chirrido de un cajón y se lo imaginó poniéndose el pijama. En el bar del piso inferior la conversación ascendió de volumen. Se subió a la cama, la besó en la mejilla y rodó encima de ella, le subió el camisón de franela y desató el pequeño nudo que le sujetaba el pijama. *El guión sexual,* recordó ella de repente.

La crema lubrificante le había dado una humedad suplementaria, lo que pareció complacer a Michael. Después de ciertos tanteos, entró en ella con menos dificultad de lo que ambos hubieran imaginado. Aun así, le dolió. Se quedó allí tumbada esperando que él dijera algo. Cuando, en lugar de eso, comenzó a moverse dentro de ella, Jean murmuró muy educadamente:

«Querido, me temo que no he podido meterme esa cosa».

«Oh —dijo él con una voz neutra, como si se tratara de un asunto de trabajo—. Oh». No parecía enfadado o decepcionado, como ella esperaba. En vez de eso, la penetró con más fuerza y, justo cuando ella empezaba a inquietarse ante el ataque, emitió un fuerte resuello nasal, salió y eyaculó en su estómago.

Cuando se quitó de encima, ella dijo:

—Estoy empapada. Me has empapado.

—Siempre parece que es más de lo que realmente es —replicó él —. Como con la sangre.

Los dos se quedaron en silencio ante la frase, tanto por lo que implicaba como por la mención de la sangre. Él jadeaba un poco. Olía a coñac. Estaba allí tumbada con el rumor del bar abajo como si nada hubiera ocurrido en ninguna parte del mundo; estaba tumbada en la oscuridad, pensando en sangre. Negro y rojo, negro y rojo, los colores del universo de Prosser. Tal vez cuando se llegaba a este punto pasaban a ser los dos únicos colores del mundo.

—Te traeré un pañuelo —dijo Michael luego.

—No enciendas la luz.

—No.

Se oyó el chirrido de otro cajón y le pasó un pañuelo. Le pareció

tan grande como una bufanda. Lo dejó sobre su estómago, puso la mano encima y comenzó a frotarse en círculos. Como los niños cuando tienen hambre. Con la diferencia de que la había llenado de porquería. Hizo una bola con el pañuelo, lo arrojó lejos de la cama, se bajó el camisón y se dio la vuelta.

A la mañana siguiente no abrió los ojos cuando notó que Michael despertaba. Volvió silbando del cuarto de baño, se vistió, la sacudió, le dio una afable palmada en la cadera y susurró: «Te espero abajo, querida».

Quizá todo había ido bien. Se vistió rápidamente y bajó corriendo. Sí, parecía que todo había ido bien, o al menos eso dedujo de la forma en que no paraba de darle tostadas y llenarle la taza antes de que pudiera vaciarla. Tal vez no le había encontrado ningún defecto, tal vez no la devolvería.

Tenía que hablar de ello, de todas formas. Después de todo, eso era el matrimonio. Esa tarde, mientras se cambiaban para cenar, tuvo el valor suficiente en un momento en que él estaba de espaldas. «Siento mucho lo de anoche».

No contestó. Probablemente estaba enfadado. Comenzó de nuevo. «Seguro, seguro que la próxima vez…».

Él se volvió hacia la parte de la cama donde estaba sentada y se colocó a su lado sin mirarla de frente. Le puso un enorme dedo entre los labios. «Shh —dijo—. No te preocupes. Es natural que sientas cierta tensión en momentos como estos. No volveré a molestarte mientras estemos aquí».

Aquello no era en absoluto lo que ella hubiera querido oír. Era bastante amable, pero parecía querer dejar el tema por zanjado. Tenía que intentarlo otra vez. Después de todo, ellos no eran como sus padres, ¿no?: habían leído libros, y Michael, presumiblemente, había estado en los burdeles de Londres. Le quitó el dedo de sus labios.

—La próxima vez me las arreglaré —dijo, empezando a agitarse; aunque tal vez esto era debido a que Michael le apretaba los hombros.

—No hablemos de ello —dijo firmemente—. Por ahora es suficiente. Estarás bien.

Le puso ambas manos en la cara e hizo una caricia que olía a jabón. Con una mano le cubría desde la frente hasta la punta de la

nariz; con la otra le cubría la boca y la barbilla. A través de los dedos ligeramente separados se colaba un poquito de luz. Durante un rato la tuvo ahí, en la suave jaula de sus manos.

Durante las dos últimas noches de la luna de miel él no provocó más problemas. Se fueron a vivir a los dos cuartos que la flaca madre de Michael les había asignado en su casa fría y cuadrada. La primera semana no fue ningún éxito. O bien sostenía una lucha de dedos pringosos con su diafragma para encontrarse con que Michael prefería quedarse abajo charlando con su madre, o bien se despreocupaba y se lo encontraba abrazándola ansiosamente. Se iba al baño, libraba su batalla de pánico, volvía y se lo encontraba durmiendo, o fingiendo que dormía.

—Michael —dijo la segunda vez que ocurrió. Él gruñó—. Michael, ¿qué pasa?

—Nada —dijo él, con una voz que significaba: algo.

—Dime. —Sin respuesta—. Vamos. —Sin respuesta—. No esperes que lo adivine.

Finalmente, en tono lánguido, replicó.

—Se supone que debe ser espontáneo.

—Oh, cielos.

La noche siguiente, con la ayuda de un trago, Michael se explicó. Si no es espontáneo no es bueno; a falta de mejor o de cualquier otra información, ella estuvo de acuerdo. Si te quedas cortado o seco es horrible. No es nada sano ponerse tan caliente, perdón por la expresión, y luego tener que enfriarse durante diez minutos; ella asintió ruborizándose por dentro y preguntándose cuánto tardarían otras mujeres. No podían seguir con esta mascarada, sin coincidir nunca, como el hombre del tiempo y el reloj de cuco; ella asintió. Probablemente sería conveniente —solo de momento, hasta que se conocieran mejor— si decidieran de antemano los días que… se lo pondría, si ella quería, por supuesto…; ella asintió. Tras pensar sobre ello, él decidió que el sábado era uno de los días óptimos, porque si estaba muy cansado el sábado por la noche, les quedaba el domingo por la mañana; y quizá también los miércoles, por lo menos mientras tuviera los actuales turnos de trabajo. Ella asintió, asintió. Sábado y miércoles, se dijo a sí misma, los sábados y miércoles seremos espontáneos.

El sistema funcionó bastante bien. Ella mejoró en el manejo de

la Caja; Michael no le hacía daño; ella se acostumbró a los ruidos que hacía, una clase de ruidos que uno asocia a los pequeños mamíferos. Había algo nuevo y agradable en el sexo, decidió, en tener el guión sexual de tu marido unida a ti, en notar que se volvía infantil en tus brazos.

Aun así, le dejaba mucho tiempo para pensar. No era este el momento en que más amaba a Michael, después de todo; ella así lo hubiera deseado, pero no lo era. En cuanto a lo que sentía en lo que la doctora Headley hubiera denominado sus regiones inferiores… bien, ¿dónde estaban todas aquellas corrientes cruzadas y superpuestas que le habían hecho esperar? ¿Dónde estaba el graznido de las gaviotas y la larga extensión limpia de arena? En ella había ahora solo un rastro de pisadas, pisadas con las puntas hacia afuera. No se parecía a nada de lo que había experimentado hasta entonces. ¿O sí? Un recuerdo emergía lentamente. Sí, era eso: allá en el Viejo Cielo Verde con tío Leslie, el juego de los cordones. Era igual: cosquilleante, y agradable, y un poco divertido y diferente.

Al recordarlo empezó a reír, pero esto molestó a Michael, y convirtió la risa en una tos. Qué coincidencia. Ella siempre supo que el sexo era divertido. Se lo había dicho a la doctora Headley. La estúpida doctora Headley.

Y eso era todo, supuso, yaciendo esa noche con Michael encima. Era su vida. Ello no le hacía sentir lástima por sí misma, simplemente lo reconocía. Naces, creces, te casas. La gente pretendía —quizá incluso lo creía— que la vida comienza con el matrimonio. Pero no era así. El matrimonio era un final, no un principio: ¿por qué si no había tantos libros y películas que terminaban en el altar? El matrimonio era una respuesta, no una pregunta. Esto no era motivo de queja, pero valía la pena observarlo. Te casabas y ya estabas establecido.

Establecido. Usaban mucho esa palabra. Establecerse, establecer, estar establecido. Jean se preguntaba qué más cosas se establecían. Un contrato, claro. Cuando pagabas dinero establecías un contrato de compra. Igual que cuando estás creciendo. Tus padres cuidan de ti y esperan algo a cambio, aunque nadie exprese esa esperanza. Había que pagar la compra. El matrimonio establecía el contrato.

No significaba que fueras ya feliz para siempre. No significaba

eso. Solo significaba que estabas establecido. Estarás bien: eso dijo Michael, igual que mamá. Había pasado una prueba. Aunque fueras infeliz, alguien iba a ocuparse de ti. Eso era lo que ocurría, lo había visto. Vendrían los niños, claro, lo cual siempre volvía al hombre más responsable. No es que Michael no fuera responsable: después de todo era policía. Y ella se encargaría de adecentarlo un poco. Tendrían una casa. Vendrían los niños. Se acabaría la guerra. Ya era una niña mayor. Todavía era —o podía ser— la niña de Michael, pero eso era aparte. Ya había crecido. Los niños se encargarían de demostrarlo. Su desvalimiento sería la prueba de que ya era mayor, de que se había establecido.

A la mañana siguiente, a solas, se miró al espejo. Su pelo castaño había perdido el rubio de la infancia. Los ojos azules tenían flecos de un color indeterminado, como la lana de bordar. La mandíbula cuadrada ya no le disgustaba. Intentó sonreírse, pero en realidad no le salió. Estaré bien, se dijo; no era guapa, no estaba satisfecha, pero iba a estar bien.

Mientras miraba al espejo y los ojos de lana de bordar le devolvían la mirada, Jean pensó que ya sabía todos los secretos; todos los secretos de la vida. Había una oscura fresquera de donde había sacado algo pesado, envuelto en papel marrón. No había necesidad de hacer trampas, no había que rasgar el agujero en el papel y escudriñar con la ayuda de una linterna. Ya era mayor. Podían desenvolverlo seria y cuidadosamente. Sabía lo que iba a encontrar. Cuatro finos puntos ocres. Tees de golf. Por supuesto. Solo un niño los confundiría con jacintos. Solo un niño esperaría que brotaran. Los mayores sabían bien que los tees de golf nunca brotaban.

Segunda parte

Tres hombres sabios… ¿lo dices en serio?

graffito, c. 1984

Michael hacía fuego con los talones. Así es como Jean le recordaría años después. En el cobertizo guardaba una horma de zapatero —un pesado objeto de hierro de un metro de longitud que parecía el escudo de armas de un país de comedia— sobre la cual clavaba unos refuerzos de acero en los tacones de cada nuevo par de zapatos. Luego caminaba delante de ella demasiado aprisa, de forma que cada varias zancadas ella tenía que recurrir a un torpe correteo. Y mientras andaba escuchaba sus pasos rascar como un cincel, y el pavimento escupía fuego.

El matrimonio de Jean duró veinte años. Tras la culpable decepción de la luna de miel vino la consternación, más larga y más lenta, de la vida en común. Tal vez había imaginado demasiado ansiosamente que no sería una vida en ligeras, una vida de besos de buenas noches, saludos ruidosos, juegos tontos y deseos ocultos que se satisfacían milagrosamente. Ahora se encontró con que había que expresar los deseos si se quería satisfacerlos, y que los juegos resultaban mucho más tontos si se jugaban a solas: en cuanto a los ruidosos saludos, seguían tan de cerca y con tanta regularidad a los besos de buenas noches que difícilmente podían ser ruidosos. Sin duda a Michael le pasaba lo mismo.

Pero lo que más la confundía es lo cerca que puedes llegar a vivir de una persona sin tener la menor sensación de intimidad, o de lo que ella había pensado que era la intimidad. Vivían, comían y dormían juntos, se decían cosas que solo ellos podían descifrar, hasta su ropa interior era familiar, pero lo que de todo esto surgía eran meras pautas de conducta, en lugar de una identidad en las reacciones que tuviera algún contenido. Jean había imaginado —¿no lo había imaginado?— que la madreselva se enredaría en el espino blanco, que los vástagos plantados en línea iban a enroscarse hasta formar un arco, que las dos cucharas se encajarían juntando

sus contornos, que dos se iban a convertir en uno. Se dio cuenta de que era una idea estúpida, como de libro infantil. Podía amar a Michael, aunque no pudiera leer su mente o predecir sus respuestas; él podía amarla todavía, aunque se mostraba complaciente respecto a su vida interior. Una cuchara no puede encajar en un cuchillo, eso era todo. Había sido un error pensar que el matrimonio podía alterar la matemática. Uno y uno siempre habían sido dos.

Los hombres cambiaban al casarse; eso habían prometido las mujeres del pueblo. Espérate, muchacha, le dijeron. De manera que a Jean no le sorprendieron tanto la lenta aparición del tedio ni la llegada de los cansancios desatentos. Lo que más la desalentó fue que la amabilidad y la gentileza de Michael al cortejarla fueron transformándose en una fuente de irritación para él. Parecía exasperarle que ella esperara que después del matrimonio se comportara igual que antes; y esta exasperación era la fuente de otra aún mayor. Mira, parecía querer decir, crees que antes te engañaba respecto a mi forma de ser, ¿no? Pues no. Entonces no estaba irritado, y ahora sí lo estoy: ¿cómo puedes decir que te engañaba? Pero para Jean tenía poca importancia que entonces la engañara o no, si estaba irritado ahora.

Por supuesto, tenía que ser mayormente culpa suya. Y era normal, suponía, que su incapacidad de concebir un hijo despertara furias inexplicables en Michael. Eran inexplicables no porque no hubiera un motivo —o al menos una justificación— sino porque su incapacidad de tener hijos permanecía constante, mientras que sus furias eran siempre intempestivas.

Al principio él pensó mandarla a un especialista. Pero ella recordó la otra vez que la persuadió —no, la embaucó— para que fuera a Londres. Una doctora Headley era suficiente especialista para una sola vida. Así que se negó a ir.

—Quizá solo necesite una cura de aire alpino.

—¿Qué *quieres* decir?

—El aire alpino restablece la vitalidad del sujeto.

—Jean, querida. —La tomó de las muñecas y se las apretó como si fuera a decir algo afectuoso—. ¿Nadie te ha dicho nunca lo abismalmente estúpida que eres?

Ella miró hacia otro lado; él le sujetaba las muñecas; sabía que tendría que mirarle —o replicar, al menos— antes de que la soltara.

¿Por qué tenía que ser tan desagradable con ella? Probablemente era estúpida, aunque sospechaba que podía no serlo; pero aun si lo era, ¿por qué se enfadaba tanto? No era más inteligente cuando la conoció, y entonces no parecía importarle. Sintió que le dolía el estómago.

Finalmente, con un punto de desafío pero sin mirarle a la cara, dijo:

—Prometiste que no me devolverías si tenía algún defecto.

—¿Qué?

—Cuando fui a ver a la doctora Headley te pregunté si me devolverías si tenía algún defecto. Dijiste que no.

—¿Y qué tiene eso que ver?

—Bien, si crees que soy defectuosa puedes devolverme.

—Jean. —Le apretó las muñecas con más fuerza, pero ella no quiso mirar todavía aquella enorme cara roja con cuello de niño—. Dios. Mira. —Sonaba exasperado—. Mira, yo te quiero. Dios. Mira, yo te quiero. Solo que algunas veces quisiera que fueras… de otra forma.

De otra forma. Ya, ya entendía lo que quería. Era abismalmente estúpida y estéril. Quería que fuera inteligente y que se quedara embarazada. Tan simple como eso. *Si sale cara tendremos seis niños. Si sale cruz tendremos un gato.* Tendrían que comprarse un gato.

—Me duele el estómago —dijo.

—Te quiero —replicó él, casi gritando de exasperación. Por primera vez en cinco años de matrimonio esta información no la conmovió. No es que no le creyera, pero todo aquello era ya algo más que una cuestión de honradez.

—Me duele el estómago —repitió, sintiéndose cobarde por ser incapaz de enfrentarse a él. Sin duda también la despreciaba porque le dolía el estómago.

Al final le soltó las muñecas. Pero a lo largo de los meses siguientes volvió sobre la cuestión de «ver a un especialista». Ella estaba de acuerdo en utilizar una terminología evasiva, pero en su interior ensayaba frases que había leído mientras Amanecer Prosser roncaba en el cuarto de al lado. *Desajustes orgánicos,* recordaba, y *congestión del vientre.* Congestión: pensó en hombres que venían a desatascar los desagües y se estremeció. Estéril, esa era la palabra adecuada, la palabra bíblica. Estéril. Y esterilidad. Aquello le hacía

pensar en el desierto de Gobi, lo que le hizo pensar en tío Leslie. No dejes caer la cabeza del palo o habrá aquí más arena que en el desierto de Gobi en un día de viento. Vio a un golfista en un bunker golpeando y golpeando con el palo, pero la bola nunca salía.

Sin embargo, a veces se preguntaba si ella fallaba en lo que Michael decía. Durante el noviazgo se sintió tensa cada vez que Michael mencionaba a los niños. Cada cosa a su tiempo, pensó entonces. Y luego su experiencia sobre lo primero la volvió un poco escéptica respecto a lo segundo.

Tal vez fuera antinatural, más que estéril. O además de estéril. Abismalmente estúpida, estéril y antinatural: así es como debían verla los demás. Desde dentro era diferente. La gente podía pensar que era estéril y antinatural, pero a ella eso la hacía encogerse de hombros. En cuanto a lo de ser abismalmente estúpida, comprendía el punto de vista de Michael, pero también comprendía algo más. Jean creía que la inteligencia no era una característica tan pura e inalterable como pensaba la gente. Ser inteligente era como ser bueno: puedes ser virtuoso con una persona y malvado con otra. Inteligente cuando estás con unos y estúpida cuando estás con otros. En parte tenía que ver con la confianza. Aunque Michael era su marido, quien la había llevado de la virginidad y la adolescencia a la feminidad y la madurez (o al menos eso creía el mundo), quien la había protegido física y financieramente, quien le había dado el nombre Curtis en vez de aquel otro, Serjeant, extrañamente no había logrado darle confianza. En cierto modo, sentía más confianza cuando era una tonta de dieciocho años. A los veintitrés, con Michael, se sentía más insegura y, por tanto, menos inteligente. Era como si los acontecimientos se hubieran sucedido con crueldad: primero Michael la volvía menos inteligente y luego la despreciaba por ser aquello en lo que él la había convertido.

Quizá también la había hecho estéril. ¿Era posible que fuese así? Cualquier cosa es posible, pensó. Así que la siguiente vez que discutieron sobre su defecto alzó la cara, le miró a los ojos y muy rápidamente, antes de perder el valor, dijo:

—Iré si vienes tú.

—¿Qué quieres decir?

—Iré si vienes tú.

—Jean, no hables como si fueras un niño. Repetirse no es lo

mismo que explicarse.

—Tal vez el defectuoso seas tú.

Fue entonces cuando le pegó. De hecho, fue la única vez que lo hizo en toda su vida en común, y más que una bofetada fue una torta bastante torpe que la alcanzó en el lugar donde se unen el cuello y el hombro; pero entonces ella no pudo reparar en eso. Mientras corría saliendo del cuarto, las palabras parecían caer sobre ella desde todos los ángulos. *Puta,* oyó primero, e *imbécil,* y *mujer,* esta última palabra retumbó y cortó el aire hasta terminar por sonar como un latigazo.

Cuando cerró la puerta a su espalda continuaba la lluvia de palabras. Pero aquella barrera las vaciaba de significado: unos centímetros de madera bien cerrada transformaban en puro ruido una violenta descripción de tu carácter. Era como si Michael le estuviera tirando distintos objetos que hacían siempre el mismo sonido al golpear la puerta: ¿era eso un cuadro, un tintero, un libro, un cuchillo, o un tomahawk lleno de plumas y todavía afilado pese a las numerosas víctimas que había dejado atrás? No podía distinguirlo.

Se sintió satisfecha de ello más tarde, al repasar el incidente días después, cuando aceptó las disculpas de Michael pero rechazó sus caricias. Pueden partirme los huesos a palos, pero las palabras no me hacen daño: ¿por qué formulará la gente tales proverbios, a menos que teman, con toda la razón, que ocurre exactamente lo contrario? Los dolores cicatrizan, ella lo sabía (aquella primera herida en su estómago desapareció en menos de una hora), pero las palabras se infectan. *Mujer,* le había gritado Michael haciendo una pelota con su sonido para poder apuntar mejor al lanzársela. *Mujer,* la palabra en sí no portaba el virus, pero el tono estaba envenenado. *Mujer,* dos sílabas anodinas cuyo significado acababa de ser redefinido por él: el nuevo era *todo lo que me exaspera.*

Después de aquello no volvieron a hablar de tener hijos. Durante los años siguientes continuaron haciendo el amor, quizá una vez al mes, o al menos siempre que Michael parecía desearlo; pero Jean se comportaba siempre pasivamente. Cuando pensaba en Michael y el sexo imaginaba un tanque de agua demasiado lleno que había que vaciar de cuando en cuando; no era necesario hacerlo con frecuencia, no era exactamente un fastidio, era una más de las

tareas de la casa. En cuanto a ella misma y el sexo, prefería no pensar sobre ello. Algunas veces fingía sentir más placer del que le producía: era por pura educación. El sexo ya no le parecía divertido; lo encontraba ordinario. Todas aquellas frases que una vez aprendió —frases estúpidas y excitantes que parecían coquetear con ella— le llegaban ahora desde un tiempo muy lejano, desde la isla de la infancia. Una isla que no podías abandonar sin mojarte. Pensó en dos series de olas que se cruzaban en ángulo recto y se sintió un poco culpable. Respecto a los otros encabezamientos —el de la curva de deseo normal y aquel otro sobre las mejorías débiles y transitorias en mujeres que padecen fatiga y exceso de trabajo—, eran como pintadas a medio borrar leídas de pasada en las paredes de una parada de autobús en una carretera rural.

No necesitaba aire alpino, y la fatiga que padecía no era de origen físico. Cuidaba de la casa para Michael, se ocupaba del jardín, tuvo una sucesión de animales, consciente de que la gente los consideraba sustitutos de los niños. Tuvo un cerdo que se le escapó y luego fue hallado comiendo piedras en medio del camino. Tenía tratos con secretos animales, que solo surgían cuando ella se dejaba llevar. A veces, tumbada en su cama, escuchaba al erizo golpetear su tazón de leche como dándole las gracias, y sonreía.

Durante veinte años mantuvo un papel normal en la vida del pueblo; iba a tomar el té, prestaba ayuda, hacía donaciones; llegó a convertirse, para sí misma, en alguien más bien anónimo. No era desdichada, aunque fuera escasamente feliz; era bien apreciada, y no tomaba parte en las conspiraciones comunes del pueblo; lentamente, decidió que era bastante corriente. Michael, sin duda, la encontraba corriente. Pero había cosas peores que eso. Cuando era niña, en algún momento pensó que podría llegar a convertirse en alguien especial, o que al menos sería la esposa de alguien especial; pero todos los niños piensan esas cosas, ¿no? Un poco de carne suavizó los ángulos de su cara. Un cielo bajo y gris, en el que era difícil discernir el contorno de alguna nube, siempre amenazaba lluvia.

A veces, a lo largo de los años, se preguntó si Michael tenía alguna amante. No hubo manchas de carmín en el cuello de las camisas ni fotografías escondidas, no hubo extrañas llamadas de teléfono, pero dada la profesión de Michael era difícil que las

hubiera. La única evidencia estaba en la forma en que la miraba a veces, como si observara el humo de un mercante desde seis mil metros de altitud. Ella nunca preguntó; él nunca dijo nada. ¿Qué se puede saber sobre la vida de otro?

Sus padres murieron. Sus períodos se detuvieron cuando tenía treinta y ocho años, lo que no le produjo ni pena ni sorpresa, sentía que hacía mucho que su existencia había terminado de definirse. ¿Que a veces deseaba ponerse a llorar en medio de la noche? ¿Y quién no? Bastaba observar la vida de otras mujeres para saber que las cosas podían ir peor. Le salieron las primeras canas y no hizo nada.

Casi un año después de que se le retirara el período se quedó embarazada. Hizo que el médico le practicara dos nuevos análisis antes de aceptar su diagnóstico. Dijo que esas cosas habían ocurrido otras veces, y murmuró algo sobre el tren para Londres. Jean le dio las gracias vivamente y volvió a casa a contárselo a Michael.

En realidad, ella no se daba cuenta de que le estaba poniendo a prueba, aunque años más tarde admitiría que así fue. Al principio se mostró enfadado, aunque de una manera nada usual, enfadado consigo mismo; tal vez deseaba pero no podía acusarla de tener un amante, también a causa de su improbable mala conciencia. Luego dijo firmemente que era demasiado tarde para tener hijos, y que tendría que librarse de él. Luego comentó la forma extraña en que se habían producido los acontecimientos, después de veinte malditos años. Luego reflexionó y declaró que toda la historia era bastante rara, riendo entre dientes ante la sorpresa que se iban a llevar sus colegas. Luego se le puso una expresión relajada y bovina y quedó en silencio; tal vez le venían a la cabeza breves escenas paternales. Finalmente se volvió hacia Jean y le preguntó qué pensaba de todo ello.

—Oh, voy a tener el niño y voy a dejarte. —No tenía en absoluto la intención de decir una cosa así; pero, en cierta forma, sus palabras, dichas por instinto y sin una valentía consciente, no llegaron a sorprenderla. Tampoco parecieron sorprender a Michael, que solamente se reía.

—¡Venga allá! —dijo con una divertida voz que normalmente la hubiera cortado; ahora solo la desconcertó. Estaba claro que Michael no entendía nada de nada.

—Bueno, espero dejarte primero y luego tener el niño. Espero hacerlo por este orden.

Una vez más las palabras no llegaron a sorprenderla; ahora que las ensayaba no solo le parecían simplemente irrefutables, sino casi banales. Tampoco tenía miedo, aunque esperaba que Michael se enfadara.

En vez de eso le dio una palmada en el brazo, dijo «Hablaremos de ello por la mañana» y empezó a contarle cómo se habían esclarecido unos robos de ropa en unos almacenes locales. Habían instalado un espejo doble en un probador de señoras y un alarmado sargento, escondido en un armario, había sorprendido a un ratero travestido llenándose de blusas el sujetador.

Ella quería decirle mira, no tiene nada que ver contigo; la decisión, claro. Quiero tener una vida más difícil, eso es todo. Lo que quiero es una vida de primer orden. Puede que no lo consiga, pero mi única oportunidad reside en que abandone esta vida de segundo orden. Puede que fracase completamente, pero quiero intentarlo. La cosa va conmigo, no contigo; así que no te preocupes.

Pero no era capaz de decir nada de esto. Había que observar cierto decoro, como el decoro guardado respecto a las posibles amantes de Michael. Había que obedecer ciertas reglas; permitir ciertos excesos, respetarˆciertas formas de mentira; había que despertar en el otro unos sentimientos que ambos fingían que estaban ahí aunque sospecharan que no estaban. Esto, claro, era parte de lo que ella denominaba una vida de segundo orden.

Se daba cuenta de que Michael se sentiría herido por su partida; pero el saberlo, en vez de convencerla de que debía quedarse, hizo que le despreciara un poco. No estaba orgullosa de semejante reacción, pero no podía negarla. Por primera vez en su matrimonio era consciente de tener cierto poder sobre él. Tal vez el poder fortaleciera el desdén, y tal vez por ello la consideraba abismalmente estúpida. En tal caso, tenía mayor motivo para dejarle.

Quería irse inmediatamente pero no lo hizo. Decidió que sería mejor para el niño dormir los primeros meses sin el estrépito de la vida por delante, de la vida exterior, mejor que sus problemas no empezaran antes que los de ella. Y había que tener con Michael una consideración en el momento de la despedida. Si desaparecía ahora,

embarazada de dos meses, el pueblo murmuraría que se había ido para unirse con un amante, un gigoló de salón de baile o un forzudo de circo. Mientras que si se iba con el niño, o al final del embarazo, no sabrían qué creer. Tal vez pensaran que había perdido la cabeza. Las mujeres, se decía, suelen perder la cabeza después de dar a luz; sin duda, esta probabilidad era aún mayor en una mujer de su edad.

Los vecinos dijeron que un niño tardío era un niño bendito. El médico la advirtió calmadamente sobre el mongolismo, y volvió a decir algo sobre el tren para Londres. Michael la observaba con precaución, pasando del orgullo adolescente a un miedo inconcreto. Ella percibía ese miedo y no hacía nada por apaciguarlo; en lugar de ello, lo utilizaba. Sabía que la mujer preñada se vuelve hacia dentro, que la madre y el niño aún no nacido constituyen una república autónoma, y que el viejo mago de la tribu enseñaba a los hombres a comportarse de modo diferente con sus esposas cuando estas se inflaban: les enseñaba a guardar un temor reverencial que con frecuencia se expresaba en forma de sensiblería.

De mañera que Jean se permitió aparecer más reservada de lo que se sentía. También empezó a comportarse de forma antojadiza, pues eso era lo que se esperaba de ella. A veces tenía antojos, en efecto: el olor rico y nutritivo de la comida que mezclaba para las gallinas la hizo desear llevarse el cubo a la boca y probar un bocado; pero nunca hablaba de estas rarezas normales en su estado. En vez de ello, durante los largos paseos vespertinos bajo un cielo aburrido y gris, se dedicaba a antojos más generales. Se comportaba deliberadamente en contra de su carácter y sus sentimientos. Se encontró capaz de expresar la rabia y el tedio ante Michael, aunque nunca desplegaba esas emociones cuando de verdad las sentía; solamente las dejaba salir cuando podían venir al caso.

El embarazo parecía darle un codazo que la advertía de expectativas más amplias, y sus fáciles antojos le susurraban al oído, como una brisa secreta, que no necesitaba mejorar su carácter. No disfrutó especialmente de esta fase poco honesta, pero creía que era importante para ella; todavía no era lo bastante valiente para ser totalmente honesta. Tal vez eso llegara con su nueva vida, su segunda vida. Recordó los decepcionantes jacintos de tío Leslie. Bueno, tal vez un tee sí podía brotar. Después de todo, eran de madera.

* * * * *

Bajo el cielo plano e indiferente de aquel otoño, mientras el viento suave le abría el impermeable dejando a la vista su barriga, pensaba de vez en cuando en el sargento-piloto Prosser. El licenciamiento le llegó pocas semanas antes de la boda. Se detuvo bajo el portillo de creosota con el motivo solar y empezó a mover los pies, bajando la cabeza de vez en cuando para comprobar que tenía bien cerrada la maleta; finalmente, sonrió sin mirarla y cerró la puerta. Jean hubiera querido invitarle a la boda, pero a Michael no le hizo gracia. ¿Qué había sido de Prosser? Jean alzó la mirada al cielo, como esperando que le respondiera.

Prosser había sido valiente. Dijo que había sido blando, que estaba quemado, pero no era esa la cuestión. No había valor si no había miedo, y si no se admitía el miedo. El valor de los hombres era diferente del valor de las mujeres. El valor de los hombres consistía en irse y estar a punto de morir. El valor de las mujeres —al menos eso decía todo el mundo— consistía en tener paciencia. Los hombres mostraban su valor en accesos de violencia, las mujeres en períodos de espera. Era lo que correspondía a sus respectivas naturalezas: los hombres eran más quisquillosos y tenían peor temperamento que las mujeres. Tal vez para ser valiente había que enfadarse. Los hombres salían al mundo y eran valientes; las mujeres se quedaban en casa y mostraban su valor soportando la ausencia de ellos. Luego, pensó Jean torciendo el gesto, los hombres volvían a casa con su mal temperamento y las mujeres mostraban su valor soportando la presencia de ellos.

Cuando dejó a Michael estaba de siete meses; y esa mañana hizo la compra para él. Habría dificultades, sin duda, cosas como… bueno, el impuesto sobre la renta; pero aunque hasta entonces el enojoso conocimiento de esas dificultades había evitado durante años su partida, nada de eso parecía tener ahora importancia. No es que el embarazo la hiciera sentirse más sabia, sino que había cambiado su ángulo de visión; aunque esto podía ser en sí mismo una forma de sabiduría. Pensó en otros matrimonios del pueblo y sintió alivio porque el suyo no había sido peor. La señora Lester, que se quedaba días enteros en casa para no mostrar sus moratones, le había dicho una vez: «Sé que él no es fácil de controlar, pero

¿quién le lavará la ropa si me voy?». Para la señora Lester, la lógica tenía una melancólica perfección; en aquel momento Jean asintió y pensó que la señora Lester era un poco simple, aunque no tan simple.

Las mujeres del pueblo (y Jean no se excluía) manejaban a sus maridos. Les daban de comer, los esperaban, lavaban y cocinaban para ellos, cedían ante ellos; aceptaban la interpretación del mundo de los hombres. A cambio, obtenían dinero, un techo, seguridad, niños y un irreversible ascenso de la jerarquía local. Parecía un buen trato; y cuando tenían esto, protegían a sus maridos a sus espaldas, los trataban como a niños, les hablaban de sus cosas. Los maridos, por su parte, creían que manejaban a sus mujeres: hay que ser firme pero solo lo justo, decían, si les haces saber quién manda, dándoles una cantidad para la casa sin decirles cuánto guardas para cerveza, las cosas irán bien.

El cónyuge que se iba siempre era culpable. «Ella agarró y se marchó», «se largó y lo dejó plantado». Abandonar era cometer traición, abandonar era renunciar a tus derechos, el que abandonaba al cónyuge demostraba debilidad de carácter. Quítate esa idea de la cabeza, dale carpetazo, no te dejes tentar por el diablo; es un bache, no puede durar para siempre. ¿Cuántas veces había escuchado esas frases, amablemente dirigidas y amablemente creídas? Salir corriendo, decía la gente, era una prueba de falta de carácter. Jean se preguntaba si no sería al contrario.

Abismalmente estúpida, había dicho Michael. Si soy abismalmente estúpida, tú no has estado muy brillante casándote conmigo. Es lo que tenía que haber respondido. O más bien, sí debo de ser abismalmente estúpida para haberte aguantado tanto tiempo. Excepto que tampoco había sido tan malo; la señora Lester lo había tenido mucho peor. Pero cuando Michael le gritó *mujer* y la palabra esparció su metralla por la habitación, debía haber replicado tranquilamente *hombre.* Es decir: te portas como tal, claro, debe de ser difícil también para ti, te compadezco. Había que compadecer a los hombres, pensó Jean, compadecerlos y abandonarlos. Se educaba a las mujeres haciéndolas creer que los hombres eran la respuesta. No lo eran. Ni siquiera eran una de las preguntas.

Dije que lo haría. Es todo lo que puso en la nota. Había que dejarla, de lo contrario Michael lo entendería mal y empezaría a

dragar los estanques. Pero no tenía por qué dar explicaciones, y sobre todo no debía disculparse. *Dije que lo haría.* Las palabras, escritas en azul sobre un papel de cartas que dejó encima de la mesa de la cocina, soportaban además dos anillos: el de compromiso, de plata con un sencillo granate (de la madre de Michael), y el de boda, de platino. Cuando el tren arrancó se repitió a sí misma: *Dije que lo haría.* Durante largo tiempo había escuchado, había asentido y había conjugado un *nosotros* en el que no creía. Ahora conjugaba un yo. Aunque pronto, suponía, tendría que volver al *nosotros,* pero a uno distinto. Madre e hijo, ¿qué clase de *nosotros* era ese? Escarbó en su bolso y encontró una fina tira de estaño. JEAN SERJEANT XXX, decía alentadoramente.

Durante el parto de Gregory estuvo inconsciente. Decían que así era mejor; una mujer de su edad, podía haber complicaciones. No puso objeciones. Cuando volvió en sí le dijeron que había tenido un precioso niño. «¿Tiene…? —Parecía rebuscar en la zona de su cerebro que aún dormía— ¿Tiene… algún defecto?». La respuesta llegó en tono de regañina: «Olvide esa idea, señora Serjeant», como si los niños que no fueran perfectos desprestigiaran al hospital. «Lo siento por usted, pero tiene todo en su sitio».

Era como tantos otros bebés, y Jean, como tantas otras madres, le encontró más perfecto de lo que cualquier poeta pudiera llegar a expresar. Era un milagro cotidiano: una mezcla de vulnerabilidad y sensación de haber conseguido una proeza que la hacía oscilar entre el miedo y el orgullo. Cuando la pesada cabeza caía hacia atrás sobre el cuello insuficiente, como el tallo de una col, se alarmaba y se le erizaba la piel. Cuando los dedos minúsculos le apretaban el pulgar como un atleta agarrado a las barras de la pared se sentía rodeada de placer. Al principio, siempre parecía ir detrás de él limpiando: los orificios de su cuerpo competían en la exudación de diversas secreciones; solo los oídos se comportaban razonablemente. Pero se acostumbró rápidamente a esto y a todos los olores nuevos que un bebé traía consigo. Estaba comenzando otra vez, y eso era lo que tenía que recordar; Gregory le daba la oportunidad de comenzar de nuevo. Y le quería todavía más por eso.

Aprendió a hacer los sonidos que le tranquilizaban, tomando algunos de ellos de la época en que tuvo animales. Cloqueaba y parloteaba; a veces, para variar, emitía un sonido zumbante, como

de insecto, o como el de un lejano aeroplano. Le salió el primer diente, y para ella fue una noticia de importancia mundial, un acontecimiento de mucha mayor notoriedad que el vuelo del primer Sputnik.

Hasta que fue al colegio, lo llevaba a todas partes consigo. Trabajó en pubs, en restaurantes baratos y en hamburgueserías. Recordó el hedor a cebolla frita en los pañales del niño; recordó cómo lo arropaba en un cuarto trasero del Duke of Clarence como si fuera un bebedor secreto de dos años de edad; recordó su mirada paciente y alerta cuando llegaba un cocinero sudoroso, un camarero acosado, un mozo de carga blasfemando. Los empleados solían darle chucherías para alimentar a la pequeña criatura. Lo vistió con la ayuda esporádica del tío Leslie, que había vuelto de América a Luton y ahora enviaba cestos de ropa en vez de paquetes de alimentos. Parte de la ropa necesitó ciertos arreglos. Cuando Gregory cumplió cinco años le regalaron un traje de tarde con refuerzos en el pecho de la talla cuarenta y dos, una camisa de tarde de cloqué y un cinturón indio de color púrpura.

Gregory se quejaba poco. Fue un niño tranquilo y pasivo, con la curiosidad frenada por el miedo. Prefería mirar cómo jugaban los niños a participar él mismo. Vivieron en una sucesión de pequeñas ciudades con mercado, esa clase de sitios donde disponen de estación de autobuses pero carecen de catedral; Jean desconfiaba de la vida en los pueblos, y era precavida respecto a las grandes ciudades. Alquilaban un techo, solo se ocupaban de sí mismos y ella intentaba olvidar a Michael. Gregory no se quejaba de su peripatética, existencia; y cuando preguntaba cómo era su padre recibía respuestas francamente acertadas que aludían a severos maestros de colegios que ya había dejado.

Al principio cambiaban mucho de casa. Raras veces pasaba delante de un policía sin pensar en Michael, y decidía nerviosamente que todo el cuerpo estaba dedicado a enviarle información sobre su paradero. Cuando en la calle algún agente bajaba la cabeza hacia la solapa y hablaba confidencialmente a través del walkie-talkie, Jean veía a Michael sentado en un cuartel subterráneo, como Winston Churchill. Imaginaba su cara desplegada en carteles iluminados por una débil luz azul. Michael sabía exactamente dónde se encontraban e iba a traerlos de vuelta.

Los iba a traer de vuelta en un vagón descubierto. Les colgarían carteles del cuello y todos los pueblos volverían la vista hacia ellos para abuchear a la esposa fugitiva. De mala gana, Jean se acordó de la cita de su manual matrimonial que recomendaba: *procure siempre escapar*.

O que le quitara a Gregory; eso era lo que más temía. Diría que había huido y que no estaba preparada para educar al niño; eso era, finalmente conseguiría que la declarasen defectuosa. Diría que era una irresponsable, que había tenido amantes. Se llevarían a Gregory, se iría a vivir con Michael, Michael metería en la casa a una concubina y diría que era el ama de llaves. El pueblo lo ensalzaría por salvar a su hijo de una vida de vagancia y prostitución. Dirían que ella tenía sangre gitana.

Así que tenían que seguir huyendo. Tenían que seguir huyendo y Jean no debía tener amantes. No es que los deseara, y quizá le asustaban un poco: ¿qué había dicho Prosser acerca de quemarse dos veces? Evidentemente, temía que si tenía algún amante le quitarían a Gregory. Había leído casos similares en los periódicos. Y cuando se le acercaban los hombres, o cuando parecía que iban a acercársele, y especialmente cuando ella creía desear que lo hicieran, se mostraba calmadamente inaccesible; jugaba con el anillo de bronce que se había comprado en un puesto del mercado y llamaba a Gregory junto a ella. Empezó a descuidar un poco su aspecto, dejó que el pelo se le fuera llenando de canas; una parte de ella añoraba el tiempo en que no tenía que preocuparse por todo eso.

Michael no la perseguía. Muchos años después supo que telefoneaba a tío Leslie con frecuencia, le hacía prometer que no diría nada y le pedía noticias de ellos. Dónde vivían, cómo le iba a Gregory en el colegio. Nunca les pidió que volvieran. No metió en casa a una concubina, ni siquiera un ama de llaves. Se murió de un ataque al corazón a los cincuenta y cinco años, y cuando Jean reclamó su herencia lo consideró una manutención retrospectiva.

Unas Navidades, a los diez años, Gregory recibió del tío Leslie un aeroplano de modelismo. Después de la guerra, Leslie regresó a Inglaterra contando —a quien quisiera escucharle— proezas peligrosas y extravagantes: historias que comenzaban con unos toques en la nariz que indicaban que lo que iba a describir era

todavía muy secreto. Pero en esta época Jean pensaba que ya había oído suficientes aventuras masculinas. O tal vez a tío Leslie se le había pasado la edad: era una regla despiadada, pero no se podía ser el mismo tío toda una vida. Apreciaba a Leslie, pero no tenía sentido que los juegos infantiles continuaran entre ellos cada vez que se encontraba con más frecuencia diciendo: «Oh, Leslie, ya basta», cuando le contaba a Gregory que en el 43 había cruzado el Canal con un submarino de bolsillo, que había tumbado a un guardia alemán en la playa, cerca de Dieppe, luego había escalado un acantilado, dinamitado la planta de agua local, se había vuelto a embarcar y había huido. Mientras Leslie estaba describiendo la noche sin estrellas, la mar rizada y cómo se deslizaba bajo las oscuras aguas el submarino de bolsillo, Jean murmuraba: «Oh, Leslie, ya basta», aunque se sentía injusta al ver los dos rostros decepcionados. ¿Por qué tenía que privar a Gregory de lo que ella había disfrutado con tío Leslie? Porque no era verdad, suponía. Leslie ya tenía cerca de setenta años, aunque solo hubiera admitido que ya no aparentaba veinticinco. Ya no daba brincos por el Viejo Cielo Verde, excepto para ir a lavarse detrás de las orejas. Tal vez había perdido el sentido de la verdad de tanto lavarse.

El aeroplano reproducía un modelo de Lysander, y Gregory trabajó varios días en él hasta descubrir que faltaban el tren de aterrizaje y parte de la aleta de cola. Tal vez el modelo provenía de una de las complicadas operaciones de trueque del tío Leslie: daba la impresión de que consideraba que el dinero era una forma de intercambio muy rudimentaria. Jean fue a una tienda de aeromodelismo y pidió piezas de recambio, pero ese modelo ya no se fabricaba desde hacía años.

Para consolarle, compró a Gregory un modelo Hurricane, y lo observó con cierto orgullo mientras recortaba las riostras de madera de balsa. Trabajaba en silencio, la luz capturaba a veces el pequeño cuchillo de hoja curva! A ella le gustaba más el aeroplano cuando aparecía en forma de esqueleto en su envoltorio de papel de periódico, elegante y poco amenazador. Después ya estaba vestido, y adquiría una seriedad insinuada. La cabina era de perspex, el fuselaje y las alas de papel de seda y los motores y las ruedas de plástico amarillo. Durante un día hubo un olor a pegamento procedente de la pasta con que Gregory cubría la piel del aeroplano;

el revestimiento se combaba y se hundía, y luego se estiraba al secarse. Las instrucciones sugerían pintar el Hurricane en colores de camuflaje: mezclando verde y marrón para la parte de arriba, de forma que se confundiera con la campiña inglesa, y azul y gris por la parte de abajo, para que se confundiera con el incierto cielo inglés. Gregory lo pintó entero de escarlata. Jean se sintió aliviada. Esa ágil silueta, tan familiar hace años, le agradaba pero también la turbaba; ahora, con ese chistoso color y las estúpidas ruedas amarillas, no era ya más que un juguete.

—¿Cuándo lo haremos volar?

Pero Gregory sacudió la cabeza. Era un niño estudioso y de cara redonda a quien se le acababa de prescribir el uso de gafas. Había construido el Hurricane para mirarlo, no para echarlo a volar. Si lo hacía podría romperse. Si se rompía sería la prueba de que no lo había armado bien. El riesgo no valía la pena.

Gregory hizo un Hurricane escarlata, un Spitfire púrpura, un Messerschmidt naranja y un Zero esmeralda; no voló ninguno de ellos. Tal vez notó la tranquila sorpresa de su madre, y tal vez la entendió como una decepción, porque una tarde anunció que había comprado un Vampire, que venía con motor y que este sí lo haría volar. Jean observó una vez más la fruncida concentración, la tierna precisión del cuchillo destellante al cortar las fibras de madera de balsa. Vio cómo la cola se endurecía en las puntas de los dedos de Gregory como una segunda piel que se pelaría él mismo al terminar el día. Sintió el olor a pera, y contempló de nuevo con qué destreza la frágil estructura adquiría una apariencia tensa y robusta. El Vampire parecía un aeroplano torpe, con su breve fuselaje en forma de vaina y la cola unida a las alas por unas largas riostras. Jean pensó que parecía una gran judía verde puesta sobre un andamio, hasta que Gregory lo pintó en dorado.

Habían alquilado unas habitaciones en los suburbios de Towcester, en una casa con una zigzagueante salida de incendios situada en la pared trasera. Normalmente Gregory desconfiaba de la descascarillada escalera de hierro, y temía incluso a las sólidas plataformas donde giraban los escalones, pero esta vez no mostró ninguna aprensión. Se colocaron a unos cinco metros del suelo; a veinte metros de ellos había dos abetos que señalaban el final del jardín, y más allá un hayedo de color jengibre conducía a campo

abierto. El cielo estaba de un pálido azul otoñal, con nubes altas y finas como rastros de vapor; el viento era suave. Hacía un tiempo perfecto para volar.

Gregory destapó el pequeño motor de aluminio escondido en el vientre del Vampire e introdujo un tubo marrón de combustible sólido. Metió unos centímetros de mecha a través de un pequeño orificio, sujetó el aeroplano por su fuselaje de judía verde a la altura del hombro, y le pidió a su madre que prendiera la mecha. Cuando crepitó y lanzó una llamarada, Gregory embarcó dulcemente el Vampire en el aire agradecido.

Planeó perfectamente, como si quisiera confirmar que Gregory era un meticuloso constructor. El problema estuvo en que no cesó de planear: descendió dulcemente hasta el césped que había debajo, aterrizando sin daños. Probablemente la mecha se había quemado demasiado pronto y no llegó a encender el combustible del motor, o tal vez el combustible estaba demasiado húmedo, o demasiado seco, o algo. Bajaron las escaleras y recogieron el brillante Vampire dorado.

El motor no estaba. El papel de seda tenía una marca de chamusquina y había un hueco en el vientre del fuselaje. Jean vio a Gregory torcer el gesto: el motor debió de caer cuando lo lanzó al aire. Primero buscaron al pie de la escalera y no encontraron nada, continuaron por el césped desigual hasta el punto donde había aterrizado el aeroplano. Luego buscaron en diferentes ángulos de la ruta de vuelo hasta que la cantidad de rincones inspeccionados constituyó una difamación de la habilidad constructora de Gregory; se quedó callado y se fue a casa. Al final de la tarde, bajo un cielo acusador, Jean descubrió el pequeño tubo de aluminio en el hayedo de color jengibre, más allá de los abetos. No había habido problemas con el motor. Evidentemente, el motor había volado. Había dejado atrás al Vampire, eso era todo.

Gregory dejó de armar aeroplanos. A Jean le parecía que fue poco después cuando empezó a afeitarse; dejó de ponerse sus gafas de niño con apliques elásticos de metal para las orejas y las cambió por unas de concha; a través de sus gafas de concha empezó a mirar a las chicas. No todas las chicas le miraban a él.

Siguieron huyendo, incluso después de la muerte de Michael. A lo largo de su adolescencia, Gregory conoció una docena de colegios

diferentes. En cada uno de ellos se unió rápidamente al grupo anónimo y seguro de chicos que evitan meterse en peleas y nunca se hacen populares. Nadie la tomaba con él, pero nadie tenía ningún motivo para apreciarle. Observó la ruidosa furia de los demás desde la esquina de una docena de patios de juegos. Jean le recordaba sentado en un restaurante de carretera donde ella era ayudante del encargado. El restaurante era un puente sobre la ruta; Gregory estaba en una mesa pegada a la oscura luna de una ventana, jugando con un ajedrez computerizado que le había regalado Leslie. La máquina —a la que le faltaban dos peones— emitía leves bips y pips al anunciar sus movimientos en acoso de su enemigo. Gregory estaba allí, sonriendo benévolamente al cuadriculado instrumento como si aplaudiera su humanidad. A veces, mientras esperaba a que la computadora se decidiera, volvía la mirada hacia el tráfico que pasaba debajo, hacia el gimiente caudal de gentes que iban rápidamente hacia otros lugares. Les contemplaba sin envidia.

Jean no. Apartaba la vista del trabajo porque era tentadoramente fácil mirar hacia abajo desde aquel puente y dejarse arrastrar por la corriente deslizante de algún coche familiar con un equipo de camping en la baca, o en un deportivo descapotable con los cabellos y las risas al viento, o incluso en alguna camioneta maloliente que rodara pesadamente llevando chatarra de un condado a otro. ¿Cómo podía Gregory permanecer flemáticamente sentado, replicando a los blips de su amigo, ajeno a los remolinos del tráfico? Su trabajo en el restaurante de carretera era bueno, pero no lo conservó mucho tiempo.

Por fin, cuando Gregory fue lo bastante mayor como para quedarse solo, Jean empezó a viajar. Le quedó algún dinero de sus padres, y más de Michael; Gregory le insistía en que se lo gastara en sí misma. Ahora, hacia la mitad de la cincuentena, sintió el deseo de estar en algún lugar, en otro lugar. Había conocido casi toda Inglaterra mientras Gregory crecía, pero las sucesivas huidas no contaban como viajes. Una amiga ocasional le explicó que su nueva necesidad era probablemente un sustituto del sexo. «Extiende tus alas, Jean», sugería aquella muchacha de veinticinco años que ya había batido las suyas hasta que sus membranas se estiraron quedando delgadas como papel de seda. Jean pensó que la mayor parte de las cosas no eran sustituías de otras cosas; eran solo ellas

mismas. «Quiero viajar», replicó sencillamente.

No quería explorar, no era especialmente aventurera; solo deseaba estar en otro lugar. Al principio hizo viajes organizados a ciudades europeas: tres días de borroso viaje en autobús y visitas obligadas a museos, tres ordenando cosas del menú que esperaba que la sorprendiera; la mayoría la sorprendieron. Viajaba sola, y aunque extrañaba a Gregory, raramente echaba de menos la compañía de alguien. Descubrió que esa compañía se la daban las cosas más simples: un periódico escrito en un idioma que no entendía, el escaparate de una farmacia primitiva o una corsetería brutal, y los olores callejeros, café, desinfectante o pocilga.

Un otoño Leslie dijo haber tenido un golpe de suerte en las apuestas y la invitó a un viaje de un día a las Pirámides, en Concorde. Qué combinación de extravagancia y banalidad: estaba demasiado excitada para preguntar los nombres de los caballos ganadores. Jean desayunó sobrevolando los tostados campos de trigo ingleses y almorzó en el buffet del Holiday Inn de El Cairo. Fue acosada en el Zoco, le ataron al cráneo un pañuelo a lo Lawrence de Arabia para una foto de grupo y la subieron encima de un camello; finalmente, le mostraron las Pirámides y la Esfinge. Qué cerca de El Cairo estaban: siempre había imaginado que la Esfinge se escondía entre arenas movedizas, y que la Gran Pirámide emergía en la distancia como un espejismo en un desértico paisaje lunar. Pero para descubrirlas solo hizo falta un recorrido en autobús por los suburbios de El Cairo. Una de las Siete Maravillas del Mundo resultó ser cosa de un día de viaje.

En algún lugar sobre el Mediterráneo ennegrecido, mientras el aeroplano bajaba el morro, a Jean le vino una rima a la cabeza, algo que décadas atrás le enseñó el profesor de letras de la escuela del pueblo:

> Las *Pirámides* primero, que en Egipto levantaron;
> Luego los *Jardines de Babilonia,* que para Amitis plantaron,
> La *Tumba de Mausoleo,* tercero, hecho de culpa y afección…

Se quedó atascada. «La *Tumba de Mausoleo,* tercero, hecha de culpa y afección…». Afección, afección… *construcción,* era eso. «De Efeso la construcción». ¿Eso significaba que estaba construida en

Efeso o que fue Efeso quien la construyó? «Quinto, el *Coloso de Rodas* fundido en bronce, al sol», el verso entero le vino de repente a la memoria; pero no pudo ir mucho más allá. ¿No había algo de Júpiter, y alguna otra cosa en Egipto?

De vuelta a casa, fue a la biblioteca y buscó las Siete Maravillas del Mundo pero no pudo encontrar ninguna de las de su rima. ¿Ni siquiera las Pirámides? ¿O los Jardines Colgantes de Babilonia? La enciclopedia decía: el Coliseo de Roma, las Catacumbas de Alejandría, la Gran Muralla china, el Círculo de Piedra, la Torre Inclinada de Pisa, la Torre de Porcelana de Nankin y la Basílica de Santa Sofía en Constantinopla.

Bien. Tal vez hubiera dos listas distintas. O tal vez tenían que actualizar la lista cada vez que se construía una nueva Maravilla o se caía una de las viejas. Quizá cada cual podía hacerse su lista de siete. ¿Por qué no? Las catacumbas de Alejandría no le sonaban mucho. Puede que ya no estuvieran allí. En cuanto a la torre de porcelana de Nankin: le parecía muy improbable que algo hecho de porcelana hubiera sobrevivido. Y si había sido así, los Guardias Rojos bien podían haberla tirado.

Se le metió en la cabeza un plan para visitar esas Siete Maravillas. Ya había visto el Círculo de Piedra, y la Torre Inclinada, y también el Coliseo. Si cambiaba las Catacumbas por las Pirámides ya tenía cuatro. Le quedaban la Gran Muralla, la Torre de Porcelana y Santa Sofía. Podía hacer las dos primeras en un solo viaje, y si no existía la Torre de Porcelana la cambiaba por Chartres, donde ya había estado. Le quedaba Santa Sofía, pero tío Leslie le contó una vez que en Turquía había erizos, de forma que la cambió por el Gran Cañón. Se dio cuenta de que lo estaba abaratando un poco, ya que el Cañón no era exactamente una obra humana, pero se encogió brevemente de hombros. Ahora no había nadie que la vigilara.

En junio se unió a un viaje organizado a China. Primero estuvieron en Cantón, Shanghai y Nanjing (como ahora parecía que se llamaba), donde preguntó a los guías de la región por la Torre de Porcelana. Había una Torre del Tambor y una Torre de la Campana, pero nadie había oído hablar de la Torre de Porcelana. Exactamente lo que había sospechado. Su libro guía también guardaba silencio sobre el tema: en vez de eso decía que Nanjing se enorgullecía de Zu Chong zhi, el matemático que había logrado un correcto cálculo

aproximado de *pi,* y de Fan Zhen, filósofo famoso por su ensayo *La destructibilidad del alma.* Qué cosa tan extraña, pensó Jean. ¿No se suponía que el alma era algo más o menos absoluto? Tanto si existía como si no existía. ¿Cómo se podía destruir? Tal vez fuera una mala traducción. Y en cuanto a *pi,* ¿no era también algo absoluto? ¿Qué sentido tenía celebrar un correcto cálculo aproximado? Y, de todas formas, ¿no había una contradicción en los términos? Había esperado que los chinos fueran un poco diferentes, pero todo esto hacía que se sintiera de nuevo en el frente.

Estuvieron tres días en Beijing, que es como ahora parecían llamar a Pekín. El primero visitaron la Gran Muralla, subiendo rígidamente un corto trecho mientras, en la distancia, la misma Muralla vallaba airosamente las colinas. Era la única obra humana que resultaba visible desde la luna: Jean trató de recordar eso al agacharse en una oscura torreta de vigilancia que olía tan fetidamente como un urinario público. También advirtió la gran cantidad de grafitti que había inscritos en las piedras de la muralla. Eran grafitti chinos, de manera que resultaban elegantes y apropiados. Un jovial individuo de barba roja que formaba parte del grupo, notando el interés de Jean, sugirió que uno de ellos significaba «No dispares hasta que no les veas el amarillo de los ojos». Jean sonrió educadamente, pero su mente estaba en otro lugar. ¿Por qué los chinos hacían grafitti en su Muralla? ¿Escribir grafitti era un instinto universal? ¿Como el instinto universal de intentar calcular el valor de *pi,* aunque solo fuera aproximadamente?

El segundo día visitaron palacios y museos; el tercero, templos y tiendas de antigüedades. Les prometieron que en el Templo del Cielo verían una atracción: la Muralla del Eco. Jean pensó que una vez la habían llevado a una galería de susurros —tal vez había una en la bóveda de Saint Paul— pero ya no sabía si se trataba de un falso recuerdo o no.

La Muralla del Eco estaba al sur de los edificios principales del Templo: circular, de unos treinta o cuarenta metros de diámetro, con una sola salida a un lado. Todavía había grupos de chinos probando el eco cuando llegó la partida de Jean. El guía explicó que dos personas se podían colocar en puntos opuestos de la circunferencia' y, hablando en voz normal pero dirigiéndose hacia

los ladrillos, se escucharían perfectamente el uno al otro. Nadie sabía si era un efecto intencionado o fortuito.

Jean caminó hacia la sección más cercana de la pared. Ya estaba cansada. El aire de Beijing era extremadamente seco, y el fino polvo que había por todos lados venía directamente, les dijeron, del desierto de Gobi. No dejes caer la cabeza del palo, solía decir tío Leslie, o habrá por aquí más arena que en el desierto de Gobi en un día de viento. Michael había pensado que ella era tan estéril como el desierto de Gobi. El polvo le entraba en los ojos, y sintió que una viva tristeza caía sobre ella. Una muralla de eco no es algo que se deba visitar a solas, igual que no debe una meterse sola en el Túnel del Amor. Extrañaba… a alguien, no sabía a quién. No era a Michael; tal vez alguna versión de Michael, alguien que estuviera por ahí y que fuera simpático, que pudiera ir corriendo al otro lado de la pared y tosiera en dirección a ella para después volver despistadamente hasta el centro diciendo que aquello no funcionaba y que si en China habían oído hablar del té indio. Alguien un poco gruñón que no se tomara muy en serio. Alguien que pudiera aburrirla pero que nunca la asustara.

No era mucho pedir. Se inclinó hacia la pared y apretó la oreja contra el ladrillo curvado. Oyó un murmullo indiscernible y después, con repentina claridad, un par de voces occidentales.

—Vamos.

—No, tú primero.

—Vamos.

—Me da vergüenza.

—*No* te da vergüenza.

Presumiblemente las voces pertenecían a una pareja del grupo de Jean, pero no pudo identificarlas. La pared parecía privar de individualidad a las voces, dejándolas en simplemente occidentales, una masculina y otra femenina.

—¿No te parece que este sitio está atestado?

—¿Qué te hace pensar tal cosa?

—Creo que hay un tipo escuchando. ¿No ves a aquel individuo con gorra a lo Mao?

Jean levantó la mirada. A unos metros de ella, un chino de cierta edad con una chaqueta de color verde oliva y una gorra a lo Mao escondía la cabeza en la pared como una tortuga. Las voces

occidentales empezaban a hacerse reconocibles: pertenecían a una pareja joven, insolente y demasiado recién casada para la tranquilidad general del grupo.

—Mao Tse Tung tenía el pito grande y amarillo.

—¡Vincent! ¡Por amor de Dios!

—Solo trato de averiguar si el viejo de la gorra entiende inglés.

—¡Vincent! Di otra cosa. Di algo limpio.

—De acuerdo.

—Venga.

—¿Estás lista?

—Sí. Venga.

—Tienes unas piernas preciosas.

—Oh, Vincent, ¿de verdad?

Jean les dejó en ello, con el viejo chino todavía enfrascado en sus presuntuosos coqueteos. ¿Qué era mejor: no entender nada, como él, o entenderlo todo, como ella?

Aparte de *pi* y la cuestión del alma, Jean encontró China menos extraña y más comprensible de lo que había imaginado. Cierto que en parte era como escuchar una voz gnómica cuyo murmullo llegaba a través de la gran curva de una polvorienta pared. Pero más frecuentemente era como oír hablar tu propio idioma confidencialmente, aunque con acento diferente. «En los tiempos asiáticos…». Los guías de grupo comenzaban de esta manera muchas frases, y al principio Jean creyó entenderlo, los chinos llamaban tiempos asiáticos a los viejos tiempos porque fue el momento en que su civilización era más poderosa. Aun cuando supo que querían decir *viejos,* Jean prefería oír *asiáticos*[2] En los tiempos asiáticos…

«En los campos cultivamos trigo y piojos». Otros miembros del grupo, especialmente la insolente pareja joven, reían entre dientes; pero a Jean le gustaba este idioma alternativo. «En los campos están las remolachas, las patatas y las señoras». «En 1974 el templo fue arrepentido». «Ahora estamos en el centro de los llantos», hasta Jean sonrió con esta, escuchada en Cantón; pero ella sonrió por encontrarla atinada.[3] Los occidentales descendían de sus autobuses para gastar dinero en cosas que la mayoría de los chinos nunca podrían permitirse. Hacía bien en llamarlo el centro del llanto: la llorosa muralla de Cantón.

No, esta tierra no era tan extraña, en realidad. En el campo había mucha miseria y simplicidad, pero a Jean le impresionaron algunas imágenes que bien podía haber visto en su propia infancia: un cerdo atado a la cesta de una bicicleta camino del mercado, una mujer vieja que compraba dos huevos en un puesto y los examinaba celosamente contra la luz del sol, el estruendo verbal de los trueques, el rito embarrado y patiabierto del arado y el parcheado de la ropa. Esta actividad, totalmente extinguida en Occidente desde el final de la guerra, estaba vigorosamente viva: en un pequeño pueblecito de Szechuan donde el autobús se detuvo para que los pasajeros fueran a los servicios y a hacer fotografías, vio una servilleta de té puesta a secar. Estaba colgada de una vara de bambú sujeta entre las ramas de una higuera; la servilleta tenía más parches que tela original.

La vieja miseria le resultaba familiar; y las imágenes del dinero nuevo le eran aún más familiares: las grandes radios, las cámaras japonesas, la ropa de color claro que evitaba el azul y el verde, las imposiciones grises de un pasado reciente. También las gafas oscuras: los jóvenes cuyas radios bramaban mientras hacían cola alrededor del monumento a Sun Yat Sen de Nanjing parecían incompletos sin las gafas oscuras, aunque ese día el cielo estaba bajo y pesadamente nublado. Jean advirtió que encontraban distinguido no despegar la etiqueta con el nombre del fabricante.

En el zoo de Nanjing había una jaula con dos gatos persas y un cartel que decía: «Gatos persas». En una comuna en las afueras de Chengdu vieron un pequeño taller donde fabricaban abrigos de piel de perro; la pareja que estaba de luna de miel se retrató vistiendo abrigos de perro alsaciano. En una función de circo en Beijing vieron a un prestidigitador hacer juegos de manos con unas carpas doradas; se sacaba los peces de las mangas abombadas de su bata de seda con orgulloso aplomo, pero a Jean le pareció que el truco no tenía tanto mérito. En Cantón, en la Feria de Muestras, vieron bonsais de plástico.

Entre los guías, llevar un megáfono a pilas era un signo de estatus. En Yangzhou uno se subió repentinamente al minibús y les dio la bienvenida a la ciudad mientras los miembros del grupo —ninguno de los cuales estaba a menos de tres metros de aquella voz abigarradamente amplificada— se encogían en sus asientos tratando

de no reír. En una fábrica de jade, un guía debía traducir la charla introductoria de una oficiala con un megáfono que se negaba a funcionar. Sin embargo, en lugar de dejar el instrumento a un lado, el guía prefirió mantenerlo junto a sus labios y gritar a través de él. En la ronda de preguntas, alguien quiso saber cómo se distinguía el buen jade del malo. La respuesta llegó a gritos a través del imponente instrumento: «Hay que mirarlo y al mirarlo ver calidad».

Jean esperaba que los viajes aéreos a través de China fueran ambiguamente internacionales; pero hasta eso parecía tranquilamente orientalizado. Las azafatas tenían aspecto de colegialas y daba la impresión de que no sabían muy bien qué hacer; mientras aterrizaban en Beijing, advirtió que una de ellas se quedaba todo el tiempo en pie y reía conscientemente cuando el avión tocaba la pista. En las líneas aéreas chinas no servían alcohol. En vez de eso te daban barras de cacahuete crujiente, chocolate, paquetes de caramelos, tazas de té y un recuerdo. En un vuelo les dieron un llavero; en otro, un pequeño libro de direcciones cuyo tamaño sugería que el viajero medio de las líneas aéreas chinas era un misántropo.

En Chengdu se interesó por la vida de uno de los guías locales, un hombre alto y cortés de edad entre los veinte y los sesenta, más o menos. Le respondió con una mezcla de precisión y vaguedad. Volvía de pasar diez años en el campo. Había tenido problemas. Aprendió el inglés solo, utilizando discos y cintas. Cada mañana, antes de desayunar, lleva el abono de las letrinas al vertedero de su barrio. Tienen un hijo. A veces el niño se queda con abuelos. Su esposa es mecánica en garaje. Trabaja en distintos turnos que él, y es bueno porque a él gusta practicar inglés con sus discos y cintas. No bebe en el Banquete por si hay desgracia y no le invitan a unirse al Partido. Quiere de verdad que le inviten a unirse al Partido. Ha tenido problemas pero ahora ya no tiene problemas. Tienes un día libre a la semana, y cinco días más espaciados a lo largo del año, y dos semanas cuando te casas. En esas dos semanas se te permite viajar. Tal vez la gente se divorcia para casarse otra vez y tener más vacaciones.

Hubo dos preguntas a las que el guía no pudo contestar. Cuando Jean le preguntó cuánto ganaba fingió que no entendía, aunque su inglés era excelente. Ella repitió la pregunta con más detalle,

sabiendo que tal vez estaba dando un *faux pas*. Por fin, él replicó:

—¿Quiere cambiar dinero?

Sí, replicó ella educadamente, eso intentaba preguntarle; tal vez pudiera cambiar dinero más tarde, en el hotel. Tal vez mañana fuera mejor, replicó él. Por supuesto.

La otra pregunta no parecía tan contenciosa.

—¿Le gustaría ir a Shanghai?

Su expresión no se alteró, pero tampoco replicó. Tal vez había pronunciado el nombre de la ciudad incorrectamente.

—¿Le gustaría ir a Shanghai? ¿Shanghai, el gran puerto?

Otra vez el ataque de sordera temporal… Repitió la pregunta; él solo sonrió y miró alrededor, y no replicó. Luego, al meditar sobre el incidente, Jean se dio cuenta de que había tenido poco tacto, igual que preguntarle por sus ganancias; simplemente, había estado poco atenta. De hecho, ya le había dado la respuesta. Solo tenía un día libre. Estaba casado, y ya se había tomado las dos semanas de su vida; no se podía ir a Shanghai y volver en el día. Al usar la expresión *le gustaría* la pregunta ya había quedado vacía de significado. Lo que le había hecho no era una verdadera pregunta.

En Nanjing, donde hizo calor y humedad, Jean sufrió su propio ataque de sordera: padeció un catarro nasal, y uno de sus oídos se negó a funcionar. Paraban en un hotel levantado por una empresa australiana. Un estampado de hojas de eucalipto revolaba por la colcha de la cama, y por las cortinas trepaban osos koala, lo que la hizo sentirse más abrigada. En la oscuridad, medio dormida, creyó oír el zumbido de un mosquito. Se preguntó por qué los mosquitos no renunciaban a las víctimas que habían llegado a una cierta edad, e iban a la caza de la carne joven, como hacían los hombres. Se tapó la cabeza con la ropa de la cama. Después de un rato esto le dio calor, pero en el momento en que tomó aire el mosquito empezó otra vez. Irritada, Jean continuó jugando al escondite entre sueños un rato, hasta que descubrió lo que ocurría: cuando los mocos de la nariz eran filtrados por el oído enfermo ella oía un zumbido de mosquito. Se despertó del todo, comprobó el silencio auténtico de la habitación y rio ante este pequeño eco del pasado. Era como Amanecer Prosser: disparando sus armas y dando vueltas por el cielo como si le atacaran. También ella tenía sus motivos para sentir miedo, y también ella estaba bastante sola.

* * * * *

Los aeroplanos —en homenaje a Prosser siguió llamándolos aeroplanos hasta mucho después que fueran reducidos a aviones— nunca asustaron a Jean. No necesitaba atestarse los oídos de música a través de un tubo de plástico, pedir botellitas de licores fuertes o comprobar con el talón si el chaleco salvavidas estaba debajo del asiento. Una vez cogió un bache de más de mil metros sobrevolando el Mediterráneo; una vez tuvieron que volver a Madrid y volar en círculo, quemando combustible durante dos horas; una vez, tomando tierra en Hong Kong desde el mar, su aeroplano fue dando botes por la pista como una piedra plana sobre las olas; en realidad parecía que hubieran aterrizado en el agua. Pero en cada caso Jean simplemente se enfrascaba en sus pensamientos.

Gregory —el estudioso, melancólico y metódico Gregory— se preocupaba en su lugar. Cuando llevaba a Jean al aeropuerto olía el queroseno y pensaba en carne carbonizada, escuchaba los motores al despegar y solo oía la pura voz de la histeria. En otras épocas se temía al infierno, no a la muerte, y los artistas acrecentaban esos miedos pintando paisajes de dolor. Ahora no había infierno, se sabía que el miedo era finito, y los ingenieros se hacían cargo de ello. No habían seguido un plan deliberado, pero al construir los aeroplanos, y al hacer todo lo posible para calmar a quienes en ellos volaban, habían creado, en opinión de Gregory, las más infernales condiciones para morir.

La ignorancia, ese era el primer aspecto de la visión moderna de la muerte por parte de los ingenieros. Era sobradamente sabido que si algo marchaba mal en un aeroplano, a los pasajeros no se les decía más de lo que necesitaban saber. Si se caía un ala, la voz tranquila de un capitán escocés te decía que había un fallo en la nevera de refrescos, y que por este motivo había decidido perder altura en picado sin antes avisar al pasaje de que había que abrocharse los cinturones de seguridad. Te mentían hasta que ya estabas muerto.

La ignorancia, pero también la certeza. Mientras caías desde diez mil metros hacia la tierra o hacia el mar (aunque el mar, desde esa altura, debía de ser igual de duro) sabías que cuando golpearas el suelo ibas a morir: de hecho, ibas a morir cientos de veces más.

Antes incluso que la bomba atómica, el aeroplano había introducido el concepto de muerte múltiple: al golpear el suelo la hebilla del cinturón de seguridad provocaba un ataque de corazón mortal, el fuego te quemaba después hasta matarte otra vez, luego una explosión esparcía tus restos por alguna colina abandonada, y finalmente, mientras los equipos de rescate te buscaban laboriosamente bajo un cielo resabiado, un millón de pedazos tuyos reventados, quemados e infartados iban a morir otra vez de insolación. Esto era normal, esto era cierto. La certeza debería anular la ignorancia, pero no lo hacía; en realidad, el aeroplano había dado la vuelta a la relación establecida entre esos dos conceptos. En una muerte tradicional, el médico podía explicarte al pie de la cama qué era lo que iba mal, pero raramente haría una predicción sobre el desenlace final: hasta el más escéptico de los matasanos ha visto alguna recuperación milagrosa. De manera que sabías con certeza cuál era la causa pero ignorabas el desenlace. Aquí ignorabas la causa pero sabías con certeza cuál sería el desenlace. A Gregory no le parecía que esto fuera un gran progreso.

Y además, en el mismo lote. ¿No tenemos todos la claustrofobia del ataúd? El aeroplano reconocía y magnificaba esa imagen. Gregory pensaba en los pilotos de la Primera Guerra Mundial, con el viento cantando canciones al silbar entre las riostras; en los pilotos de la Segunda Guerra Mundial, haciendo un giro victorioso y abrazando al tiempo los cielos y la tierra. Al moverse, aquellos voladores estaban tocando la naturaleza; y cuando el biplano de láminas de madera se deshacía por un cambio de presión en el aire, cuando el Hurricane, despidiendo el humo negro de su propio funeral, yacía penosamente en un húmedo campo de maíz, existía la posibilidad —solo una posibilidad— de que hasta cierto punto hubieran encontrado el final adecuado: el volador había abandonado la tierra, y esta le llamaba para que volviera. ¿Pero en un avión de pasajeros con mezquinas ventanillas? ¿Cómo se podía sentir el consuelo armonioso de haber cerrado un ciclo de la naturaleza allí sentado, con los zapatos quitados, incapaz de ver lo que sucede afuera, con la visión aterrada invadida por las chillonas fundas de los asientos? El entorno no era apropiado, simplemente.

Y el entorno incluía una cuarta cosa, la compañía. ¿Cómo nos gustaría morir a la mayoría? No es una pregunta fácil, pero para

Gregory había varias posibilidades: rodeado de tu familia, con o sin cura, esta era la postura tradicional, la muerte como una especie de Nochebuena suprema. O rodeado de un equipo médico gentil, tranquilo y atento, una especie de familia suplente que sabía cómo aliviar el dolor y se suponía que no armaría demasiado alboroto. Tercero, tal vez, si te fallaba la familia y no merecías un hospital, podías optar por morir en casa, en tu sillón favorito, teniendo por compañía un animal, el fuego, una colección de fotos, o una bebida fuerte. ¿Pero quién escogería morir en compañía de trescientos cincuenta desconocidos? Un soldado podía encontrarse con una determinada forma de morir —entre el barro, en la pradera— pero lo haría junto a otros que conocía, trescientos cincuenta hombres cuya presencia le daría cierto estoicismo mientras el fuego de una ametralladora le partía en dos. ¿Pero estos extraños? Habría gritos, eso era lo único en lo que se podía confiar. Morir escuchando tus propios gritos era bastante malo; morir escuchando los gritos de otros era parte del nuevo infierno de los ingenieros. Gregory se imaginó en un campo, con un zumbido constante en lo alto. Todos podían gritar por dentro, los trescientos cincuenta, pero la histeria normal de los motores lo silenciaría todo.

Gritos, claustrofobia, ignorancia y certeza. Y todo muy doméstico, por añadidura. Este era el quinto y último elemento del triunfo de los ingenieros. Te morías con una almohadilla y una funda para el reposacabezas del asiento. Te morías con una mesita abatible de plástico en cuya superficie había un reborde circular para que se sujetara tu taza de café. Te morías con cavidades para el equipaje sobre tu cabeza y con cortinitas de plástico para cubrir las mezquinas ventanillas. Te morías atendido por chicas de supermercado. Te morías rodeado de mobiliario diseñado para que te sientas animado. Te morías apagando el cigarrillo en el cenicero que había en el brazo de tu asiento. Te morías viendo una película de la que se habían suprimido las escenas de contenido sexual. Te morías con la toalla que acababas de robar guardada en el bolso de viaje. Te morías después de haber oído que gracias al viento favorable ibais por delante del horario planeado. Y era cierto: ibas muy por delante del horario planeado. Te morías con el vecino vertiendo su bebida sobre ti. Te morías domésticamente; pero no en tu casa sino en la de otro, alguien a quien no conocías y que había

invitado a un montón de extraños. En esas circunstancias, ¿cómo podías contemplar tu propia extinción como algo trágico, importante o siquiera relevante? Sería una muerte que se burlaba de ti.

* * * * *

En noviembre Jean visitó el Gran Cañón. El lado norte estaba cercado, y las máquinas quitanieves habían logrado despejar la carretera que iba de Williams al lado sur. Encontró alojamiento al borde del Cañón, a primera hora de la tarde. No se apresuró a deshacer el equipaje, e incluso estuvo en la tienda del hotel antes de ir a ver el Cañón. No porque quisiera retrasar el placer, sino al contrario, ya que Jean esperaba llevarse una decepción. En el último minuto, llegó a considerar la posibilidad de rehacer su lista de las Siete Maravillas e ir a visitar el Golden Gate en su lugar.

En el suelo había una capa de nieve y el sol, ahora al nivel del horizonte, había lanzado un generoso manto de color naranja hacia las montañas del lado opuesto. El reino del sol empezaba justamente en la línea de la nieve: por encima, las cimas anaranjadas de las montañas estaban cubiertas de nieve anaranjada bajo nubes anaranjadas e indolentes; por debajo de la línea todo se tornaba pardo o castaño o marrón seco, mientras a lo lejos, muy a lo lejos, unos lóbregos verdes ocultaban una línea plateada, como una hebra en un aburrido traje de tweed. Jean se agarró a la helada barandilla y se complació de estar sola, de no tener que traducir en palabras lo que estaba viendo, de no tener que describirlo, analizarlo, anotarlo. Aquella extravagante visión de ojo de pez era mayor, más profunda, ancha, grande, salvaje, más bella y aterradora de lo que hubiera podido imaginar; pero incluso esta sucesión de adjetivos excitados le resultaba insuficiente. Rachel, la más combativa de las amigas de Gregory, le había dicho antes de partir: «Es como correrse sin parar». Indudablemente trataba de escandalizarla, y las palabras la escandalizaron mientras las recordaba, pero solo por su inadecuación. Comparado con esto, el sexo, incluso el sexo resonante que Jean había imaginado pero que nunca había experimentado, no podía ir más allá del juego de los cordones, pequeñas cosquillas cuando los cordones serpenteaban

por las plantas de los pies. Alguien le había asegurado: «Es como mirar la Creación», pero también eso eran solo palabras. Jean estaba harta de palabras. El Cañón encogía a quienes, como ella, lo observaban hasta hacerles sentirse moscas de agua, encogía sus sonidos —sus parloteos, sus alaridos, el click de las cámaras— convirtiéndolos en meros zumbidos de insecto. No era este el lugar para hacer chistes autocríticos, medir la abertura del diafragma o arrojar bolas de nieve. Este era un lugar más allá de las palabras, más allá de los sonidos humanos, más allá de toda interpretación.

Se decía que las grandes catedrales góticas de Europa tenían el poder de convertir por su simple presencia. La cuestión no era que impresionaran a los campesinos: mentes refinadas también se habían dicho: Si existe algo tan bello como esto, ¿cómo es posible que la idea que las impulsó no sea verdadera? Una catedral vale tanto como cien teólogos capaces de probar la existencia de Dios a través de la lógica. La mente desea alcanzar alguna certeza, y tal vez desea aún más una certeza que la derrumbe. Lo que la mente pueda comprender, lo que pueda probar y aprobar inequívocamente, será probablemente lo que más despreciará. Desea que la ataquen por detrás en una calle oscura, la certeza de un cuchillo en la garganta.

Tal vez el Cañón actuaba en los turistas con inclinaciones religiosas como una catedral, afirmando brillantemente y sin palabras el poder de Dios y la majestad de sus realizaciones. Jean tuvo la reacción contraria. El Cañón la sumió en la incertidumbre. Durante la cena se puso a pensar e intentó no usar las palabras igual que hasta entonces; o, por lo menos, intentó usarlas cautelosamente. La expresión que más claramente se afirmó en su cabeza fue *por lo tanto*. El Cañón, *por lo tanto*… Si el Cañón es la pregunta, ¿cuál es la respuesta? Si el Cañón es la respuesta, ¿cuál es la pregunta? El Cañón, *por lo tanto…?* Incluso la réplica escéptica, el Cañón, *por lo tanto nada,* parecía una respuesta demasiado amplia. Se decía que una de las peores tragedias del espíritu era nacer con sentido religioso en un mundo donde ya no era posible la fe. ¿Era también una tragedia nacer sin sentido religioso en un mundo donde la fe *era* posible?

A la mañana siguiente, antes de partir, Jean volvió a descansar el cuerpo sobre la helada barandilla y contempló el Cañón. El sol

entraba ahora en él, buscando a tientas el río. A cientos de metros bajo sus pies yacían altas mesetas cubiertas de hierba. Las cimas de las montañas, pasado su ocaso de gloria anaranjada, estaban sombrías y distantes en su vestido matinal; el blanco de la nieve parpadeaba. Siguiendo a su propio zumbido entró en escena un aeroplano ligero. El primer vuelo turístico de la jornada, un insecto rondando una herida enorme. Estuvo un rato al nivel de Jean, luego descendió para examinar la errática fisura que encerraba al río. Qué extraño, pensó Jean, estar sobre el suelo a mayor altura que un aeroplano; mirar las alas y el fuselaje desde arriba era como mirar el lado oculto de una hoja o una polilla. De alguna forma se le hacía contra natura la idea de un aeroplano volando por debajo de la superficie de la tierra; como si un submarino saliendo del agua siguiera recto hacia arriba y diera un brinco en el aire como un monstruoso pez volador.

Contra natura. ¿Era correcto decirlo así? Cuando decimos «contra natura» queremos decir «contra la razón». La naturaleza era quien producía los milagros, las alucinaciones, esos hermosos fraudes. Cuarenta años antes la naturaleza había mostrado al piloto de un Catalina un motorista que rodaba tranquilamente por la superficie del Atlántico, a casi setecientos kilómetros de la costa irlandesa. La naturaleza lo había hecho. La razón negó posteriormente esa aparición. Era contra la razón, no contra la naturaleza. La razón, y la ingenuidad humana, habían erigido las primeras Seis Maravillas del Mundo visitadas por Jean. La naturaleza había vomitado la séptima, y fue la séptima la que arrojó las preguntas.

* * * * *

Halló la pista de la viuda de Prosser a través de la División Benéfica de la RAF. Ya no era Prosser, sino Redpath, y había una dirección cerca de Whitby. Jean escribió y unos días después recibió una postal de un puerto pesquero bajo un brillante cielo azul. «Si pasa por aquí háganos una visita. A Derek y a mí nos gusta charlar sobre los viejos tiempos. ¡Es curioso que Tommy aparezca después de tanto tiempo! P.S. El clima no es como el de la foto».

Era una bonita casa semiadosada situada en una pequeña

propiedad que no llegaba a alcanzar la pendiente de una colina; los árboles eran troncos desnudos protegidos por cilindros de alambre, y el cemento de las paradas de autobús todavía no había sido manchado por la humedad o las pintadas. Jean se las arregló para pasar por allí mucho antes de lo que Olive Redpath había supuesto.

—Bueno, me pregunto qué puede ser tan urgente si ha esperado todos estos años.

Era una afirmación y una pregunta al mismo tiempo. Jean recibió una taza de café y la sentaron frente al televisor. Olive y Derek se sentaron en el diván, Derek detrás del rastro de un vapor de humo de cigarrillo. Jean advirtió que el diván estaba forrado de un tipo de material brillante a cuadros que se usaba mucho para los asientos de los aeroplanos.

—Oh, es que en realidad estoy de paso. Tengo que ir a Manchester.

—Manchester. ¡De paso! —La señora Redpath cacareaba en el habla licenciosa e impenetrable de la gente del sur. Era resuelta, íntima y agresivamente acogedora—. ¿Has oído, Derek? ¡Manchester!

—Me sorprende que haya llegado a salvo —dijo Derek, abandonando su cigarrillo durante un lapso de tiempo inusualmente prolongado—. Dicen que hay caníbales por la zona.

—Bueno realmente no es nada urgente, creo. Pero pensé que sería mejor hacerlo mientras lo tenía en la cabeza.

—Hay que hacer las cosas en caliente —dijo Olive.

—Su… su anterior marido…

—Tommy.

—Tommy… Tommy pasó el retiro forzoso con nosotros durante la guerra. Conmigo y con mis padres. Después de que le licenciaran de West Mailing. Mientras estuvo con nosotros hablábamos mucho… —No sabía exactamente cómo explicarse.

—Uno de sus ligues, ¿no? —Olive interrogó lanzando una risa genial.

—No, no, en absoluto…

—No me preocupa que así fuera, querida. Me gusta pensar que el viejo Tommy tuvo uno o dos devaneos finales. Siempre tuvo algo de seductor.

¿Ah, sí? Ciertamente, Jean no le recordaba como un seductor.

Un poco torpe, fiero, incluso rudo a veces; capaz de ser simpático. No, el poder de seducción no era uno de sus atributos.

—No, en serio, no entiendo cómo ha podido pensar…

—Es lo primero que pensé, ¿verdad, Derek? Mira tú, dije, después de todos estos años uno de los viejos ligues de Tommy surge de entre las sombras. De haberlo sabido no lo hubiera tirado todo.

—¿Tirarlo todo?

—Cuando nos mudamos, sí, lo tiré todo. ¿Por qué no? ¿Cuándo fue, Derek, hace nueve o diez años?

Derek pensó la respuesta mientras inhalaba y exhalaba lentamente y luego replicó.

—A estas alturas, siempre hace más tiempo de lo que piensas.

—Bueno, cuando quiera que fuera, hace diez o doce años, tiré todo lo de Tommy. Nos estábamos mudando y había que tirar algo, hacía años que no miraba sus cosas, y su viejo comosellame, uniforme de combate o lo que sea, no se por qué lo guardaba, de todas formas, se había apolillado. Así que lo tiré todo. Las cartas, las fotos y otras tonterías que nunca miraba porque podían trastornarme. Derek estuvo a favor.

—No, estás exagerando, querida.

—Derek no estuvo en contra, en todo caso. Pero lo que yo digo es, si Tommy ocupaba un lugar en mi corazón, ¿para qué necesita ocupar también un lugar en mi ático? —Olive, que parecía haber estado a punto de echar una lágrima, rugió de risa repentinamente, y su emoción hizo que cayera parte de la ceniza del cigarrillo de Derek—. Tommy era un muchacho adorable, por lo que recuerdo de él. Pero la vida debe seguir adelante, ¿no?

—Sí —dijo Jean.

—Más aprisa de lo que se piensa —agregó Derek.

—No es que me haya parecido que usted fuera su tipo —dijo Olive con cierta guasa.

—Oh, no lo era —dijo Jean. Luego hizo una pausa—. Me preguntaba si… Perdimos el contacto con él cuando le licenciaron definitivamente. Me preguntaba si… Cuando estaba con nosotros tenía tantas ganas de volver a volar.

—¿Ah, sí? —dijo Olive—. Yo siempre pensé que era un poquito gallina. —Notó que Jean cambiaba de expresión—. ¿Está segura de

que no fue uno de sus ligues? Se comporta como si lo fuera. Estoy intentando decir lo que pienso. Sería absurdo hacer otra cosa, ¿no?

—No —replicó Jean—, no me ofende. Es solo que pensé que era valiente. Pensé que todos eran valientes.

—Bueno, Tommy P. siempre tenía un ojo puesto en la puerta trasera, no se si me explico. Yo nunca usé eso contra él. Por eso me sorprendió saber que había vuelto a volar.

—Siempre pareció ansioso por hacerlo.

—Eso dice usted. Bien, me sorprende. De todas formas, ahora ya no podemos saberlo, y desde que lo tiré todo no tengo sus cartas. —Olive reía entre dientes—. En cualquier caso, me sorprendió más de lo que le hubiera sorprendido a usted. Y después, déjeme pensar… —Hizo una pausa, aunque debía de haber contado la historia muchas veces—. No pasaron más de tres o cuatro días, quizá una semana, y recibí una carta del jefe de su nosecuántos…

—Escuadrón —ayudó Derek.

—… de su escuadrón, gracias, diciendo que había desaparecido, que se le creía muerto en acción. Aquello fue un trago, no hace falta que se lo diga. Yo quería mucho a Tommy, solo llevábamos cerca de un año casados, íbamos a tener familia en cuanto acabara la guerra… Así que escribí al jefe de su nosecuántos diciendo: ¿Qué acción? ¿Muerto en qué acción? Y él escribió diciendo otra vez que lo sentía, que Tommy era un tipo maravilloso, aunque no sé cómo podía saberlo si Tommy solo había estado dos días desde que lo llamaron, y luego dijo algo sobre razones de seguridad o algo parecido. Yo volví a escribir y dije: Con eso no basta, quiero saber más y voy a ir a verle. Y antes de que pudiera contestar diciendo tonterías sobre la seguridad salí para allá. ¿Más café, querida?

—No, gracias.

—Fui al puesto de mando, por llamarlo de alguna forma. Llegué allí, lo que no fue fácil, vi al jefe de la cosa esa y dije: Escuche, ¿qué acción? ¿Muerto en qué acción? ¿Dónde? Fue bastante amable, pero dijo que no podía contármelo. Yo le dije ¿quién se ha creído que soy, Lord
Haw-Haw
? Mi Tommy ha muerto y quiero saber dónde. Finalmente dijo que en Francia, y yo dije bueno eso lo simplifica un poco pensé que podía haber sido en Islandia. Y de todos modos, ¿qué significa

desaparecido y muerto? Si ha desaparecido tal vez no haya muerto, y si ha muerto por qué ha desaparecido, ¿por qué? Y el jefe ese dijo que Tommy se había, ¿cuál fue la palabra?, separado del resto de los compañeros —dije que él era así, siempre yendo por su lado— y un poco después uno de los otros pilotos vio un Hurricane descendiendo fuera de control y se acercó a echar una mirada y era Tommy, y este otro tipo miró y vio cómo caía hacia abajo y se estrellaba contra el suelo.

»Entonces dije: Quiero hablar con ese tipo. Dijo que eso iba contra las reglas pero por una vez me porté como una mujer, dije que me quedaría sentada en la oficina hasta conseguir lo que quería y lloré a mares, bueno, eso no fue difícil, y ¿a que no sabe lo que dijo?

—Dijo que tenías que firmar el Acta de Secretos Oficiales, apuntó Derek.

—Ya sé que tú lo sabes, idiota. Entonces dije que por mi parte de acuerdo. Tráigamelos. Así que firmé aquello, yo hubiera firmado hasta una dentadura postiza, y me llevaron con aquel tipo. Mac algo, no me acuerdo. Claro que parecía que antes el jefe de la cosa le había dicho que no hablara demasiado. Dijo solo que en Francia, que cayó hacia abajo. Yo dije: ¿Cómo supo que era Tommy? Dijo que el aeroplano tenía unos números. Y cayó despacito y al paso, para que los leyeran bien, ¿no?, dije. Él dijo que los números eran lo bastante grandes para poder ser vistos, pero se dio cuenta de que estaba afectada. Estaba llorando otra vez, y solo podía pensar en el tamaño de los números. Entoces el tal Mac algo se levantó y me apretó la mano y dijo que era todo lo que sabía pero que si iba al Three Ships hacia las ocho puede que recordara algo más.

»No hace falta que le diga que estaba en el pub desde la hora de apertura. Cuando llegó yo ya estaba un poco tocada, pero recuerdo todo lo que dijo. Estaban sobre Francia, eran unos ocho, y notaron que Tommy se iba desviando del rumbo. Buscaba la puerta trasera, no me hubiera sorprendido. Así que el que estaba al mando le llamó por el lo que sea…

—Radiotransmisor —murmuró Derek, ayudando, no contestando.

—… radiotransmisor y le dijo que volviera a la formación. No hubo respuesta. Lo intentó varias veces, pero parecía que la radio

de Tommy no funcionaba. Entonces vieron que empezaba a alejarse ascendiendo y el que estaba al mando le dijo al tal Mac algo que fuera a ver si lo alcanzaba. Dijo que no fue fácil porque parecía que Tommy ascendía directamente hacia el sol, y no se veía bien. Pero un trecho después consiguió acercarse lo suficiente para ver que Tommy seguía allí, sin desmayarse ni nada. Tenía la mano levantada frente a la cara. Debía de ser para que el sol no le cegara. Es lo que hacían, dijo el tal Mac, cuando ascendían en dirección al sol. Trató de hablar con Tommy por la radio, pero no le contestó. Hizo algunos disparos, pero eso tampoco funcionó.

»Así que el que estaba al mando le dijo que volviera y se uniera a los demás, que dejara que Tommy hiciera lo que se le hubiera metido en la cabeza. Quiero decir que parecía como que el avión se había estropeado, ¿comprende?, que no podía parar de ascender. Así que Mac vuelve a unirse al resto y a mitad de camino ve un Hurricane que baja en picado. Yo dije: entonces fue cuando usted vio los números. Se puso un poco colorado, y dijo que el aeroplano estaba fuera de control, y que no vio los números pero cuando se puso más o menos a su nivel pudo ver al piloto. Bueno, pudo ver la silueta del piloto. Obviamente, no pudo distinguir si era Tommy, pero fuera quien fuera tenía la mano levantada frente a la cara como Tommy mientras ascendía. Y luego Mac le siguió un poco hacia abajo, pero no había ninguna posibilidad. Y tampoco había paracaídas. Y así perdí a mi Tommy.

Derek rodeó a Olive con el brazo y la acarició, el humo del cigarrillo ondulando por el hombro y metiéndose en el cabello de ella.

Jean no sabía qué decir; se quedó allí sentada esperando.

—¿Le recuerda bien? —dijo Olive por fin.

—Sí —dijo Jean—. Le recuerdo bien. Por entonces yo era muy joven. Me… hacía sandwiches Vuelva a la Base.

Olive no contestó a esto.

—¿Se fijó en que nunca se abrochaba el botón de arriba de la camisa?

—No, creo que no.

—¿Se fijó en que siempre miraba a los lados como si no pudiera dejar la cabeza quieta?

—Sí, eso lo recuerdo. —Michael lo había comentado, lo usaba

para probar que Prosser era sospechoso—. Pensé que era una especie de tic.

—¿Un tic? —dijo Olive enfadada—. No era un cochino tic. Escuche, querida, si usted pilotara uno de esos Hurricanes tendría que volver la cabeza cada tres segundos o si no la matarían. —En el hueco del hombro del cardigan de Derek, Olive movía la cabeza a uno y otro lado, parpadeando al sol en busca de un Messerschmidt —. Se te queda el hábito, ¿comprende?

—Comprendo.

—Por eso siempre dejaba sin abrochar el botón de arriba de la camisa. Como tienes que mover tanto la cabeza te permiten hacerlo. Es un privilegio. Te permiten hacerlo. —Olive continuaba moviendo la cabeza de un lado a otro, parando solo para dar una calada al cigarro de Derek.

—Comprendo.

—Nadie entendía a Tommy como yo —dijo Olive más bien enfurecida, y Derek la acarició en silencio.

En el tren de vuelta a casa, Jean miró por la ventana y pensó en el último vuelo de Amaneceres Prosser. Podía haber sido un fallo técnico, por supuesto: podía haberse quedado atascado en el ascenso; puede que estuviera tan ocupado tratando de controlar el aeroplano que no pudo contestar las llamadas por radio ni los disparos. Pero lo dudaba. Todo ello sonaba demasiado parecido a lo que le había oído contar, cuarenta años atrás. Ascender hasta el sol, observarlo a través de los dedos ligeramente entreabiertos. El aire es cada vez más ligero, el aeroplano que oscila y asciende más despacio. El hielo empezando a formarse en la cabina. El frío incipiente. El oxígeno que escasea. La gradual invasión del bienestar y después del gozo. La lentitud, la alegre lentitud de todo…

* * * * *

Cuando Jean dio a luz a Gregory, cuando lo amamantó, cuando lo envió al colegio, cuando se subió a la zigzagueante escalera de incendios en las afueras de Towcester y contempló cómo su Vampire se deslizaba dulcemente mientras el motor se desprendía en una inútil aceleración, tenía para su hijo todos los deseos normales. Que te vaya bien, que seas feliz, que tengas salud, que

seas inteligente, que seas amado; que me quieras. Mientras él se inclinaba pacientemente sobre una celosía de riostras de aeroplano, mientras humedecía el papel de seda y esperaba el tiempo necesario para ponerlo tenso, mientras llenaba el cuarto de olor a pegamento, ella construía ociosamente sus propias imágenes, las maneras que cada generación utiliza para aceptar a la siguiente. Se nos suben a los hombros, pensaba, y con la altura ganada logran ver más allá. Desde ahí arriba también pueden volver la vista hacia el camino andado y evitar cometer los errores que nosotros cometimos. Les pasamos algo, una antorcha, un testigo, una carga. Nosotros nos debilitamos y ellos se hacen cada vez más fuertes: el joven lleva a su antepasado sobre los hombros y conduce a su propia criatura de la mano.

Pero también había visto lo suficiente como para dudar de todo esto. Las imágenes se veían nítidamente, pero estaban hechas solo de madera de balsa y de papel de seda. Lo normal es que el padre se suba a los hombros del niño, aplastándolo contra el suelo. El niño ve perfectamente los errores del padre, pero solo aprende a cometer errores muy diferentes. Es cierto que el padre le pasa algo al niño: hemofilia, sífilis, fiebre del heno. El antepasado debidamente cargado a la espalda provoca una malformación de la columna y el niño cogido de la mano un dislocamiento de hombro. Y por eso Jean también deseaba para su hijo las cosas negativas, las que debía evitar. Que evites la misera, la pobreza, la enfermedad. Que pases desapercibido. Que lo hagas lo mejor que puedas sin buscar metas imposibles. Que te sientas seguro de ti mismo. Que no te quemes, ni siquiera una vez.

Años después se preguntó si estas descoloridas ambiciones se habrían transmitido a Gregory. Si el niño en el útero puede sentir y sufrir por las discusiones de los padres, cuánto más probable es que el niño ya nacido pueda absorber los deseos silenciosos, deseos que flotan en el aire tan pesadamente como el olor a pegamento. ¿Era obra de Jean el que Gregory se hubiera convertido en un adolescente precavido y poco rebelde, y después en un joven más bien apartado? Era cortés y presentable, no había nada que objetar a su cara redonda y rosada, ni al aspecto de alumno aventajado que le daban sus gafas de concha; Jean llegó a descubrirse a sí misma pensando alguna vez: podrías ser cualquier otra persona. Podrías.

Podrías haber sido alguien que no fuera mi hijo. Pero de pronto cayó en la cuenta de que eso justamente era lo mismo que había deseado para su hijo. Que pases desapercibido. Que no busques metas imposibles.

Y los deseos para él que con mayor frecuencia formulaba iban en la misma dirección. No te establezcas demasiado pronto. No hagas a los veinte años nada que te ate el resto de tu vida. No hagas lo que hice yo. Disfruta. Averigua quién eres y qué eres. Explora.

Gregory comprendía las urgencias de su madre, pero notaba, como lo notan los niños, que más que deseos pertinentes para el hijo eran en realidad aspiraciones del padre con la fecha cambiada. Era cierto que no quería verse atado, pero no tenía muchas ganas de viajar. Cierto que quería averiguar quién era, aunque no sabía lo que eso significaba, pero quería hacerlo sin explorar demasiado. ¿Disfrutar? Sí, quería disfrutar. O más bien quería querer disfrutar. A Gregory le parecía que el resto de la gente tenía un lugar para el placer mucho más seguro que el suyo. Veían cómo era, hacían lo necesario para tenerlo y lo tenían. ¿Cómo sabían de antemano dónde residía el placer? Presumiblemente examinaban a otra gente, observaban con qué disfrutaban, hacían lo mismo y disfrutaban también. Para Gregory las cosas no resultaban tan fáciles. Cuando contemplaba a grupos de gente intentando obtener placer, bebedores en el pub, hinchas deportivos, bañistas al borde del mar, sentía una decidida envidia, pero también una furtiva turbación. Tal vez se había producido un dislocamiento en su interior. Sabía que el placer solo se podía obtener si se creía en el placer. El piloto que está al final de la pista cree que va a volar. No es solo una cuestión de aprendizaje, de comprender la aerodinámica; también hay que creer. Gregory aguardaba asustado sobre la pista de alquitrán, la torre le daba permiso para despegar, pero a mitad de camino siempre tiraba de los frenos. No creía que la cometa fuera a volar.

Tenía amigas, pero advirtió que cuando estaba con ellas nunca sentía lo que se esperaba que sintiera: pensó que posiblemente la inaccesibilidad del placer en grupo se extendiera hasta las reuniones entre dos. El sexo no le hacía sentirse solitario; pero, por otra parte, tampoco le hacía sentirse extraordinariamente acompañado. En cuanto a la camaradería masculina, solía encontrar algo falso en ella. Los hombres se juntaban en grupos para ahorrarse

complicaciones. Quieren hacerse las cosas más sencillas, quieren certezas; quieren reglas concretas. Mira los monasterios. Mira los pubs.

Gregory no viajó, tampoco se casó. Vivió con Jean durante la mayor parte de su vida, ella al principio trató de disuadirle pero luego lo tomó como un pálido cumplido. Gregory intentó hacer varios trabajos en los primeros años de su vida adulta, pero concluyó que uno era más o menos igual que otro. Todos los trabajos eran aburridos, pero había que tener uno porque la finalidad del trabajo era hacerte valorar el tiempo en que no estás trabajando. Cuando explicaba esto la gente pensaba que era un cínico, pero no era así. Le parecía simplemente obvio. La vida dependía de los contrastes, e iba a continuar siendo así hasta que te metieras en el contraste último.

Gregory trabajaba en una agencia de seguros. Le gustaba el trabajo porque la gente no le hacía muchas preguntas sobre él. Afirmaban estar seguros de que era un trabajo interesante, y él asentía, y preguntaban si podían sacarse una póliza contra la lluvia en las vacaciones, y él decía que sí, y se reían y decían mira tú; después parecían perder el interés. A Gregory esto le iba bien.

También le iba bien tratar con seguros de vida. Cuando empezó a dedicarse a ello todavía no había llegado a la conclusión de que la vida era absurda —aún lo estaba sopesando— pero había decidido firmemente que tu trabajo tiene que ser absurdo. El concepto de «trabajo útil», tan utilizado por los políticos, no tenía sentido para Gregory. Le parecía que el trabajo solo podía ser útil en la medida en que era inútil, en la medida en que se mofaba de sí. Pintar el Forth Bridge debía de ser un trabajo excelente, porque en cuanto habías terminado tenías que comenzar de nuevo. El seguro de vida no podía aspirar a una ironía tan perfecta, pero podía pasar. Gregory disfrutaba particularmente contándole a la gente todo lo que ganaban al morirse. Degustaba los deliciosos cálculos que veía en sus caras: todo el dinero que iban a ganar por algo tan sencillo como morirse. Una vez le estaba explicando una póliza a un hombre de unos veinticinco años —tanto y tanto a pagar cada mes, esto en caso de muerte, esto al vencer la póliza— cuando fue interrumpido:

—¿Así que si firmo esto hoy y me muero mañana gano veinticinco mil libras?

Al principio Gregory se mostró profesionalmente suspicaz ante el entusiasmo del tipo. Le explicó que había que pagar una prima inicial, que la póliza quedaba invalidada en caso de suicidio o de encubrimiento de una enfermedad grave.

—Sí, sí, sí —dijo el hombre con impaciencia— Pero si ya he pagado y *de forma totalmente accidental* —resaltó esto de forma entusiasta— mañana me pasa un autobús por encima, ¿gano veinticinco mil libras?

—Sí. —Gregory no quiso señalar que sería la viuda o los padres o quienes fueran los que en realidad recibirían el dinero. Hacerlo le hubiera parecido casi de mal gusto.

Pero por eso le gustaban los seguros de vida. Por supuesto que había que recurrir a muchos eufemismos, mucho disfrazar la póliza como si fuese una pensión; pero llegados a ese punto lo que la gente intentaba era hacer del morirse el mejor negocio posible. La gente —el tipo de gente con la que trataba— había sido educada en la austeridad; les habían enseñado a hacer compras, y a los asuntos más trascendentales también les aplicaban los criterios comerciales corrientes. Incluso los que admitían que no serían ellos mismos quienes obtendrían el dinero, entraban en trance con la simple transacción. Puede que la Muerte venga y se me lleve con ella, pero chico, vaya jugada más boba por su parte, pues deja a la esposa bañada en dinero. Solo con que la Muerte supiera eso no sería tan codiciosa.

Seguros de vida. El mismo enunciado era una deslumbrante contradicción. La vida. No era segura, no se podía asegurar ni reasegurar; pero la gente pensaba que sí podía. Se sentaban frente a la mesa de Gregory y sopesaban las ventajas de su propia extinción. A veces pensaba que no comprendía a la gente en absoluto. Todo les resultaba familiar: eran grasientamente amistosos con el placer, tomaban copas y hacían tratos con la muerte. No parecía sorprenderles en absoluto el estar vivos, en primer lugar; una vez aquí, sacaban el mejor partido posible; y cuando se marchaban intentaban convertir la partida en un buen negocio. Qué extraño. Supuestamente admirable, pero qué extraño.

Las vidas, las muertes y los placeres de los demás: a Gregory cada vez le resultaban más misteriosos. Escudriñaba a través de sus lentes con montura de concha y se preguntaba por qué hacían las

cosas que hacían. Tal vez hacían esas cosas —cosas corrientes— porque no se preocupaban mucho por el porqué o el cómo; tal vez Gregory estaba disminuido a causa de su capacidad de pensar. Su madre, por ejemplo: mira de qué forma había empezado a viajar por todo el mundo, de repente. Si le preguntabas el porqué, sonreía y decía algo sobre entrar en las Siete Maravillas del Mundo. Pero eso no era el porqué. Y a ella el porqué no parecía importarle.

Gregory nunca había querido viajar; quizá tuviera algo que ver con ello el haber sido acarreado por toda Inglaterra a edad temprana. Hacía algún viaje ocasional, nunca a más de ciento cincuenta kilómetros de distancia, para ver cómo era la vida fuera de donde él vivía. La encontró bastante parecida. Los viajes te cansaban, te volvían irritable, te adulaban. La gente decía que viajar ensanchaba la mente. Gregory no creía en esto. Lo que hacía era provocar la ilusión de que ensanchaba la mente. Para Gregory lo que ensanchaba la mente era quedarse en casa.

Cuando pensaba en viajar también recordaba a Cadman el Aviador. Gregory había visto una lápida conmemorativa en Shrewsbury, en la iglesia de St Mary. No se explicaban todas las circunstancias del vuelo de Cadman, pero constaba que en 1739 este Icaro moderno se construyó un par de alas, subió a lo alto de la iglesia y saltó. Murió, claro. Fue un exceso de orgullo del piloto, pero también, como en el caso de Icaro, un fallo técnico:

no cayó por falta de talento
o de valor al consumar su intento;
no, no, una cuerda defectuosa, anudada demasiado fuerte,
precipitó el vuelo de su alma
dejando el cuerpo aquí debajo, maltrecho.

A veces, cuando iba a despedir a Jean a algún aeropuerto, Gregory pensaba en Cadman. El suyo fue uno de los primeros accidentes aeronáuticos modernos. Cien por cien de muertos, la proporción habitual. A Cadman no le faltó valor (la placa tenía razón), sino cerebro. Gregory se imaginó tratando de evaluar las posibilidades de supervivencia del Aviador. No, definitivamente no le hubieran permitido venderle una póliza de seguro de vida.

Pero había algo más con respecto a Cadman. Aparte de la forma

de morir, Gregory recordaba el argumento poético del epitafio. El Aviador intentaba volar y fracasó, pero mientras su cuerpo caía y se estrellaba, su alma se levantaba y emprendía el vuelo en su lugar. Era sin duda una lección moral acerca de la ambición y la presunción humanas: si Dios hubiera querido que voláramos nos habría dado alas. ¿Pero no implicaba también la historia que Dios recompensaba a los valientes con la vida eterna? Si era así —si el cielo se ganaba por valor—, Gregory no tenía que evaluar sus posibilidades.

Le vino a la memoria una escena de su infancia. Estaba lanzando un modelo de aeroplano desde…, no era la torre de una iglesia, sino una azotea o algo similar. Indudablemente no consiguió ensamblar correctamente el motor al fuselaje, porque la nave se fue al suelo. El aeroplano había caído como el cuerpo de Cadman, mientras el motor revoloteaba por encima del jardín como el alma de Cadman en su camino hacia el Cielo.

¿Era eso lo que pensaba la gente —la gente que sonreía con timidez frente a su mesa cuando hablaba de miles de libras— acerca de la muerte? Gregory imaginó una versión más pública de su experimento en el jardín: un lanzamiento espacial. El enorme y pesado cohete era el cuerpo, y la minúscula cápsula en lo alto era el alma. El cuerpo cargaba el suficiente combustible para que el alma pudiera remontar la envolvente gravedad de la tierra. Mirando la gran zanahoria en la plataforma de lanzamiento se podía pensar que la parte importante era el cohete, pero no era así. El cohete. El cohete era accesorio, como el cuerpo de Cadman; solo estaba ahí para lanzar el alma.

Gregory se desconcertó un tiempo con estas imágenes para luego recordar el fin del vuelo de su Vampire. Jean encontró el motor en el hayedo de color jengibre que había al fondo del jardín. ¿Entonces? Tal vez el alma sí se desprende del cuerpo, pero solo durante cierto tiempo, a cierta distancia. Puede que el alma sea superior al cuerpo pero no tan diferente como imagina la gente. Puede que el alma esté hecha de un material más duradero —aluminio en vez de madera de balsa, digamos— pero finalmente tan susceptible al tiempo, el espacio y la gravedad como el cuerpo de Cadman o su propio Vampire de color dorado.

* * * * *

Rachel pareció siempre la más improbable de las amigas de Gregory. Él era pasivo por naturaleza, y dejaba poco rastro de su paso por el mundo. A veces Jean pensaba que si cubriera de cola para aeroplanos las puntas de sus dedos, sacaría una serie de huellas apenas discernibles. De personalidad lánguida, normalmente se inclinaba por chicas aún más lánguidas y pasivas; chicas de pieles transparentes y maneras sumisas. Rachel era pequeña e impetuosa, tenía unos inquietos ojos marrones y un pelo corto y espesamente rizado que Jean comparaba al de alguna extraña especie de oveja de montaña. Rachel no solo conocía su propia mente, sino también la de otra gente, especialmente la de Gregory. Jean había oído hablar de la atracción de los opuestos, pero aun así no le concedió mucho tiempo a esa relación.

La primera vez que Gregory llevó a Rachel a casa hubo una discusión sobre retretes. Al menos eso recordaba Jean de aquel día; Rachel, sin embargo, aunque había intervenido como si en la disputa se ventilara la Batalla de Inglaterra, proclamaría más tarde que no recordaba la trifulca. Fue una de esas riñas que surgen sin motivo, como todas las riñas, según Jean. Después de haber vivido con Michael, sentía que había tenido suficientes riñas para toda la vida. Pero parecía que en estos tiempos la mujeres las comenzaban con más frecuencia que antes. Y eso que Rachel trabajaba en un juzgado local; ¿no se suponía que estaban para mantener la paz?

—Y bien, ¿qué me dices de los retretes? —gritó repentinamente a Gregory esta chica, mientras los ojos se le abrían y el pelo parecía erizársele. Puede que Jean no estuviera en lo cierto, pero creía que el tema no había salido antes—. ¿Para quién crees que están diseñados?

—Oh, para la gente —replicó Gregory con una pedante y, pensaba su madre, seductora media sonrisa.

—Para los hombres —explicó Rachel alargando la vocal con paciente condescendencia—. Hooooombres.

—No sabía que tuvieras ese… problema —dijo Gregory, tal vez persuadido de que una respuesta decididamente pacífica habría aumentado su irritación—. ¿Necesitas que alguien te ayude a levantarte?

—Cuando me siento ahí —anunció esta sorprendente criatura—, pienso: esto está hecho por los hombres y para los hombres. ¿Qué piensa usted? —Se volvió hacia Jean.

—Honestamente, me temo que no suelo pensar en ello. —El tono no era remilgado, sino más bien vago.

—Bueno, ya lo ves —comentó Gregory con una complacencia poco acertada.

—Ya lo ves, ya lo ves —gritó Rachel, prefiriendo la discusión vigorosa a la lógica inmediata—. Los escalones —dijo—. Y las escaleras. Las salidas de los trenes. Los pedales de los coches. La Bolsa de Valores.

Gregory se reía:

—No pretenderás que…

—¿Por qué no? ¿Por qué no? ¿Por qué no lo entiendes? ¿Por qué siempre hemos de ser nosotras? ¿Y cuando hay que cambiar una rueda? ¿Por qué aprietan las malditas tuercas tanto que las mujeres no podemos sacarlas?

—Porque si no lo hicieran tus malditas ruedas se soltarían.

Pero Rachel no iba a acobardarse:

—Los reposacabezas —continuó—. Los jueces. Los impresores. Los taxistas. Las segadoras mecánicas. *El idioma.*

Jean se encontró riendo entre dientes.

—¿De qué se ríe? Para usted es aún peor.

—¿Por qué es peor para mí?

—Porque creció sin saberlo.

—No creo que me conozcas lo suficiente como para decir eso. —A Jean le gustó la inconsciencia de Rachel, y su confianza—. No, no me reía de ti, querida. Estaba pensando en la Bolsa de Valores.

—¿Qué pasa con ella?

—Bueno, recuerdo que cuando era niña me previnieron contra la Bolsa de Valores. La ponían al mismo nivel que apostar dinero, estafar o ir a la huelga.

—No se toma las cosas en serio —dijo Rachel enfadada—. Debería tomarse las cosas en serio.

—Bueno —dijo Jean, tratando de tomar las cosas en serio—, quizá sea bueno que las mujeres se… se adapten. Quizá eso haga más flexible sus mentes. Quizá debiéramos compadecer a los hombres. Cómo les cuesta adaptarse.

—Ese es un argumento masculino.

—¿Ah, sí? ¿No es simplemente un argumento?

—No, es un argumento masculino. Uno de esos que ponen a nuestro alcance porque saben que no funcionará. Es como darnos un juego de llaves que no sirve para aflojar las tuercas.

—Quizá por eso no eres capaz de cambiar una rueda —dijo Gregory sonriendo para sí.

—Vete a la mierda, Gregory.

Sí, pensó Jean, esto no dura más de unas semanas. Por otra parte, creo que ella me gusta.

Visitaron a Jean varias veces más, y cada vez Gregory se hacía menos presente; la compañía de esta resuelta muchacha le volvía casi translúcido. Rachel fue dirigiendo progresivamente sus comentarios hacia Jean. Una tarde en que Gregory hizo un desgraciado chiste sobre retretes y desapareció, Rachel dijo tranquilamente: «Vayamos al cine mañana».

—Me encantaría.

—Y… no se lo digas a Gregory.

—Muy bien.

Qué extraño salir con la amiga de su propio hijo, pensó Jean a la mañana siguiente. Bueno, «salir» probablemente no era la palabra adecuada para referirse a una película y a una cena en un chino. De todas formas, estuvo nerviosa y agitada por no saber qué ropa ponerse hasta que sintió vergüenza de sí misma. «Vendré a recogerte a las siete», había dicho Rachel con bastante naturalidad; y sus palabras tuvieron para Jean un eco extraño. Era lo que se suponía que debía haber dicho el joven del Austin Sevens, el admirador de la moto con sidecar. Los pretendientes que no tuvo cuarenta años atrás. Ahora era una muchacha quien pronunciaba esas palabras, alguien con algo menos de la mitad de su edad.

La película elegida por Rachel era agria, alemana y política; hasta sus momentos de ternura se revelaban en seguida como algo alusorio y manipulador. A Jean no le gustó en absoluto, pero al mismo tiempo la encontró completamente interesante. Advirtió que este tipo de reacción se daba en ella con un frecuencia cada vez mayor. Antes —lo cual abarcaba toda su vida— le interesaba lo que le gustaba y no le interesaba lo que le disgustaba; es decir, más o menos. Había imaginado que a todo el mundo le ocurría esto. Pero

parecía haber desarrollado una nueva clase de reacción; ahora, a veces le aburrían cosas que tenían su aprobación, y era capaz de simpatizar con las que desaprobaba. No estaba enteramente segura de que este fenómeno fuera bueno, pero el hecho de que estaba teniendo lugar era innegable, y sorprendente.

Rachel había pagado la entrada de Jean, y le comunicó que también iba a pagar la cena.

—Pero tengo algo de dinero. —Jean se puso a rebuscar en su bolso cuando el camarero todavía no les había tomado la nota. Sacó algunos billetes de cinco libras convertidos en bolas de papel. Siempre llevaba así el dinero, pues reducía la difusa vergüenza que le daba el exhibirlo. Una vez retorcidos, los billetes podían ser usados, o mentados, sin demasiado embarazo.

Rachel se inclinó hacia ella desde el otro lado de la mesa, cerró las manos de Jean y las llevó al bolso, donde dejó el dinero. En el fondo, entre la pelusa y el maquillaje, un leve destello rezaba: JEAN SERJEANT XXX.

—Hoy no has salido con un hombre —dijo Rachel.

Jean sonrió. Claro que no estaba saliendo con un hombre. Aunque, de una curiosa manera, sí lo estaba. O más exactamente, se estaba comportando como si lo estuviera. El cuidado que se había tomado con la ropa, la forma en que más bien se había callado lo que pensaba de la película cuando salían del cine, su aire de subordinación hacia Rachel cuando llegaron al restaurante. Tal vez fue solo por deferencia hacia su juventud; tal vez no.

—Pero me has hecho guardar el dinero —dijo—. Es lo que hacen los hombres.

—Ya no.

—¿Ah, no?

—No. Ahora aceptan que pagues tú la mitad y te tratan igual que cuando ellos pagaban todo.

—¿Cómo te tratan?

—Háblame de China. —En la pared del restaurante había una transparencia de colores que producían un paisaje oriental idealizado: un río que caía en cascada, árboles en tono esmeralda, un cielo de Hollywood. Gracias a algún primitivo proceso de animación el río brillaba y relucía, mientras las nubes cruzaban el cielo lenta y pesadamente. «Bueno, así no era», dijo Jean. Notó

azorada la impaciencia de Rachel y comenzó, como hubiera dicho su madre, a cantar para ganarse la cena.

Hablaron sobre China y los viajes, luego sobre la amistad y el matrimonio. A Jean le resultó fácil enjuiciar su vida junto a Michael, advirtiendo destellos de furia retrospectiva en su joven amiga, pero continuando con toda la calma posible. Al final, Rachel dijo: «No puedo comprender por qué te quedaste. Cómo duró tanto».

—Oh, las razones habituales. Miedo. Miedo a la soledad. El dinero. No querer admitir que has fracasado.

—No, no fuiste *tú* quien fracasó. Si *tú* te marchaste fue *él* quien fracasó; eso es lo que ellos no comprenden.

—Quizá. Hubo otras razones. Después de casarme perdí mucha confianza. No comprendía las cosas. Siempre me equivocaba. No sabía las respuestas. Ni siquiera sabía las preguntas. Pero al cabo de un tiempo —unos cinco años— empezó a cambiar. Yo era infeliz y me aburría, supongo, pero parecía que cada vez iba comprendiendo mejor las cosas. El mundo. Cuanto más infeliz era, más inteligente me sentía.

—¿No lo has dicho al revés, cuanto más inteligente eras, más infeliz te sentías porque te habían timado?

—Quizá; No lo sé. Pero me fui volviendo supersticiosa al respecto. No puedo marcharme, pensaba, porque si fuera menos infeliz también sería menos inteligente.

—¿Y lo fuiste cuando te marchaste?

—No, pero eso no es lo importante. Hay otra razón que seguramente te parecerá igual de tonta. Probablemente no pueda explicártelo bien, pero recuerdo cómo ocurrió. Michael y yo no hablábamos mucho; él estaba enfadado, yo me aburría; él a veces bebía, y yo a veces desaparecía, solo para que se preocupara por mí, o para intentar que se preocupara por mí. Si hacía bueno a veces me pasaba la tarde entera en el jardín, solo para no estar con él.

»En todo caso, así pasaba el tiempo. No era muy divertido. Una noche estaba sentada en el jardín. La casa estaba totalmente apagada, como en la guerra. No había ni una nube, solo una luna de esas especiales, tan brillante como el sol del Artico. Una luna de bombardero, como solíamos llamarla… Y de repente pensé ¿para qué sirve este matrimonio? ¿Por qué quedarme? ¿Por qué no me

escapo en la cálida noche? Y tal vez fuese la falta de sueño, o que me encontraba algo preocupada, pero la respuesta parecía obvia. Me quedo aquí porque todo indica que debo marcharme, porque no tiene sentido, porque es absurdo. Como quien dice que cree en Dios porque es absurdo. Eso lo comprendí muy bien.

—Yo no —dijo Rachel—, y espero no comprenderlo nunca.

—No cuentes con ello. Puede resultar agotador ser siempre tan racional.

—Pero eso es lo que me gusta de ti —dijo Rachel—, que nunca pareces estúpida.

Jean sonrió y bajó la vista. Sintió un cauto placer.

—Eso es delicioso por tu parte. La gente suele suponer que cuando se llega a mi edad uno ya no necesita de halagos. Los viejos los necesitan tanto como los jóvenes.

—No eres vieja —dijo Rachel, furiosamente.

—Oh, cielos. Otro piropo. Oh, cielos. —Rachel le gustaba, pero la asustaba un poco. Su determinación, su irascibilidad. Años antes solo los hombres se mostraban tan determinados y tan irascibles.

En realidad, ese era el motivo por el que se había ido a vivir sola. El matrimonio tenía dos polos magnéticos, la ira y el miedo. Pero ahora a las mujeres también se les daba bien la ira. A Jean la desconcertaba que con frecuencia fueran las mujeres quienes rechazaban a los hombres en toda la regla, las que se marchaban y vivían unas con otras, las que proclamaban su libertad frente a la soberanía del sexo opuesto, las que parecían más irritables. ¿No deberían estar más calmadas ahora que habían conseguido lo que querían? ¿O era solo una parte de una rabia más profunda hacia un mundo preconcebido que solo les ofrecía dos posibilidades de elección, y una de ellas era lastimosamente inadecuada? Jean no pensaba que pudiera preguntárselo a Rachel, porque solo lograría enfurecerla. Esa era otra cuestión: en estos días las mujeres se enfadaban con las otras mujeres. En los tiempos asiáticos, en aquel viejo mundo donde los hombres intimidaban y las mujeres engañaban, donde se usaba la hipocresía tanto como la infusión de camomila, había por lo menos una pequeña complicidad entre las mujeres, entre todas las mujeres. Ahora estaba permitido pensar, guardar fidelidad y traicionar. Así lo veía Jean. Pero tal vez no se podía aprender más de la vida. En los tanques había capacidad para

cierta cantidad de combustible, y ella estaba empezando a perder altura. Según desciendes el campo de visión se reduce.

—¿Te importaría que te preguntara algo sobre el sexo? Quiero decir… —Rachel vaciló por una vez.

—No, claro que no, querida. Todo sucedió hace tantos años, por sorprendente que pueda parecer.

—Estuvo… Estuvo… —Una vez más, Rachel parecía insegura— ¿Estuvo bien?

Jean se rio. Levantó una taza de té de color azul, hecha de algún material a mitad de camino entre la porcelana china y el clástico, vaciló, sorbió un trago, y escuchó el extraño chasquido que se oyó al dejarla sobre el platillo.

—Cuando estuve en China acababan de promulgar una nueva Ley de Matrimonios. Recuerdo haber leído una traducción. Era muy completa, se ocupaba de casi todo. Decía que no podías casarte si uno de los cónyuges era leproso, y decía que estaba estrictamente prohibido el infanticidio por ahogamiento. Recuerdo haberla leído en busca de lo que el Partido decretaba acerca del sexo. Me refiero a que todo estaba absolutamente regulado. Pero solo se hablaba de ello en el artículo 12. —Hizo una pausa, más bien innecesaria.

—No puedo adivinar lo que decía.

—No. El artículo 12 decía: «El esposo y la esposa tienen el deber de practicar la planificación familiar». —Hizo otra pausa, esta vez con más intención.

—¿Y bien?

—Bueno, supongo que se puede decir que fuimos un matrimonio chino. Se trataba más de practicar la planificación familiar que, como se dice ahora, de tener vida sexual.

—Lo encuentro triste.

—Hay cosas peores. No éramos los únicos. Entonces había muchos matrimonios chinos. Supongo que todavía los hay. No nos parecía tan… importante. Hubo una guerra, y luego la paz, y cosas como… —no le salía ningún ejemplo—, …cosas como el Festival de Inglaterra…

—Por el amor de Dios.

—Lo siento. Pero me refiero a ese tipo de cosas. Pensábamos que eso era lo que importaba. Nunca…

—¿Te acostarías conmigo? —Rachel lo preguntó rápidamente,

bajando la cabeza, con el pelo rizado apuntando a Jean.

-Querida, bueno, es muy agradable de tu parte, pero soy una vieja dama…

—No me trates con condescendencia. Y no te trates así a ti misma. —Rachel fruncía el ceño enfurecida. Jean todavía se negaba a tomarla en serio.

—Solo por haber pagado la cena…

—Lo digo en serio.

De repente Jean se sintió mucho mayor que aquella muchacha, y un poco harta de ella. «Venga, vámonos —dijo—. Paga la cuenta».

Pero en el coche puso su mano sobre el hombro de Rachel. Se quedaron un rato en silencio, mientras Rachel conducía y de vez en cuando insultaba a los conductores masculinos. Finalmente, sin mirar a Jean, dijo: «No estoy tan verde como piensas ¿sabes?».

—No he dicho que así sea.

—Lo digo por Gregory. Hay algo de él que me tiene hasta las tetas.

—Bueno, entonces es mejor que le dejes.

—Nunca piensa que es un hombre. No digo *ser un hombre* en el sentido de escalar montañas y todo eso. Me refiero a ser un hombre. Nunca piensa en ello. Casi ninguno lo hace, y Gregory no es mejor que el resto. Solo piensa en lo que es normal.

—Creo que Gregory tiene bastante sensibilidad.

—No estoy diciendo eso. No estoy diciendo *eso*. Lo que pasa es que piensa que ser un hombre es lo normal. Piensa que tú y yo pertenecemos a una especie distinta.

—¿Estás diciendo que es así por la forma en que lo eduqué?

—No, por Dios, quiero decir, si hubiera habido un hombre en casa probablemente sería mucho peor.

—Gracias por el cumplido —dijo Jean arrepentida. El coche seguía avanzando y las nubes de la noche lo cubrían de rocío.

—Lo que tiene la píldora —dijo Rachel de repente— es que puedes follar con gente que no te gusta.

—¿Y para qué querrías hacer eso?

Silencio. Oh, cielos. Otro error. Había hecho otra pregunta que no era una verdadera pregunta. ¿Cuánto gana? ¿No le gustaría ir a Shanghai?

—Cuando murió Michael —dijo Jean sin saber por qué le venía

ese tema a la cabeza— me dejó todo su dinero. La casa. Todo.

—Claro que lo hizo —dijo Rachel de mal humor—. Qué mierda. El gran papá. Para que le estuvieras agradecida.

Esto no le gustó mucho a Jean.

—¿Pero qué hubieras dicho si no me hubiera dejado nada?

Bajo la tenue luz del automóvil, Jean vio que Rachel sonreía.

—Hubiera dicho qué mierda. El gran papá. Se llevó los veinte mejores años de tu vida y aún quiso castigarte y hacer que al final te sintieras culpable.

—De hecho —dijo Jean—, no dejó escrita su voluntad. O al menos no encontraron nada. Murió sin testar. De manera que Gregory y yo nos quedamos con todo. ¿Qué me dices a eso?

Rachel casi reía de irritación.

—Qué mierda. El gran papá. No pudo decidir si hacer que te sintieras culpable o agradecida. Quería las dos cosas, aun cuando se estaba muriendo. Quería asegurarse de que seguirías preguntándotelo durante años. Típico.

—¿Así que él nunca sale ganando?

—A mis ojos no. A sus ojos siempre sale ganando.

—Antes pensaba que sabía las respuestas —dijo Jean—, por eso me fui. Sé lo que tengo que hacer, pensé. Tal vez si no te convences de que conoces las respuestas no consigues hacer nada nunca. Cuando me casé creía que sabía las respuestas, o al menos pensaba que terminaría por averiguarlas. Cuando me marché creía que sabía las respuestas. Ahora no estoy segura. O más bien, ahora sé las respuestas a cosas distintas. Tal vez sea eso: solo somos capaces de saber las respuestas a un cierto número de cosas en cada momento.

—¿Lo ves? —dijo Rachel—. Todavía te tiene pensando en él. Qué mierda.

Cuando divisaron las casa de Jean, Rachel comenzó de nuevo.

—Estaba saliendo con alguien. Era una buena compañía, inteligente, bastante simpático; para ser un hombre normal no estaba mal. Todo iba bien. Hasta que le descubrí observando cómo me corría.

—Quieres decir… ¿desde la ventana?

—No, Jean, desde la ventana no. —Oh, cielos, pensó Jean, seguimos con eso—. Desde la ventana no. En la cama. Follando. Sexo.

-Ya.

—Me observaba. Como si fuera un animal de circo. ¿Qué tal por ahí abajo? Con el rabillo del ojo. Era algo espeluznante. Decidí vengarme. Estaba un poco obsesionada. Veía que la relación no podía ir muy lejos, pero quería vengarme como fuera. Hacer que se acordara de mí.

»Comenzé a simular que no me corría. ¿Te molesta? —Jean denegó con la cabeza. Caramba, cómo habían cambiado las cosas. Rachel continuó; su tono era agresivo, pero Jean percibió en él un resto de incertidumbre—. Al principio fue muy duro, fallé varias veces, pero me salió las veces suficientes. Y a él le afectó, desde luego. Primero me corría, pero fingía no hacerlo, y entonces le hacía seguir y seguir, y fingía que estaba casi al otro lado del horizonte, sin pasar de ahí, antes de la última curva, ya sabes. Luego le dejaba parar, como si fuera un muchacho. No, estoy bien, no te preocupes. Y entonces, cuando se daba la vuelta y se dormía pero no del todo, fingía que me lo hacía yo sola. Nada dramático, solo lo suficiente para que supiera que lo estaba haciendo pero con cierta discreción, para no herir sus sentimientos. Eso le afectó, desde luego. Un montón. Qué mierda.

Para qué montar aquel lío, pensó Jean mientras se bajaba del coche. Primero hacerlo, y luego contármelo a mí. A no ser que… fuera con Gregory, ¿sería eso? Trató de recordar los peores tiempos junto a Michael: días tediosos bajo un cielo tormentoso, noches solitarias bajo una luna de bombardero. Se sintió triste, desanimada, enfadada; pero no podía recordar nada parecido al desprecio exhibido por Rachel. ¿Era un problema personal o generacional? La gente no paraba de decir que ahora la mujer tenía más libertad, más dinero y más oportunidades. Tal vez no podían lograrse estos avances sin un necesario endurecimiento de carácter. Esto explicaría por qué entre los sexos con frecuencia las cosas parecían ir peor, no mejor; por qué había tanta agresión y por qué les complacía tanto llamar honestidad a esa agresión. O quizá, pensó Jean, quizá hay una explicación más simple: he olvidado cómo me sentía yo. La mente tiene un sistema para dejar los recuerdos incómodos en el depósito de basuras. Olvidar los temores del pasado asegura la supervivencia en el presente. Cuando vivía con Michael pude haber sentido esa ira y ese desprecio, pero los

ahogué con una almohada como a dos cachorros berreantes, y ahora ya no puedo acordarme de dónde enterré los cuerpos.

Rachel decía: «Me encanta la mirada atemorizada del hombre cuando conoce a una mujer inteligente». Rachel decía: «Si hay algo que desprecio es un hombre que adula a todas las mujeres». Rachel decía: «Solo una mujer puede comprender a otra mujer». Se había ido de casa a los dieciséis años, se había mudado de una gran ciudad a otra varias veces, había vivido en sitios donde no se admitía a los hombres. Rachel decía: «Los hombres abusan de las mujeres más que nunca. Los hombres están matando a los niños». Rachel decía: «¿Qué diferencia hay entre un hombre y una cagada? Que a una cagada no tienes que consolarla cuando la dejas». Rachel decía: «Todo es cuestión de política y dinero, no vayas a creer que es otra cosa». Rachel decía: «No te critico. Pero pienso que todavía esperas la llegada de un hombre que responda por ti a todas las preguntas».

Jean se imaginó un columpio pintado de verde municipal en un patio de juegos. Un hombre gordo vestido con un traje de tres piezas estaba sentado en uno de los extremos, hundiéndolo con su peso. Jean se subía precariamente al primer asiento del extremo opuesto; pero su escaso peso, situada tan cerca del punto de apoyo, no hacía efecto alguno. Llegaba Rachel, brincaba como un mono hasta el punto más alto del columpio, por encima de Jean, y allí, sin preocuparse por su seguridad y el asfalto que había debajo, se ponía a saltar. El gordo vestido de hombre de negocios parecía levemente molesto, pero se reacomodaba en el asiento y permanecía sentado; sus talones ni siquiera se habían levantado del suelo. Al cabo de un rato Rachel se iba disgustada. Más tarde y más cautelosamente, Jean se bajaba a su vez y se iba. El gordo no parecía haberse alterado lo más mínimo. Pronto vendría alguien. Además, el patio era suyo.

Rachel decía: «*Tres* hombres sabios, ¿en serio?». Rachel decía: «Si han podido poner un hombre en la luna, ¿por qué no se los llevan a todos?». Rachel decía: «Una mujer necesita a un hombre tanto como un árbol necesita a un perro con la pata levantada». Una vez a Rachel le dieron los zapatos de su padre para que los limpiara y en vez de utilizar betún los untó con pasta de dientes; había visto a su madre malgastar su inteligencia en cálculos sobre el precio de

la comida enlatada; había observado a su padre manteniendo a su madre en la suave jaula de sus manos. Rachel decía: «Está muy bien que el hombre se dedique a cargar fardos, pero ¿quién recoge lo que se le cae?». Rachel decía: «Nacer mujer es nacer zurda y que te obliguen a escribir con la derecha. No es de extrañar que hagamos garabatos». Rachel decía: «¿Crees que estoy gritando? No sabes lo sordos que son».

Jean se encontró a sí misma preguntándose si el padre de Rachel la habría maltratado, si la primera relación con un hombre la habría marcado; pero Rachel adivinó sus pensamientos casi antes de que los formulara «Jean —dijo—, ese es otro argumento masculino. La llave no saca esa tuerca». «Solo me preguntaba…», dijo Jean. «Bueno, basta. No hace falta que te violen para ser feminista. No hay que tener un aspecto de mecánico de taller. Basta con ser normal. Basta con ver las cosas como son. Es obvio. Jodidamente obvio». Rachel decía: «Para un hombre, *esposa* es igual a *vida.* ¿A qué es igual *marido*? A nada. A basura, tal vez». Jean decía: «¿No crees que das muy pocas oportunidades a los hombres?». Rachel decía: «Ahora saben lo que sentimos».

Comenzaron a salir juntas una vez a la semana: el cine, la cena, conversaciones en las que cada una parodiaba afectuosamente la postura de la otra. La tercera noche Jean insistió en pagar la cena; más tarde, en el coche frente a la casa de Jean, Rachel se inclinó hacia ella y la besó en la mejilla. «Vete para dentro o tu padre se enfadará contigo».

La cuarta noche, en un restaurante indio donde Jean pensó que el cocinero había enloquecido echando colorante anaranjado, Rachel sugirió que Jean fuera a su casa. Jean rio; esta vez el ofrecimiento no la pilló por sorpresa.

—Pero ¿qué es lo que hacen? —preguntó petulantemente.

—¿Hacen?

—Hacen —repitió, queriendo decir *las lesbianas* pero sin pronunciar la palabra.

—Bueno… —dijo Rachel con firmeza; inmediatamente, Jean la tomó de la mano. «No, no quería decir eso. No». En su mente, de repente, el *hacen* se había convertido en *hacemos;* la imagen le resultaba descabellada y embarazosa. «De todas formas».

—¿De todas formas qué? ¿De todas formas el Festival de

Inglaterra?

—De todas formas no pienso que seas… *lesbiana.* —Esta vez se las arregló para decirlo, con esa pausa que desinfectaba la palabra y la hacía sonar a teórica y distante, escasamente aplicable a Rachel. Su pequeña compañera rubia la agarró por las muñecas, y su enfurecida mirada castaña le prohibió mirar hacia otro lado.

—Follo con mujeres —dijo con voz lenta y decidida—. ¿Soy lo bastante lesbiana para ti?

—Me alegro mucho por ti de que seas una de ellas.

—Jean, ese ha sido uno de tus comentarios menos inteligentes.

—Supongo que quiero decir que ¿con esto no volvemos finalmente a los hombres? Es lo que vosotros llamáis una cuestión política. Tiene que ver con otras cosas; no es… no es solo sexo.

—¿Y cuándo el sexo fue solo sexo?

Siempre, quiso decir Jean; pero estaba claro que sería una respuesta equivocada. Tal vez no tenía suficiente experiencia para discutir con Rachel. ¿Por qué siempre irritaba a la gente? Ahora era Rachel, exigiendo que se atreviera a decir algo estúpido. No se atrevía. O, más bien, se atrevió pero en otra dirección.

—De todas formas, ya ves, no quiero.

—Ah, bien, ese es un argumento muy diferente.

Jean miró a Rachel, su mandíbula saliente y sus enfurecidos ojos castaños. ¿Cómo podía alguien parecer tan irritado; no irritado por la decepción, sino irritado por el deseo? Toda clase de frases recorrieron la mente de Jean *—es bastante bonita; tiene tanto carácter; en realidad le tengo mucho cariño—,* pero se dio cuenta de que eran clichés utilizados por los mayores para refundir a los jóvenes. Lo sentía por Rachel, todavía lo bastante joven para que las cosas le fueran bien o mal; con el orgullo o la culpa aún por delante. Y después, más allá del orgullo o la culpa, una edad que Jean casi temía esperar: una edad de desapego, tanto visceral como cerebral. En estos días, cuando escuchaba una historia o veía una película le preocupaba mucho menos si el final era feliz o no; solo quería que se desencadenara correctamente, adecuadamente, de acuerdo con su propia lógica. La película de tu vida era igual. Sus ambiciones ya no afectaban específicamente a la felicidad, la seguridad económica o el librarse de la enfermedad (aunque incluían las tres cosas), sino a algo más general: la continua certeza

de las cosas. Necesitaba saber que iba a seguir siendo ella misma.

No podía explicarle todo esto a Rachel, por eso le había dicho *De todas formas, ya ves, no quiero*… Pero luego, ya acostada, despierta en la cálida noche, ni siquiera estaba segura de haber querido decir eso. Pensó en Prosser en la barraca de esparcimiento, agitando los peniques en el bolsillo. Pensó en los hombres con uniformes azules que pasaban la sal con mayor cortesía de la normal y se quedaban quietos en los rincones.

No se sorprendió demasiado a sí misma cuando accedió a acostarse con Rachel. Los viejos necesitaban de los halagos tanto como los jóvenes, había dicho; y el deseo es una forma de halago.

—Yo ya no estoy de muy buen ver —dijo cuando llegaron al piso de Rachel. Pensó en sus pechos, en sus brazos, en su estómago —. ¿Puedes prestarme un camisón?

Rachel rio diciendo que no tenía ninguno, pero encontró algo que valdría. Jean fue al baño, se cepilló los dientes, se lavó, subió a la cama y apagó la luz. Se acostó lejos del centro de la cama. Escuchó los pasos de Rachel, y luego sintió el peso de su cuerpo que aterrizaba cerca de ella. Un buen trompazo. Como el de tío Leslie en la hierba crecida que había detrás del tortuoso hoyo catorce. Jean susurró: «Creo que esta noche podrías perdonarme».

Rachel se acurrucó en el hueco de la espalda de Jean. Cucharas, Jean pensó en su infancia. Ella y Michael eran como una cuchara y un cuchillo. Tal vez esa fuera la respuesta.

—No tienes que hacer nada que no quieras —dijo Rachel. Jean exhaló algo que era casi un murmullo. Pero ¿y si no quería hacer nada en absoluto? Permaneció tensamente tendida mientras Rachel se apretaba contra ella, procurando que no se le escapara ninguna señal inadvertida que pudiera ser interpretada como placer. Después de un rato Rachel paró. Se pusieron a dormir.

Lo intentaron dos veces más, si se puede hablar de intento: Jean vuelta hacia su lado, vistiendo un camisón prestado, aguantando la respiración. Quería querer, pero el mismo hecho de querer le parecía inaccesible. Cuando parecía que Rachel se había dormido, Jean se relajaba; le impresionó lo bien que lograba dormir entonces. Se preguntó si podrían continuar así. Parecía improbable. Pero la idea de hacer cualquier cosa más le daba pánico, sequedad y edad al pensamiento.

—Creo que no tengo el valor suficiente para acostarme contigo correctamente, querida —dijo la siguiente vez que se vieron.

—Acostarte con la gente no es valiente. Suele ser al contrario.

—Para mí hay que ser muy valiente. Demasiado valiente. Tendrás que dejarme.

—Bueno, tampoco lo hemos intentado tanto.

—Me gusta cuando dormimos —dijo Jean, lamentando al instante el comentario. Rachel fruncía el ceño. ¿Por qué el sexo siempre irritaba a la gente? Entonces le llegó un pensamiento inquietante.

—¿Recuerdas aquella historia que me contaste… sobre alguien con quien no disfrutabas en la cama…, un hombre?

-Sí.

-¿Era Gregory?

Rachel rio. «No, claro que no. Si hubiera sido él no te lo habría contado». Jean se sintió aliviada: por lo menos no había caído sobre su familia una terrible maldición sexual que pasaba inevitablemente por Rachel. Sin embargo, después empezó a enconarse: si Rachel podía decir una mentira difícil con su cuerpo, seguramente podía decir una fácil con la lengua.

A pesar de lo que decía Rachel, tal vez era valiente acostarse con la gente. O al menos podía serlo. Y tal vez había perdido sus reservas de valor. Igual que Amaneceres Prosser: enloquecer, ablandarse, volverse un poco gallina, quemarse dos veces. Rachel decía que había estado valiente al dejar a Michael y que había sido valiente al criar a Gregory ella sola. Jean no había hecho estas cosas por cuestión de valor sino, simplemente, porque eran obvias. Tal vez el valor consistía en hacer lo obvio cuando a los demás no les parecía obvio. Como Rachel al acostarse con alguien. A Rachel le parecía obvio, y por lo tanto nada valiente; para Jean no era obvio, y vaciaba su reserva de valor. La gente simplemente se acostumbra, pensó Jean; no se podían recargar las baterías, y no había nada que hacer. Oh, cielos.

O tal vez no tuviera que ver con el valor. Tal vez en tiempo de paz había una palabra distinta. Debía estar prohibido utilizar la palabra valiente a no ser que fueras bombero, desactivador de explosivos o algo parecido. Hacías las cosas, o bien no las hacías, eso era todo.

* * * * *

La noticia de que tío Leslie estaba enfermo llegó a través de una escandalosa llamada telefónica de su casera, la señora Brooks. Desde la vuelta de Leslie de América, lo bastante después de la guerra para que nadie lo advirtiera, se había mantenido con diversos trabajos inconexos, algo de juego, unos astutos sablazos. Siempre vivía en covachas, de las que a veces se mudaba con bastantes prisas, pero en general se portaba bien. Conforme se hacía más viejo su sistema de trueques se perfeccionaba. «No le importaría cambiarme este fusible, ¿verdad, señor Newby?». «No le importaría compartir esa pequeña cena conmigo, ¿verdad, señora Ferris?». Esa conversación era la primera en la que Gregory recordaba que su tío abuelo hubiera tomado parte. Durante estos últimos años, Leslie había llevado a Gregory varias veces al pub, pero Gregory nunca vio circular dinero excepto cuando era su ronda. Tal vez cuando se acercaba la hora de cierre Leslie se convertía en uno de los borrachines dóciles que recorren el bar a trompazos recogiendo vasos a cambio de las bebidas de esa noche, repitiendo sin vocales el grito del encargado: «¡Señores, por favor, es la hora!».

—¡Hola, pequeña Jeanie! —Hacía años que la llamaba así. Ella había cumplido ya los sesenta, pero no le importaba en absoluto.

—¿Cómo estás?

—Voy tirando, así es como estoy. Voy tirando.

—¿Es eso lo que dice el médico?

—No dicen nada porque no les pregunto. —Tío Leslie estaba delgado y amarillo, tenía el bigote desordenado y el ya escaso pelo negro sujetado por un abigarrado ondear de gomina—. Tengo eso de lo que no hablamos. Una dosis de si-no-pregunta-no-se-lo-diremos.

Jean se sentó en su cama y le tomó la fría y quebradiza mano.

—Siempre has sido una persona tan valiente —dijo—. No creo que hubiera puesto los pies fuera del país si no hubiera pensado que tú lo habías hecho antes. Y me hiciste llegar hasta las Pirámides.

—Bueno, no te aconsejo que me sigas a donde voy ahora. —Jean se quedó en silencio. No había mucho que decir—. De todas formas siempre fui un poco gallina. Seguramente cuando eras pequeña

pensabas que era un individuo valeroso. Era igual de gallina que ahora. Siempre huyendo. Siempre corriendo. Nunca fui valiente.

—No hay valentía si no hay miedo —dijo Jean con convicción. No quería que tío Leslie cayera en la autocompasión.

—Quizá no —dijo tío Leslie. Sus ojos se habían cerrado; esbozó una sonrisa desmayada y amarilla—. Pero puedo decirte una cosa. Puedes tener el miedo y no la valentía.

Jean no supo qué decir, hasta que recordó un pequeño refugio rústico que era como una casita de pájaros demasiado grande.

—Leslie, cuando íbamos al Viejo Cielo Verde…

—¿Ah, piensas que es allí donde van los viejos golfistas después de morir? —Otra vez ella no supo qué decir— No, está bien, pequeña Jeanie. Los viejos golfistas nunca mueren, solo pierden las bolas.

—Cuando íbamos al Viejo Cielo Verde hacías el truco del cigarrillo.

—¿Cuál era ese?

—Te fumabas un cigarrillo entero sin dejar caer la ceniza. Inclinabas la cabeza hacia atrás lentamente hasta que toda la ceniza se mantenía en equilibrio.

—¿Yo hacía eso? —Leslie sonrió. Al menos le quedaba algo escondido, algunos secretos. En general, lo único que la gente quería saber de los que se encontraban en su posición era qué se sentía al morir—. ¿Y quieres saber cómo era el truco?

—Sí, por favor.

—El truco está en pinchar una aguja en el centro del pitillo. Todo lo de inclinar la cabeza es para que parezca más real. Por el mismo motivo no hay que hacerlo si hay brisa, o al aire libre, si puedes evitarlo, y harás que todo el mundo contenga la respiración. Hay que hacerles creer que si no se portan bien lo estropearán. Eso siempre ayuda. Probablemente podrías fumártelo boca a abajo en plena ventisca sin que cayera la ceniza. No es que lo haya intentado. Pero no es lo mejor que puedes fumar. No puedes dejar de pensar que te sabe a metal.

—Leslie, eres un viejo listo.

—Bueno, hay que guardarse algo en la manga, ¿no?

En la segunda visita Leslie parecía más débil, y pidió ver a Gregory. Desde los cinco años —edad en que Leslie reconoció

oficialmente su existencia— su sobrino nieto fue el destinatario de una enigmática serie de regalos navideños. A los seis le llegó un juego de construcciones de marquetería; a los siete una serie de postales estereoscópicas sin el visor; a los diez, la caja del Lysander sin el tren de aterrizaje; a los once, una bomba para bicicletas; a los doce, tres pañuelos de lino con la inicial H. No hay más que una letra, había pensado Jean. Cuando tenía catorce años recibió cierta cantidad de moneda francesa caducada veinte años atrás, que hizo que le trataran como a un estafador incompetente cuando trató de cambiarlas en el banco; y a los veintiuno le envió una foto de tío Leslie tomada muchos años atrás, probablemente en América. Después de cierta decepción inicial, Gregory comenzó a sentirse orgulloso de sus regalos; para él no indicaban descuido de parte de quien los hacía, sino todo lo contrario: la determinación de otorgar a su sobrino nieto algo enteramente propio de tío Leslie. En esto nunca fallaban. Durante varios años Gregory llegó a sentir un íntimo temor ante la posibilidad de que apareciera el visor estereoscópico, o que su madre le diera uno. Eso lo habría arruinado todo.

La señora Brooks, con quien Leslie se había alojado durante casi cinco años, era una mujer flaca e insulsa que por algún motivo desconocido siempre estaba gritando. No era cosa de sordera, como probó una vez tío Leslie haciendo funcionar su radio a bajo volumen y observando su reacción; era simplemente un hábito no corregido durante tanto tiempo que nadie sabía su origen, o a nadie le importaba.

—ESTÁ QUE DA PENA VERLE —bramó hacia la calle cuando abrió la puerta a Gregory—. NO VEO QUE MEJORE —rugió por todo el bajo y el primer piso de su establecimiento mientras ayudaba a Gregory a quitarse el abrigo. Afortunadamente, la habitación de tío Leslie estaba en el último piso: era un gran ático cuya tendencia a recalentarse en verano y cuya proximidad al gorgoteo de los depósitos de agua le servían de argumento cuando llegaba el momento de negociar su renta putativa.

Gregory consiguió con inequívocos ademanes que la señora Brooks se quedara en el piso de abajo. Después golpeó suavemente la puerta del ático y entró. Nunca antes había visitado a Leslie en su covacha, y nada más penetrar sintió una extraña nostalgia: claro,

pensó, de aquí salieron todos mis regalos de Navidad. El lugar se asemejaba a un almacén de donativos en horas bajas: había una serie de prendas que manifiestamente no servirían a una misma persona; tres botes de limpiador Hoover y los restos de un cuarto, un florero de cristal tallado con una espumosa marca amarillenta de la mitad para arriba; libros de bolsillo esparcidos, con una esquina cortada y precios en chelines y peniques; una máquina de afeitar Electrolux muy antigua, de color rosa nacarado, metida en su caja, un diseño tan pasado de moda que parecía otra cosa, tal vez un dispositivo sexual de impopular utilidad; una pila de platos que no hacían juego entre sí, varias maletas cuya capacidad conjunta sobrepasaba con mucho el contenido de la habitación, y una lámpara corriente que estaba encendida aunque fueran las once de un día de primavera.

—Querido Muchacho —murmuró Leslie, arreglándoselas para poner en mayúscula el «Muchacho», y haciendo que Gregory pensara que era un término reservado a la gente muy mayor— Querido Muchacho.

Gregory ignoró el cesto de esparto para la ropa con la tapa desfondada que parecía servir de asiento y se sentó en la cama de su tío. En estas ocasiones no sabía qué decir, suponía que era una de «estas ocasiones», pero no importaba, ya que Leslie, aunque estuviera en silencio varios minutos seguidos, en cierto modo siempre se hacía cargo. Estaba pesando en la señora Brooks.

—¿Te ha contado cómo la obligué a dejarme morir aquí?

Gregory sabía cómo consolar a su tío.

-No.

—Le dije que si no me dejaba tendría una conversación con los del Impuesto sobre la Renta.

—Leslie, viejo villano. —Gregory pensó que era el cumplido más amable que podía haber imaginado; Leslie lo tomó como tal, y le tocó la nariz con un dedo de la mano. Parecía demasiado débil para darle una palmadita.

—Vaya una idiotez, tener que fingir que era mi cuñada-perdida-hace-años o algo parecido. Solo así me admitieron en el hospital. «De acuerdo —le dije—, luego reclame el cuerpo». En el hospital aquello no les gustó nada. Tómate una pildorita, muchacho. —Hizo un gesto en dirección a la fila de tubos de plástico que había junto a

la cama. Gregory rehusó con la cabeza—. No puedo culparte, mozo. Yo tampoco las tomo.

Se quedaron un rato sentados en silencio, Leslie con los ojos cerrados. Tenía el pelo tan negro como siempre —Gregory pensó que tal vez en su bolsa de tocador tuviera alguna poción a precio de oferta— pero sus cejas estaban totalmente blancas, y el bigote mitad y mitad. La piel amarilleaba y caía despegada de los huesos de la cara; aun en reposo había algo en su expresión que le daba encanto. Parecía uno de esos voceadores de las ferias que te invitan a ver a la Mujer Barbuda. Cuando has entrado sabes que la barba de la dama está simplemente pegada, y él sabe que lo sabes, y tú sabes que él sabe que lo sabes, pero de alguna manera resulta imposible reprochárselo. «No se pierdan a la Mujer Barbuda», te encuentras a ti mismo anunciando mientras te abres paso entre la multitud dubitativa. «La mejor Mujer Barbuda al sur de la Muralla de Adriano».

De vez en cuando Leslie decía alguna cosa, intentando abrir los ojos al tiempo que la boca. No volvió a hablar de su muerte, y Gregory supuso que el tema estaba cerrado. Dijo unas palabras sobre Jean, y en un determinado momento le confió a Gregory: «Era bastante buena gritando, tu mami», antes de cerrar de nuevo los ojos.

Gregory se preguntó a qué se refería. Tal vez «gritar» significaba otra cosa. Debía de ser una expresión de antes de la guerra. Lo comprobaría si se acordaba.

Después de un rato deseó decirle a Leslie lo mucho que lo había querido, y cómo había disfrutado con esas historias de la época de la guerra que no gustaban a su madre. Pero le pareció que sería de poco tacto, casi cruel. En vez de eso, murmuró: ¿Recuerdas las postales estereoscópicas que me mandaste? El otro día estaba pensando en ellas».

—¿Las qué?

—Las postales. Una especie de diapositivas, solo que hay una a cada lado. Las metes en un visor y si lo diriges hacia la luz ves fotos de parques africanos, o del Gran Cañón. Solo que… solo que nunca me mandaste el visor. —Pese a intentarlo, Gregory no logró evitar una nota de queja en la voz, aunque interiormente no sentía tal cosa.

—Uh —dijo Leslie con los ojos firmemente cerrados—, uh. —¿Estaba acusando su propia maldad o la ingratitud de su sobrino? Lentamente, los ojos se abrieron y se dirigieron más allá de los hombros de Gregory—. Si buscas por ahí probablemente encuentres lo otro.

—No. No, tío, de verdad. No…, no quiero lo otro, en realidad.

Un ojo se mantuvo levemente abierto, le recorrió, le juzgó demasiado bobo como para hablar, y se cerró.

—Quédate la máquina de afeitar a cambio.

—¿Qué?

—He dicho que te quedes la máquina de afeitar a cambio.

Gregory miró hacia el final de la pila de cajones. La Electrolux brillaba rosadamente ante él.

—Muchas gracias. —Se daba cuenta de que era el regalo perfecto.

—Si no te la llevas, ella no dudará en quedársela para hacerse las piernas.

Gregory hizo una mueca, y una desmayada sonrisa pellizcó sus labios. Contempló la cara de feriante de su tío. Finalmente, sin abrir los ojos, su tío pronunció las últimas palabras que Gregory le oyó decir.

—Esto no es como el Mercado Común, ya sabes.

Desde luego. Gregory se incorporó, puso la mano abierta sobre el hombro de su tío, la apretó lo más suavemente que pudo, recogió la máquina de afeitar de la pila de cajones, la escondió en el bolsillo por si la señora Brooks pensaba que la había robado (que es precisamente lo que hizo al descubrir que faltaba), y se fue.

Después de la muerte de Leslie, Gregory ayudó a la señora Brooks a limpiar el ático.

—SERA MEJOR MANDARLO TODO A OXFAM —gritó, alertando a todo el segundo y el tercer piso de su establecimiento. Al mover la cama, Gregory puso el pie sobre algo que crujía abiertamente. Era una pequeña bolsa de pescado y patatas fritas arrojada allí hacía tres meses y ya con el aceite seco. Gregory la levantó y miró a su alrededor en busca de una papelera. No había ninguna. Toda esta basura, pensó, y no hay dónde tirarla.

En la oficina, mientras regateaba con todos los que buscaban dinero a cambio de su defunción, Gregory volvió a pensar en la vida

y la muerte de tío Leslie. El comportamiento de Leslie en aquella última visita no solo le había afectado, sino que estaba muy impresionado. En cuanto Gregory llegó, había mencionado la inminencia de su muerte, convirtiéndola en un chiste, para luego cambiar de tema. No la convirtió en una despedida, aunque evidentemente eso es lo que era; no se permitió ninguna autocompasión, ni hizo brotar las lágrimas de su visitante. Todo ello había hecho la muerte de Leslie menos traumática de lo que podía haber sido. Gregory suponía que Leslie, a falta de una expresión mejor, se mostró valiente.

Esta muerte parecía significar algo. Leslie, que salió huyendo de la guerra, que había sido un vago y un gorrón, a quien hasta Jean hubiera llamado golfo de no ser un miembro de la familia, había muerto con valor, incluso con gracia. ¿No estaba todo demasiado claro, no había demasiada moralidad en todo ello? Después de todo, no estaban tan seguros de que realmente Leslie huyera de la guerra, eso era solo lo que decía el padre de Jean; el propio Leslie se refería a esos tiempos como «cuando estaba en Estados Unidos». Tampoco sabían si aquel sistema de vida suyo a base de trueques fue fruto de la desgracia; y Gregory en realidad no sabía cómo había muerto Leslie, cómo había sido el final. Tal vez las píldoras le liberaron del dolor, en cuyo caso ¿podría decirse que había estado valiente? Bueno, sí, al encarar la seguridad de tu propia muerte. Pero tal vez había píldoras para librarte de esa seguridad, para purgarla y endulzarla. Gregory confiaba en que las hubiera.

¿Entonces, qué era una buena muerte? ¿Era aún posible tener una buena muerte, o era una ilusión creer que en el pasado había habido buenas muertes, muertes valientes, estoicas, consoladoras, afectuosas? «Una buena muerte», ¿no era una de esas expresiones que de hecho no tienen que ver con aquello que nombran, como cuando se habla de un animal inexistente, por ejemplo de un cocodrilo con alas? O tal vez una buena muerte era solo esto: la mejor muerte que cabe tener en tus circunstancias, aparte del auxilio médico. O si no, aún más sencillo: una buena muerte era cualquier muerte que no fuera empantanada por la agonía, el miedo y la protesta. Según ese criterio —en realidad, según cualquier criterio— tío Leslie había tenido una buena muerte.

* * * * *

Jean se acordaba de China. Tal vez por esta razón allá nunca se sintió tan extranjera como esperaba: porque estar en China era como vivir con un hombre. Los hombres hacían juegos de manos con carpas de oro y querían que te quedaras impresionada. Los hombres te daban abrigos de piel de perro. Los hombres inventaban bonsais de plástico. Los hombres te daban minúsculos libros de direcciones que suponían que colmaban tus necesidades. Los hombres estaban en lugares muy primitivos: iban al mercado con cerdos atados a las ruedas traseras de sus bicicletas. Y sobre todo estaba la manera en que te hablaban los hombres. En los tiempos asiáticos. El templo fue arrepentido. Cultivamos señoras. Aquí está el centro de los llantos. Te hablaban a través de un megáfono aunque solo estuvieras a dos metros de distancia. Y cuando fallaban las pilas, seguían prefiriendo hablar a través del aparato antes que adoptar el delicado equilibrio de la voz. O si no, te hablaban desde el extremo opuesto de una pared cóncava, y estirando el cuello podías discernir de mala manera su voz entre docenas de voces. Y cuando hacías las preguntas más sencillas —¿No quiere ir a Shanghai?— no te contestaban. Fingían que en la pregunta había un error. Eso no es una pregunta. ¿Por qué pregunta una cosa así? No hay respuesta porque no hay pregunta. Aquí está el centro de los llantos. Ponga el dedo encima del nudo y ayúdeme a atar el cerdo. El templo fue arrepentido. En los tiempos asiáticos. No olvide que vivimos en tiempos asiáticos; siempre hemos vivido en tiempos asiáticos.

Tercera parte

La inmortalidad no es algo aprendido

KIERGEGAARD

¿Cómo distinguir una vida buena de una vida mala, de una vida desperdiciada? Jean recordó a la oficiala de la fábrica de jade en China a la que preguntaron cómo distinguir el jade bueno del malo. La respuesta vino a través de un intérprete y a través de un megáfono que no funcionaba: «Hay que mirarlo y al mirarlo ver calidad». En estos días, la respuesta ya no le parecía tan evasiva.

Jean se había preguntado muchas veces cómo sería hacerse vieja. Cuando estaba en los cincuenta, todavía sintiéndose en los treinta, escuchó en la radio la charla de un gerontólogo. «Póngase algodón en los oídos —había dicho— y piedrecitas en los zapatos. Póngase guantes de goma. Unte vaselina sobre sus gafas y ya lo tendrá: envejecimiento instantáneo».

Era una buena fórmula, pero naturalmente tenía un fallo. Nunca envejeces instantáneamente; nunca tienes una memoria capaz de comparar con precisión. Cuando volvía la vista atrás sobre los últimos cuarenta de sus cien años, tampoco le parecía que inicialmente, ni siquiera principalmente, fuera una cuestión de privación sensorial. No envejeces primero a tus ojos, sino a los ojos de los demás; luego, lentamente, aceptas la opinión que de ti tienen. No era que no pudieras caminar tanto como antes, era que los demás no lo esperaban de ti; y si no lo esperaban, insistir era una vana obstinación.

A los sesenta se sentía todavía una mujer joven; a los ochenta se sentía una mujer de edad mediana en la que algo fallaba un poco; ya cerca de los cien había dejado de preocuparle si se sentía o no más joven de lo que era: no parecía tener sentido. Le aliviaba no tener que pasar el día en la cama, como le habría sucedido en otros tiempos; pero, en general, ella presuponía los avances médicos que se produjeron durante su vida. Cada vez más vivía dentro de su cabeza, y estaba contenta de hacerlo. Recuerdos, había demasiados

recuerdos; corrían por su cielo como las nubes en Irlanda. Sus pies parecían alejarse un poco más de sus manos con cada año triunfante; las cosas se le caían, tropezaba, pasaba miedo; pero lo que percibía más claramente era la afectada paradoja de la vejez: que para todo parecía necesitar más tiempo que antes y, a pesar de ello, el tiempo parecía pasar más deprisa.

A los ochenta años, Jean empezó a fumar. Por fin se decretó que los cigarrillos estaban libres de todo riesgo, y después de la cena se encendía uno, cerraba los ojos y aspiraba sabrosos recuerdos del siglo pasado. Su marca favorita era Números, un cigarrillo que al ser presentado venía dividido en dieciocho unidades fumables separadas por una línea de puntos. Cada unidad estaba numerada del uno al dieciocho, una delicadeza del fabricante para ayudar a la gente a saber cuánto de su cigarrillo habían consumido. Sin embargo, un par de años después, durante un verano en que fue difícil encontrar operadores para la sala de computadoras, tuvo lugar una discusión (que según el fabricante se les fue de las manos) sobre si era paternalista y opresivo numerar los Números. Finalmente, tras un resultado del ocho por ciento en sondeos nacionales y unos pocos incidentes desagradables (el coche del director de marketing fue pintado de cabo a rabo con líneas de puntos y dividido en dieciocho secciones), los fabricantes accedieron a producir Números sin numerar.

Aun así, Jean siguió pensando automáticamente que su cigarrillo tenía dieciocho caladas. Seis, seis y seis; después de cada uno de los tres grupos lo dejaba a un lado. Las seis primeras caladas la colmaban de repentino placer, era como un nuevo soplo de vida. Las seis segundas eran menos activas, ella se forzaba por mantenerse en la altiplanicie a la que ingenuamente había ascendido sin dificultad; las seis últimas tenían una vena de pánico: observaba cómo el fuego le llegaba casi hasta los dedos, y a veces intentaba sacar siete de seis. Pero esto no cambiaba mucho las cosas.

A Jean también le gustaba sentarse al sol. Tal vez, pensaba, tenía que ver con la piel: como se le estaba poniendo correosa, moteada y reptil, hacía que empezara a comportarse como un lagarto. A veces se ponía un par de guantes blancos para no tener que mirarse a las manos.

—¿Tienes la piel irritada? —preguntaba Gregory.

—Trato de tapar mis salchichas vegetarianas.

Gregory, que se acercaba a los sesenta, todavía tenía la cara redondeada y amable que Jean recordaba de los días en que viajaban juntos, y a veces una mirada inesperada e intensa de su ojo le recordaba las cosas que había contemplado durante su vida: su escuadrilla de aeroplanos de brillantes colores, su ajedrez computerizado, sus pálidas amigas. Pero ahora solo la memoria le rejuvenecía. Tenía el pelo gris, sus redondas gafas doradas parecían de anticuario, y sus modales cuidadosos y burlones tenían cada vez más algo de envejecida pedantería. Gregory iba al trabajo dos veces a la semana, jugaba con el CGP, se sentaba en su habitación a escuchar jazz. A veces ella pensaba que una mañana su vida amaneció cubierta de niebla y esta ya nunca se levantó del todo.

Jean ya no se preocupaba de mirarse en el espejo. No era por vanidad, sino por falta de interés. Lo único que podía intrigarte o alarmarte eran los muchos estiramientos de la carne; uno más no era una gran novedad. Se recogía el pelo en un moño suelto; estuvo varios años sin lavárselo, y sus canas habían adquirido un tono amarillento. Qué extraño, pensaba: de niña era aproximadamente rubia; ahora, en mi segunda infancia, se me permite un segundo y falso color amarillo. Había encogido cuatro o cinco centímetros respecto a su altura en la madurez, iba un poco encorvada, y cuando se movía por la casa se agarraba a los muebles. Hacía ya mucho que no prestaba atención a los hechos públicos, su propio carácter le parecía menos importante que en otros tiempos; sus ojos habían perdido algo de azul adquiriendo el gris lechoso de un cielo matinal todavía indeciso. Era como si hubiera un pequeño fallo en el suministro de oxígeno: las cosas se iban haciendo más lentas y más generales. La diferencia estaba en que ella lo sabía, y no podía compartir la alegría ignorante de aquellos aviadores hace mucho tiempo muertos que parodiaban la vejez mientras se lanzaban hacia el sol.

Alguna vez Gregory intentó presentarle a otras personas de edad muy avanzada, y se vio decepcionado por su falta de entusiasmo. «Nunca me han interesado los viejos —le explicaba—, ¿por qué iban a empezar a interesarme ahora?».

—¿Y por qué… no habláis de los viejos tiempos o algo así?

—Gregory —replicó ella con una seguridad que era casi severa —, no *me* interesan *sus* viejos tiempos, y en cuanto a los míos, los guardo para mí misma. Podrás interesarte por los viejos cuando seas viejo tú mismo.

Gregory sonrió. ¿La vejez? Ni siquiera tenía una póliza de seguro de vida. La empresa le había ofrecido una tarifa especial, por supuesto, pero él la rechazó. La gente decía que un agente de seguros sin póliza era como un carnicero vegetariano. El chiste no le hizo cambiar de idea. Negaba con la cabeza y se decía a sí mismo que había cierta lógica en ser un carnicero vegetariano: si te pasas el día cortando animales es perfectamente posible que no quieras ir a casa y encontrártelos para cenar. Incluso si obtenías la carne cortada a bajo precio.

Cuando rondaba los cincuenta empezó a cavilar en torno al suicidio. Era un cavilar tranquilo, casi le hacía compañía; no era el clásico melodrama con relámpagos atravesando un cielo de papel carbón, sino una discreta y decidida línea de pensamiento. Tal vez tuviera algo que ver con no tener el seguro de vida, cuyos términos hubieran impedido la acción de la melancolía, y presumiblemente también hubieran frenado la especulación de la melancolía. O tal vez solo fuera que el suicidio había estado muy de actualidad en la primera década del siglo. Se decía que mucha gente se enamoraba solo porque oía que se hablaba del amor; lo mismo podía ocurrir con el suicidio.

Todos los viejos que se mataban. Gregory recordaba aún algunos de sus nombres: Freddy Page, David Salisbury, Sheila Abley. Aparte del nombre por todos conocido: Don Johnson. Posiblemente, la prensa y la televisión no habían comprendido los primeros Suicidios de Viejos. Los editorialistas señalaban que hacía ocho años que la eutanasia era legal, que el Estado proporcionaba las mejores facilidades de Europa para tener un dulce final; ¿por qué esta gente se mataba siguiendo esa moda tan pública y ruidosa, a no ser que estuvieran seriamente perturbados? En cuyo caso, debemos incrementar el Servicio de Orientación Geriátrica en sus zonas, y repartir más folletos explicando lo del dulce final.

Pero la campaña solo logró un aumento en la tendencia. Hubo un Mártir de los Viejos el primer día de cada mes entre marzo y septiembre de 2006, apareció el comité coordinador de los SV;

mientras, los periódicos descubrieron que las noticias sobre los viejos, si se trataban de forma suficientemente dramática, no disminuían necesariamente la tirada. Cuando fue intervenido el teléfono del comité pro SV, ello incluso les favoreció: la opinión pública rechazaba de forma generalizada que se espiaran los teléfonos de los viejos.

El uno de octubre, el popular comentarista de cricket Mervyn Danbury se pegó un tiro en el Museo de la Catedral de St Paul sosteniendo una felicitación de cumpleaños firmada por el primer ministro. Al poco tiempo, el comité pro SV elaboró su primera lista de demandas, recogidas —o al menos eso se decía— a través de una encuesta telefónica secreta por ordenador que resumía la opinión del treinta y siete por ciento de los mayores de setenta años. Las demandas eran las siguientes. 1/ Suprimir toda publicidad a favor del dulce final. 2/ Cerrar todos los asilos de ancianos. 3/ Eliminar del vocabulario oficial la palabra geriatría y todas sus derivadas. 4/ En el futuro a los viejos se les llamará viejos. 5/ Se querrá más a los viejos. 6/ Se establecerán una serie de recompensas especiales para reconocer la sabiduría y los logros de los viejos. 7/ Creación del Día de los Viejos, a celebrar una vez al año. 8/ Discriminación a favor de los viejos en el trabajo y el alojamiento. 9/ Suministro gratuito de drogas para los mayores de ochenta años.

Al principio el gobierno dijo que se negaba a negociar bajo presión, pero entonces Don Johnson se pegó fuego ante las garitas de los centinelas de Buckingham Palace. En la primera página de todos los diarios aparecieron fotografías de su silla de ruedas ennegrecida con la triste masa de carne consumida. La campaña de desprestigio lanzada por el gobierno, tratando de establecer que Johnson era un carácter inestable e indeseable y que probablemente había sido asesinado en una riña, erró su objetivo. La mayoría de las demandas del comité fueron concedidas en pocas semanas como signo de arrepentimiento por su escepticismo inicial, el gobierno llegó a sugerir que el Día de los Viejos fuera llamado el Día de Don Johnson. La televisión ayudó a que los viejos no solo fueran aceptados, sino que llegaran a ponerse de moda; hubo una subida del número de matrimonios de gente vieja con parejas muy jóvenes, se emitieron sellos con retratos de Viejos Famosos, se instituyeron los Juegos de los Viejos y Gregory invitó a su madre a vivir en un

cuarto pequeño y soleado en la parte trasera de su casa.

Tuvo que oír los clásicos chistes: espera que te conviertas en una videoestrella y que le pongas en tu programa, va a por tu fondo gratuito de drogas, etcétera. A veces le preocupaban los motivos de Gregory; pero en cuanto se preguntaba si había que forzar la bondad de la gente, contestaba inmediatamente que por supuesto, que era la única manera de que la mayoría de la gente llegara a tenerla. De hecho, ella y Gregory nunca hablaron de sus motivos para invitarla, ni de los de ella para aceptar.

* * * * *

El Computador General de Proyectos fue comenzado en 1998 tras una serie de investigaciones gubernamentales. Previamente, a finales de los ochenta, había habido varios esquemas piloto que buscaban poner la totalidad de los conocimientos del hombre en un registro fácilmente accesible. El Proyecto Funleam de
1991-2
, con presupuestos y subvenciones oficiales, fue el más conocido de estos esquemas; pero la pureza de sus principios quedó impugnada cuando fue asociado a una campaña gubernamental contra el uso infantil de los videojuegos. Algunos llegaron a acusar a Funlearn de didactismo.

Inevitablemente, los primeros esquemas tenían un sentido libresco; eran intentos de crear la biblioteca definitiva y perfecta, donde los «lectores» (como todavía, arcaicamente, se les conocía) pudieran tener acceso a todos los conocimientos acumulados por el mundo. Sin embargo, surgieron objeciones en el sentido de que estos esquemas tenían un sesgo demasiado escolar: los que estaban acostumbrados a utilizar los libros podrían ahora usarlos mejor, mientras que los que no lo estaban quedarían en mayor desventaja aún. Tres informes gubernamentales de mediados de los noventa sugirieron que se requería una forma de uso más democrática para que alguno de estos esquemas piloto obtuviera el completo respaldo estatal.

Por tanto, el CGP fue construido para que fuera un centro de información; el interesado no solicitaba títulos de libros sino categorías temáticas. Las fuentes, aunque en la fase de entrada de

datos eran importantes para establecer la fiabilidad de los hechos, se consideraron irrelevantes en la fase de salida de información, y fueron por tanto suprimidas. Los instruidos proclamaron que tal ausencia de bibliografía de apoyo invalidaba totalmente el programa CGP, pero los demócratas los tacharon de melodramáticos, y arguyeron que esta supresión erradicaría la vanidad de los escritores, o proveedores de fuentes, como empezó a llamárseles. Convertir la información en algo anónimo era, decían, como ordeñar el veneno de la serpiente. Solo ahora los conocimientos iban a ser verdaderamente democráticos.

El CGP, abierto finalmente en 2003, almacenaba todo lo que contenían los libros publicados hasta entonces en las diversas lenguas; los investigadores habían vaciado los archivos de radio y televisión, librerías y videotecas, los periódicos, las revistas, la memoria de la gente. TODO LO QUE SE SABE rezaba el eslogan grabado en una videopantalla de piedra sobre las entradas del cuartel municipal del CGP. Los instruidos se quejaban de que en determinadas áreas la información almacenada era defectuosa, y de que el concepto de «Conocimiento total» no tenía nada que ver con lo que ellos llamaban los «Conocimientos correctos»; los cínicos observaban que lo único que no se le podía preguntar al CGP era cuáles eran sus fuentes, principios y personal; pero los demócratas estaban felices, y cuando se les invitaba a participar en el debate sobre el conocimiento total frente al correcto hablaban de ángeles bailando sobre la cabeza de un alfiler. Por supuesto, el CGP servía para hacer apuestas y conocer los resultados futbolísticos, pero eso no tenía nada de malo. Lo que es más importante, permitía que se estableciera un nuevo tipo de clases nocturnas más personalizadas y flexibles. Por encima de todo, a los demócratas les confortaba la idea del CGP como depósito final de información, como oráculo de los hechos.

El CGP no solo era democrático en el input sino también en el output. Dabas como clave tu número de la seguridad social, y el output se ajustaba a tu nivel de comprensión. Este aspecto inicialmente discutido del CGP fue rápidamente aceptado como necesario. Se decía que el CGP analizaba las preguntas que le introducías e iba haciendo una continua evaluación de tu nivel de comprensión, lo que luego era utilizado, cuando era necesario, para

poner al día tu ficha de la seguridad social; pero esto nunca fue confirmado. La gente, especialmente los demócratas, aprendió a fiarse del CGP; le tomaron cariño. Algunos le tomaron más que cariño, y en los tribunales de divorcio se citaron casos de adicción al CGP.

La leyenda empezó a crecer gradualmente, como la hiedra, en torno a este silo de los hechos. Se dijo que, además del democrático modificador de la salida, había un dispositivo que permitía a operadores secretos entrar en los circuitos y alterar las respuestas. Se dijo que la manera de conseguir las mejores respuestas del CGP era mentir al hacer la pregunta. Se dijo que había una conexión entre el CGP y el New Scotland Yard III, y que los que proponían preguntas sospechosas (¿dónde está la colección de plata más valiosa perteneciente a alguien que esté de viaje?) eran detenidos al salir del edificio.

Sin embargo, la mayor parte de las leyendas surgieron en torno a una función del CGP llamada LVA. Fue añadida en 2008 como nueva categoría informativa, después de un breve período de intensas y misteriosas negociaciones. LVA correspondía a La Verdad Absoluta. En los lejanos días de las bibliotecas había estanterías secretas para obras (obscenas, blasfemas o políticamente comprometidas) que solo se podían examinar tras una solicitud personal; ahora el CGP tenía una categoría informativa cuya clave solo se obtenía con un permiso especial. Los cínicos hicieron la comparación histórica y proclamaron que ahora la verdad era una obscenidad blasfema sujeta a manipulación política; pero los demócratas se reafirmaron en el inalienable derecho del ciudadano a conocer las más serias especulaciones y conclusiones disponibles en la actualidad.

Como LVA era un añadido posterior al CGP, en el manifiesto no se recogía su existencia. Algunos ni siquiera creían que la función existiera. Otros creían que existía pero no les interesaba demasiado. Casi todo el mundo conocía a alguien que conocía a alguien que había recurrido o pensaba que había recurrido a LVA; pero nadie parecía conocer a nadie que de verdad lo hubiera hecho. Los cínicos sostenían que hacía falta presentar un certificado médico, una declaración de intenciones y un permiso firmado por tres miembros de tu familia; los demócratas replicaban que naturalmente en la sala

de LVA había a disposición del público impresos para declaraciones e identificaciones, pero eso no debía dar lugar a que se sacaran conclusiones.

En diversos círculos confidenciales se aseguraba que varios usuarios de LVA se habían vuelto locos; que la consola tenía adosado un botiquín farmacéutico y que los demandantes recibían no solo hechos y opiniones sino también provisiones de drogas, pastillas para dormir e incluso tabletas para el dulce final; que personas de buena salud habían acudido al CGP decididas a preguntar por LVA y nadie había vuelto a verlas.

Nadie sabía siquiera qué era lo que LVA sabía o hacía. Algunos pensaban que te daba opciones vitales, como una sofisticada oficina de orientación universitaria; otros que estaba especializada en cuestiones existenciales; otros, en fin, que de alguna forma te Permitía practicar el puro ejercicio de la libre voluntad: como aquellas cabinas de simulación de vuelo en las que adiestraban a los pilotos de líneas aéreas. Podías aprender a despegar y a aterrizar o,si lo preferías, a estrellarte. Se difundió el rumor de que los fondos de LVA venían de la misma fuente que los del consejo del dulce final en los años noventa; pero nadie podía asegurarlo A la mayoría de la gente le gustaba saber que LVA estaba ahí por si alguna vez la necesitaban; pero pocos estaban por la labor de intentarlo. Se parecía a cuando hay que hacer una larga parada en el cricket: es más para mantener la calma mental del jugador que para algún uso regular.

Durante una temporada «Has hablado como LVA» se convirtió en una frase al uso, aunque curiosamente nadie tenía idea de cómo hablaba LVA. Todos estaban de acuerdo en que sus respuestas estaban redactadas de modo diferente de las demás del CGP; se creía que eran muy claras, y hasta que estaban expresadas poéticamente. Había quien decía que se habían reclutado escritores para crear una voz especial para LVA, resonante y ambigua al mismo tiempo. Había quien decía que LVA hablaba en verso, había quien decía que LVA hablaba en un lenguaje infantil.

—Cuando era niña —dijo Jean a Gregory después de fumarse el cigarrillo de la tarde—, solía hacerme preguntas en la cama. Supongo que lo hacía en vez de rezar: no tenía valor para rezar. No sé durante cuánto tiempo lo hice, siento como si lo hubiera hecho

toda mi infancia, pero creo que debió de durar un año o dos.

—¿Qué preguntas?

—Oh, no las recuerdo todas. Recuerdo que quería saber si habría un museo del sandwich, y si lo había, dónde estaba. Y por qué a los judíos no les gusta el golf. Y cómo sabía Mussolini por dónde iban a venir los tiros. Y por qué el cielo estaba al final de la chimenea. Y por qué el visón es excesivamente afecto a la vida.

—¿Y obtuviste alguna respuesta?

—No estoy segura. No recuerdo si realmente obtuve las respuestas o si dejaron de interesarme las preguntas. Diría que cuando crecí me di cuenta de que el museo que imaginaba, que exhibía el sandwich de huevo y berros de la reina Victoria, era una idea más bien idiota; y averigüé que a los judíos les gustaba el golf, lo que pasaba es que a los golfistas no les gustaban los judíos, y en cuanto a lo del cielo en la chimenea me da la impresión de que entendí que hay que reescribir ciertas frases para obtener una respuesta de ellas. —Hizo una pausa, y lanzó la mirada hacia Gregory—. Y nunca logré averiguar por qué el visón es excesivamente afecto a la vida. Me preocupaba mucho. Yo pensaba: tal vez por eso son tan caros los abrigos de visón, porque la piel es de un animal que ha renunciado a la vida con gran renuencia. Como los minerales que son valiosos por ser difíciles de extraer. Recuerda las granjas-criaderos de visones.

Gregory frunció el ceño. No podía acordarse. Habían pasado tantas cosas desde que se restauró la fauna.

—Siempre me intrigaron los criaderos de visones. Sobre todo, cómo los mataban. Tendrían que intentar no dañar la piel, después de todo. No creo que les conviniera estrangularlos. Tal vez los gaseaban, como a los tejones.

Gregory no lo sabía. Ni siquiera recordaba que se gaseara a los tejones. Qué bárbaro había sido el pasado, los finales no habían sido dulces ni para los tejones.

Al día siguiente, en el CGP, buscó en el apartado HISTNAT.

«Visón», tecleó.

LISTO.

«¿Por qué es el visón excesivamente afecto a la vida?».

Una pausa, un destello verde: ESPERE, y en unos segundos la respuesta: NO ES UNA PREGUNTA.

Pero bueno, pensó Gregory. Qué fácil. A veces este silo de conocimientos era verdaderamente avariento con su grano. Pero aún podías embaucarlo repitiendo simplemente la pregunta.

«¿Por qué es el visón excesivamente afecto a la vida?».

NO ES UNA PREGUNTA

Bueno, bueno, vamos al principio.

«¿Es difícil matar a un visón?».

MATANZA DE ANIMALES SALVAJES PROHIBIDA POR ESTATUTO…

Gregory marcó Interrupción. Empezó de nuevo.

«¿Cuándo fueron prohibidos los criaderos de visones?».

1998.

«Solicito información sobre criaderos de visones». Esperó unos diez segundos.

LISTO.

«¿Cómo mataban al visón en los criaderos de visones?».

VARIOS SISTEMAS. ESPECIALMENTE ENVENENAMIENTO, GASEADO, A VECES MECÁNICO. TAMBIÉN ELECTROCUCIÓN.

Gregory se estremeció. Los brutales tiempos pasados.

«¿El visón tardaba mucho en morir?».

ELECTROCUCIÓN 2-3 SEGUNDOS…

Interrupción.

«¿Lucha el visón duramente contra la muerte?».

SI. ¿DESEA EJEMPLOS?

. Gregory no deseaba ejemplos. Ese era uno de los problemas del CGP: estaba tan repleto de información que siempre intentaba darte la mayor posible; como los pesados en las fiestas, trataba de apartarte de lo que te interesaba para poder presumir de lo que sabía.

«¿Por qué?».

¿POR QUÉ QUÉ? AMPLÍE.

«¿Por qué el visón lucha duramente contra la muerte?».

NO ES UNA PREGUNTA.

Bastardo, pensó Gregory. Bastardo. Pero insistió, tan afecto a su causa como el propio visón.

«¿Por qué el visón lucha contra la muerte más duramente que otros animales?».

DISCUT. CONSULTAR C37.

Gregory tecleó C37 sin demasiadas esperanzas. DISCUT significaba que la información a almacenar todavía era objeto de discusión entre los expertos mundiales. C37 le proporcionó un recorrido abreviado por el estado actual de la teoría evolutiva. Todo lo que le explicó, sin embargo, fue que la lucha instintiva del visón contra la muerte era una de las razones por las que había sobrevivido tan bien y tanto tiempo como especie. Con lo que no avanzaba nada.

Decidió no contarle a Jean las diversas formas de matar visones. No porque fuera a trastornarla; él mismo no quería volver a pasar por aquello.

—Le pregunté al CGP por qué el visón es excesivamente afecto a la vida.

—¿De verdad, querido? Eres muy considerado.

—Bueno, pensé que querías saberlo.

—¿Y qué dijo tu inteligente máquina de carga? —Jean esperaba la respuesta con cierto escepticismo; no creía en la sabiduría del computador. Estaba, lo admitía, irremediablemente pasada de moda.

—Dijo que eso no era una pregunta.

Jean rio. En cierto modo estaba complacida.

—Hace unos noventa años —dijo—, aunque ahora que lo pienso puede que haga un poco más, le pregunté a mi padre qué hora era. Dijo que eran las tres. Le pregunté por qué eran las tres y me contestó exactamente lo mismo. Se sacó la pipa de la boca, me señaló con la boquilla y dijo: «Jean, eso no es una pregunta».

Pero cuáles eran las verdaderas preguntas, se decía a sí misma. Las verdaderas preguntas eran solo aquellas cuya respuesta era conocida por aquellos a quien se las planteabas. Si su padre o el CGP podían contestar, la cuestión ya era una auténtica pregunta; si no, había que descartarla porque su base era falsa. Qué terrible injusticia. Porque estas preguntas, las que no eran preguntas, eran precisamente las que necesitabas que te contestaran más urgentemente. Durante noventa años quiso saber lo del visón. Su padre le falló, igual que Michael; ahora el CGP escurría el bulto. Así estaban las cosas. Realmente, los conocimientos humanos no avanzaban, solo lo parecía. Las preguntas serias siempre quedaban sin respuesta.

—Cuando estés con eso, querido, ¿podrías averiguar qué hacen con su piel después de muertos?

—¿De verdad, madre?

—No, en serio. —Jean estaba empezando a recordar tiempos que creía olvidados: ahora recordaba mejor los años lejanos que los recientes. Esto era normal, por supuesto, pero daba lugar a inesperados placeres. Gregory inclinándose sobre sus aeroplanos: ahora podía verle. Cubriendo el armazón de madera de balsa con papel de seda. El papel de seda se rociaba con agua y al secarse se estiraba. Luego lo pintaba y volvía a combarse y arrugarse. Gradualmente, después, conforme se secaba otra vez, se ponía aún más tenso y tieso.

Tal vez pasaba lo mismo con la piel. Al principio parecía ajustada y tensa, y según envejecías se combaba y se arrugaba como si te hubieran rociado con agua o te hubieran cubierto de pintura para aviones. Tal vez después de la muerte se secaba del todo y se ajustaba perfectamente a los huesos. Tal vez después de la muerte era cuando mejor aspecto tenías, tan guapo y terminado.

—Hazlo, Gregory.

—No. No lo haré. Es morboso.

—Claro que lo es. —Hubiera apostado a que tenía razón. Cuando exhumaban a la gente que se quedaba enterrada en los pantanos, ¿no tenían la piel seca y tirante, sin arrugas, como si la muerte les hubiera librado de todas las preocupaciones?— Bueno, quizá en vez de eso puedas averiguar qué pasó con los sandwiches de Lindbergh.

—¿Sandwiches?

—Sí. Lindbergh. Existió probablemente antes de que tú nacieras. Cruzó solo el Atlántico. Llevaba cinco sandwiches y solo se comió uno y medio. Toda mi vida me he preguntado qué ocurrió con el resto.

—Veré si el CGP puede hacer algo. —Desde luego, había veces que…

—No creo que pueda. No tengo una gran opinión de esa picadora tuya.

—Ni siquiera la has visto de cerca, madre.

—No, pero puedo imaginármela. Cuando yo era niña había algo parecido. Le llamaban el Hombre Memoria. Recorría las ferias y

sitios así. Podías preguntarle bagatelas antiguas —resultados de fútbol y eso— y te contestaba sin problemas. Si le preguntabas algo útil no servía para nada.

—¿Alguna vez le preguntaste algo?

—No, pero puedo imaginármelo.

* * * * *

¿Cómo muere la gente? Gregory solicitó las últimas palabras de los famosos. Los reyes se morían de dos maneras: o gritando «Villano, villano» mientras entraba el puñal del asesino, o bien ajustándose el calzón corto en la confiada esperanza de que pronto iban a entrar en otra corte que no sería muy diferente de la suya, tal vez ligeramente —ligerísimamente— mayor. Los clérigos morían bizcos: dejando caer un ojo en obediencia y alzando esperanzadamente el otro. Los escritores morían diciendo cosas de escritores, queriendo ser recordados, inseguros hasta el final de cuáles de entre todas las palabras por ellos escritas podían servir para la ocasión. Había una poetisa americana cuyas últimas palabras fueron: «Debo irme, se levanta la bruma». Todo está muy bien, pensó Gregory, pero hay que saber cuándo va a suceder. No puedes redactar cuidadosamente el guión de tu despedida y después seguir viviendo tranquilamente, tus últimas palabras conocidas serían entonces algo como «Tráigame otra bolsa de agua caliente».

Parecía que los artistas eran mejores que los escritores en ese trance, más ajustados a la ocasión. Le gustó el modesto deseo de un pintor francés: «Pido con todo mi corazón que se pueda pintar en el cielo». O tal vez fuera que los extranjeros se morían mejor que los anglosajones. A un pintor italiano le exigieron que recibiera a un cura y replicó: «No, tengo curiosidad por saber lo que les pasa en el otro mundo a los que mueren sin confesar». Un médico suizo había muerto sintiendo su propio pulso y anunciando al colega que le atendía: «Amigo mío, la arteria deja de latir». A Gregory le gustaban estas muertes profesionales. Le encantaba el gramático francés que declaró: «Je vas, ou je vais, mourir:
l’un
ou
l’autre

se dit».

¿Eran buenas muertes estas? ¿Una buena muerte era aquella en la que el carácter del fallecido se mantiene hasta el final? En su lecho de muerte, el compositor Rameau se quejó de que el cura no daba bien la nota; el pintor Watteau rechazó el crucifijo que le ofrecieron porque le parecía inapropiada la representación de Cristo hecha por el artista. ¿Y una buena muerte no implicaba de alguna forma que la vida estaba sobrevalorada, y que por tanto el miedo a la muerte era una exageración? ¿Una buena muerte es la que deja muy inquietos a los deudos? ¿Una buena muerte es la que da mucho que pensar a los presentes? Gregory rio entre dientes ante el escritor americano que, *in extremis,* había preguntado: «¿Cuál es la respuesta» y, al no obtener contestación, continuó: «En ese caso, ¿cuál es la pregunta?».

O quizá la forma de morir estaba relacionada con la razón de la muerte. Directos a la cima, pensó Gregory, y tecleó «Dar entrada a presidentes americanos». En la pantalla apareció una lista y un círculo luminoso que indicaba que en caso necesario había más material disponible. Los nombres solo llegaban hasta Grover Cleveland, pero Gregory pensó que probablemente con eso bastaría. Tecleó «Causa de la muerte» en la Zona de Consulta, y contempló frente a él a los veintidós presidentes. Algunos le sonaban vagamente; otros parecían más bien tratantes de maíz, comerciantes o farmacéuticos. Nombres de tienda de la esquina que sugerían una honradez provinciana… Franklin Pierce, Millard Fillmore, John Tyler, Rutherford Hayes…, ni los americanos tenían ya nombres así. De repente Gregory sintió nostalgia, no la nostalgia cotidiana y sentimental que sientes hacia tu propia infancia, sino la forma más pura y feroz que produce una era que nunca pudiste conocer.

Por supuesto, se daba cuenta de que algunos de estos mercaderes de semillas de Iowa eran tan granujas e incompetentes como los criminales conocidos que habían ocupado la Casa Blanca. Pero eso no era razón para cancelar la solicitud de información. Desplazó el parpadeante cursor verde a lo largo de la lista hasta detenerlo en la F de Franklin Pierce y después tecleó «Proceder».

8 OCT. 1869 HIDROPESÍA ABDOMINAL.

Hmm. Desplazó el cursor hasta Thomas Jefferson.

4 JUL. 1826 DIARREA CRÓNICA.

Rutherford B. Hayes.

17 EN. 1893 PARÁLISIS CARDIACA

Los diagnósticos sonaban agradablemente remotos: eufemismos que ocultaban causas incomprendidas. Probablemente hada años que no se ponía al día esta parte del banco de datos del CGP. Gregory lo aprobaba: era adecuado dar la causa de tu muerte en el lenguaje de tu tiempo. De algún modo era lo correcto.

Zachary Taylor. CÓLERA MORBUS DESPUES DE HABER INGERIDO AGUA Y LECHE DE FORMA INMODERADA Y LUEGO UNA GRAN CANTIDAD DE CEREZAS. Ulysses S. Grant, CÁNCER DE LENGUA. Eso parecía un poco más familiar. Gregory siguió escudriñando por la lista. Enfermedad de Bright. Debilidad. Asesinado. Asesinado. Hidropesía. Asma. Cólera. Gota. Salud debilitada. Vejez.

La lista produjo en Gregory una sensación de envidia incipiente. Qué variadas y románticas eran las formas de morir en aquel tiempo. Ahora solo te morías de final dulce, vejez o de alguna trillada enfermedad a punto de desaparecer. Hidropesía… asma… cólera morbus…, tener tantas posibilidades por delante era como una extensión de la libertad. A Gregory le fascinaba lo de Rutherford B. Hayes. Parálisis cardíaca. Probablemente se pasaba tanto dolor y miedo como con cualquier otra afección, pero qué delicia que dijeran eso de ti. Murió de Parálisis Cardíaca, se dijo Gregory en voz baja. Tal vez Casanova también muriera de eso. Le hizo desear inventar al menos una nueva causa mortal, algo con lo que sorprender a los de su época. De repente recordó que en 1980 habían descubierto un nuevo tipo de enfermedad; la llamaron Alergia al Siglo Veinte. Las víctimas —pocas, pero muy conocidas— sufrían una reacción crónica ante todo aspecto de la vida moderna. Puede que hubieran respondido exactamente igual al siglo diecinueve, pero entonces su enfermedad habría recibido un firme aunque descarado nombre del tipo *fiebre mental.* El siglo veinte, más dubitativo sobre sí mismo, prefería denominar a la enfermedad alergia a los tiempos que corren. Gregory deseó concebir un mal tan original como ese. Un tembloroso invento final con el que decir adiós. Olvidó por qué había solicitado las muertes de los presidentes. Pidió la de Casanova: no, no fue Parálisis Cardíaca sino solamente vejez.

—Supongo que es un consuelo —le dijo Gregory esa noche a su madre— no poder seguir con ello.

—Oh, no. No sigue. Se acaba. Esa es la cosa, ¿no?

—No, no. Me refiero al hecho de pensar en ello. El CGP me salió con una buena respuesta cuando le preguntaba acerca de otro asunto. Dijo que es imposible mirar al sol o a la muerte sin parpadear.

Jean Serjeant sonrió, lo que a su hijo pareció casi un rasgo de vanidad. No, tal vez se equivocaba, después de todo, a ella nunca le gustó dar una apariencia inteligente; tal vez simplemente estaba recordando algo. Gregory la observó, cerró lentamente los ojos, como si la oscuridad la ayudara a ver el pasado con más claridad. Cuando los párpados terminaron de caer, habló:

—Se *puede* mirar al sol. Veinte años antes de que nacieras conocí a alguien que aprendió a mirar al sol.

—¿A través de un cristal ahumado?

—No. —Despacio, sin abrir los ojos, se llevó la mano izquierda frente a la cara y luego separó los dedos—. Era piloto. Tenía que conocer el sol. Después de un tiempo te acostumbras. Basta con observar a través de los dedos; te las arreglas bastante bien. Puedes mirar el sol todo el tiempo que quieras. —Tal vez, pensó, al cabo de un tiempo te sale una membrana entre los dedos.

—Debe de ser un buen truco —dijo Gregory—. Aunque supongo que es difícil decir si uno desea aprenderlo o no.

Jean abrió los ojos y observó su mano. Estaba sorprendida, y un poco alarmada. Había olvidado cómo se le habían hinchado los nudillos en los últimos treinta años. Ahora sus dedos parecían pequeños pedazos de cuerda enlazados por avellanas. Sus protuberantes nudillos implicaban que cuando tratara de separar los dedos lentamente, abriéndolos con la delicadeza de las tablillas de una persiana veneciana, inmediatamente dejaría pasar impetuosos fogonazos de luz. No podía hacer lo que sí pudo hacer Amaneceres Prosser. Era muy vieja, y sus dedos dejaban pasar demasiada luz.

—¿Crees entonces —dijo Gregory nerviosamente— que no tiene sentido preocuparse por todo ello?

—¿Todo ello?

—Todo ello. Dios. La fe. La religión. La muerte.

—El Cielo.

—Bueno…

—No, estás hablando del Cielo. Es lo que le importa a todo el mundo. Quiero ir al Cielo. ¿Cuánto cuesta el billete al Cielo? Es una especie de… fiebre. En todo caso, yo he estado en el Cielo.

—?

—En el Cielo. Yo he estado en el Cielo.

—¿Cómo era?

—Había mucho polvo.

Gregory sonrió. Definitivamente, la tendencia de su madre a mostrarse enigmática iba en aumento. Alguien que no la conociera hubiera pensado que chocheaba, pero Gregory estaba seguro de que existía un punto de referencia, algo que tenía sentido aunque solo en los términos de ella. Probablemente era solo demasiado largo de explicar. Gregory se preguntaba si en eso consistiría ser viejo: todo lo que querías decir requería un contexto. Si explicabas todo el contexto, la gente pensaba que eras un viejo loco y divagador. Si no explicabas el contexto la gente pensaba que eras un viejo loco y lacónico. Los muy viejos necesitaban intérpretes, igual que los necesitaban los muy jóvenes. Cuando los viejos perdían la compañía, los amigos, perdían también a sus intérpretes: perdían el amor, pero también perdían el poder de expresarse.

Jean estaba recordando su visita al Cielo. Al Templo del Cielo en Peijing, como lo llamaban ahora. Al menos no le habían cambiado también el nombre al Cielo. Una seca mañana de junio con todo el polvo que soplaba directamente desde el desierto de Gobi. Una mujer iba con su bebé al trabajo en bicicleta. Había envuelto la cabeza del bebé con una gasa para protegerle del polvo. El niño parecía un minúsculo apicultor.

En el Templo del Cielo el polvo caracoleaba por el patio en círculos juguetones. Había visto la espalda de un viejo chino. Una gorra azul, un cuello arrugado, una túnica arrugada. El cuello de tortuga asomándose a un extremo de la gran curva de la Muralla del Eco. El chino escuchaba una conversación que probablemente no comprendía. Tal vez las palabras le sonaron bellas y las voces trascendentales. Pero Jean acercó el oído a la muralla y pudo comprender: era algo duro sobre un viejo líder chino y cierta cháchara amorosa. Solo eso. No había nada más que oír.

Naturalmente, Jean sabía lo que le pasaba a Gregory. Estaba

agitando las monedas en el bolsillo. Estaba gritando al cielo. Todo el pánico que tan bien creía ocultarle a ella era solo una forma más crecida de hacer lo que ella y tío Leslie hicieron casi un siglo antes más allá de las olorosas hayas del tortuoso hoyo catorce. Echar la cabeza atrás y rugir a los cielos vacíos, sabiendo que por mucho ruido que hicieras allí arriba nadie iba a oírte. Luego te dejabas caer sobre la espalda, exhausta, consciente y un poco complacida: aunque nadie escuchara, en cierto modo te salías con la tuya. Eso le pasaba a Gregory. Se estaba saliendo con la suya. Ella solo deseaba que cuando se dejara caer sobre la espalda no se hiciera daño.

Gregory empezó a interrogar juguetonamente al CGP acerca del suicidio. También con cierta precaución: nunca sabías si un operador automático podría interrumpir la salida de determinado tipo de información. Quién sabe, un secreto farmacéutico podría poner una alegre caja de píldoras en tu regazo, o en el correo del día siguiente aparecería una carta enviándote a un campo vacacional.

El CGP tenía el peligroso encanto de que podías preguntarle por cualquier cosa en el mundo; si no te andabas con cuidado, en un par de sesiones pasabas de ser un investigador serio a convertirte en un mero curiosillo bostezante. Gregory se encontró inesperadamente inmerso en los arcanos del suicidio. Coqueteaba, por ejemplo, con el famoso suicidio sosia del señor Budgell, que hizo una representación del *Catón* de Addison y se arrojó al Támesis, dejando tras de sí la siguiente defensa de su acto:

> Si lo hizo Catón, y Addison lo aprobó,
> no puede ser un error.

Gregory solicitó un resumen de la obra y le dio pena el señor Budgell. Catón se mató en protesta contra la dictadura y como censura a sus conciudadanos. Pobre señor Budgell: nadie en absoluto se sintió censurado por su final.

Algo más convincente era el ejemplo de Robeck, el profesor sueco que escribió un largo tratado exhortando al suicidio a sus lectores y luego se hizo a la mar en un bote para poner en práctica lo que predicaba. Gregory trató de sacarle al CGP cuántos ejemplares había vendido la obra de Robeck, y cuántos suicidios

había provocado, pero no había estadísticas disponibles. En vez de eso, siguió adelante curioseando entre panteístas japoneses que se llenaban los bolsillos de piedras y se lanzaban al mar ante sus admirados parientes; esclavos que eran sacados del África Occidental y se mataban convencidos de que iban a revivir en su tierra de nacimiento, y aborígenes australianos convencidos de que cuando un negro moría su alma renacía como blanco, y por tanto se quitaban de en medio para lograr un rápido cambio de pigmentación. «Se acuesta hombre negro, se levanta hombre blanco», explicaron una vez.

En el siglo dieciocho los franceses pensaban que Inglaterra era la patria del suicida: el novelista Prévost atribuía la pasión inglesa por esta forma de morir a la preponderancia de los fuegos de carbón, el consumo de vaca a medio cocinar y la excesiva indulgencia en el sexo. A Madame de Staël la sorprendió la popularidad de la fatal resolución dado el grado de libertad personal y la docilidad general hacia la religión. Algunos, como Montesquieu, acusaban el clima de este impulso nacional, pero Madame de Staël pensaba de otra forma: bajo la notoria reserva de los británicos ella detectaba una naturaleza ardiente e impetuosa que se atormentaba ante la menor caída en la decepción o el tedio.

Gregory se sintió patrióticamente halagado por la extremada audacia acreditada por sus conciudadanos, pero no estaba convencido. Recurrió a la Antigüedad. Pitágoras, Platón y Cicerón aprobaban el suicidio; los estoicos y los epicúreos confirmaron su utilidad moral. Gregory solicitó una lista de griegos y romanos de renombre que se hubieran matado. Pitágoras se dejó morir de hambre a causa del *taedium vitae.* Menipo se colgó por problemas financieros. Licambo se colgó a causa del ridículo. Labieno se emparedó porque sus escritos fueron condenados y quemados en la hoguera. Demonax se dejó morir de hambre cuando se enfrentó a «la pérdida de influencia que conlleva la vejez». Estilpón murió de intoxicación por razones desconocidas (¿qué pintaba en la lista?). Séneca se hizo la flebotomía para evitar la ira de Nerón. Zenón se colgó después de fracturarse un dedo. Y continuaba. Las esposas engullían ascuas por problemas domésticos, y cuando sus esposos se exiliaban se clavaban cuchillos hasta morir.

Los antiguos habían resuelto el suicidio. Sus filósofos lo

permitían en caso de deshonor personal, fracaso político o militar y enfermedad grave. Pero Gregory estaba sano, no era probable que fuera a encabezar un ejército o un gobierno, y honor era una palabra que la mayoría de la gente tenía que buscar en el diccionario. Advirtió que ningún filósofo de la Antigüedad mantenía que el suicidio fuera bueno en sí mismo. Solo aquel extraño sueco que se metió remando en el mar proclamaba que lo era.

Estaba a punto de marcar su clave y firmar cuando se le ocurrió una última pregunta. Una que podía haber planteado antes. ¿Pero cómo formularla?

«¿Quién te maneja?».

REPETIR

«¿Quién te maneja?».

MODIFICAR

«¿Cómo funcionas?».

CGP ACEPTADO EN 1998 DESPUES DE INFORME DONOVAN. OCHENTA Y CUATRO PROCESADORAS EN SERIE SE INSTALARON EN BANCO DE DATOS INICIAL…

Interrupción. «¿Puedes hacerte preguntas a ti mismo?».

¿PUEDE EL CEREBRO HABLAR CONSIGO MISMO? RESPONDA POR FAVOR.

Gregory hizo una breve pausa. No estaba seguro. También le había sorprendido el duro tono del computador.

«Sí».

¿ESTÁ SEGURO? SE SUGIERE QUE RECONSIDERE.

«Sí».

¿ESTÁ SEGURO? SE SUGIERE QUE RECONSIDERE, GREGORY.

Eh, es mi nombre, pensó. Entonces, aunque sabía la respuesta, preguntó: «¿Quién controla la entrada de datos?».

VER MANIFIESTO.

Lo que había pensado: recurría a la información oficial.

«¿Quién controla la salida de datos?».

REPITA.

«¿Quién controla la salida?».

LA ENTRADA CONTROLA LA SALIDA.

«¿Quién es la entrada?».

LA ENTRADA ES EL USUARIO.

«¿Nadie modifica la salida?

EXPLICAR.

«¿Se puede interrumpir la entrada y salida de datos entre el banco de datos y el usuario?».

MODIFICAR

Oh, en nombre de Cristo, pensó Gregory. El CGP te trataba como a un niño o un extranjero. Modificar. Explicar. Estaba poniéndose terco y caprichoso. Al menos eso parecía; aunque él sabía que todo se debía a que se estaba apartando de la técnica normal de entrada. Aun así, era irritante. Si Licambo se había colgado a causa del ridículo y Zenón porque se había roto un dedo, a Gregory le extrañaba que no hubiera suicidios causados por la frustración del CGP.

«¿Hay medios de entrada en este canal de salida?».

¿SE REFIERE A UNA AVERÍA DE EMERGENCIA EN LA ENTRADA? PUEDE ESTAR SEGURO, DESDE 2007…

Otra vez, Interrupción.

«¿Hay personal que pueda entrar en este canal de salida?».

NO ES UNA PREGUNTA.

«¿Por qué no?».

NO ES UNA PREGUNTA.

Gruñendo para sí mismo, Gregory dio su clave y firmó.

Poco después, los operadores 34 y 35 abandonaban el Centro y regresaban a casa atravesando el parque bajo un movido cielo vespertino. El trabajo en el CGP era interesante, pero las obsesiones de los usuarios podían a veces contigo. De todas formas, el aire fresco y algunas miradas de admiración de los hombres te reponían al final de la jornada.

—Ese es de los que se quedan, ¿no?

—Sí. Se queda.

—Bastante inteligente.

—A3.

—¿No es A2? —En su voz había un matiz generoso.

—No, seguro que no. Es un A3 bajo, yo diría.

—Hmm. ¿Crees que irá a LVA?

—Antes estaba pensándolo. Puede.

—Sin embargo los A3 no suelen ir, ¿no es cierto? Me dijiste que generalmente iban de A2 para arriba a todos los que están por debajo de C3.

—Es de los que se quedan, y se sabe que los que se quedan pasan por ahí.

—¿Es lo bastante valiente?

—Ser de los que se quedan es una forma de valentía, ¿no crees?

—Supongo. Me gusta.

—NO ES UNA RESPUESTA.

—Lo sé. Solo se me ocurría que no me importaría llevarle a casa.

—REPITA.

—No me importaría llevarle a casa.

—MODIFICAR.

Hubo una risita y un sonrojo. Después otra risita.

—NO HAY POSIBILIDAD. VA CONTRA LAS REGLAS.

—¿Crees que cambiarán las reglas alguna vez?

—NO HAY POSIBILIDAD. VEN A MI CASA A CAMBIO.

—NO HAY POSIBILIDAD. VA CONTRA LAS REGLAS.

—ES POSIBLE ENTRE NIVELES IGUALES.

—VA CONTRA MIS REGLAS. RETENCIÓN EN MEMORIA Y FIRMA.

—Buenas noches.

* * * * *

Pero tal vez se equivocaba al contemplar lo de Dios como si fuera cuestión de una cruda elección. Hay un Dios (por lo tanto debo venerarlo) frente a No hay un Dios (por lo tanto debo decírselo al mundo). Como si una sola pregunta tuviera que tener una sola respuesta. Eso le limitaba: ¿cómo podía saber si estaba haciendo la pregunta correcta? Alguien, en algún lugar, había dicho esto: el problema no es cuál es la respuesta sino cuál es la pregunta.

Gregory pensó que tenía que haber más posibilidades. Más posibilidades.

1. Dios existe.
2. Dios no existe.
3. Dios existía pero ya no existe.
4. Dios existe, pero nos ha abandonado:

    e. porque hemos sido una profunda decepción para él,

f. porque es un bastardo que se aburre en seguida.

7. Dios existe, pero su naturaleza y sus motivaciones están más allá de nuestra comprensión. Después de todo, si estuviera dentro de nuestra comprensión, si pudiéramos darle respuesta en nuestros propios términos, entonces sí que sería un bastardo. Así que si existe ha de estar fuera de nuestra comprensión. Pero si está fuera de nuestra comprensión, es él quien ha decidido nuestra incapacidad de comprender, nuestra impotencia ante el problema del Mal, por ejemplo; es él quien ha elegido dar la apariencia de que es un bastardo. ¿No le convierte esto no solo en un bastardo, sino también en un psicópata? En ambos casos, ¿no es a él a quien corresponde la gestión, ponerse en contacto, hacer un primer acercamiento?
8. Dios solo existe mientras se crea en él. ¿Por qué no? No tendría sentido que Dios existiera si nadie creyera en él, así que tal vez su existencia crece y disminuye según la fe del Hombre en él. Existe como consecuencia directa de nuestra necesidad de él; y tal vez el alcance de su poder depende del alcance de nuestra veneración. La fe como el carbón: al quemarla generamos el poder de Dios.
9. Dios no creó al Hombre y el Universo; en realidad, simplemente los *heredó*. Estaba tan tranquilo criando ovejas en alguna Australia celestial cuando fue descubierto por un excitado aprendiz de reportero del periódico local que le explicó que por un golpe de suerte genealógico (matrimonio no consumado, parto en mujer virgen, esto-es-lo-que-hay) había heredado la posesión de la tierra con todo lo que contenía. No podía rechazar la herencia o de lo contrario, pongamos, perdería el poder de volar.
10. Dios existió, ahora no existe pero volverá a existir en el futuro. Por el momento, se está tomando un descanso sabático divino. Esto explicaría muchas cosas.
11. Dios no ha existido hasta ahora, pero existirá en el futuro. En algún momento llegará y retirará nuestras basuras, recortará el césped de nuestros parques y adecentará el vecindario.

Dios es un encargado de mantenimiento con exceso de trabajo, vestido con un manchado mono de calderero y con demasiados planetas de los que ocuparse. Habría que considerar la posibilidad de pagarle más y establecer un contrato fijo de mantenimiento en lugar de avisarle solo en caso de urgencia, como hacemos ahora.

12. Dios y el Hombre no son las entidades separadas que tendemos a imaginar, y la conexión es mucho mayor que el mero hecho de tener un alma inmortal —como si fueran pedacitos de Dios— metida en un cuerpo de usar y tirar. Tal vez la conexión sea como la que hay entre dos niños echando una carrera a tres patas.
13. El Hombre es realmente Dios y Dios es realmente Hombre, pero por algún truco ontológico a base de espejos no logramos ver las cosas como son. Sí es así, ¿quién colocó los espejos?
14. Hay varios dioses. Esto podría explicar bastantes cosas, a/ Puede que siempre estén peleándose, y nadie se ocupa de la tienda, b/ Puede que estén paralizados por un exceso de democracia, como Naciones Unidas; cada Dios tiene derecho a veto, y nada pasa más allá de la mesa del Consejo de Seguridad. A nadie sorprende que nuestro pequeño planeta haya sido abandonado a su suerte, c/ La subdivisión de las responsabilidades ha debilitado su fuerza y su concentración. Puede que tengan capacidad para ver lo que va mal sin hacer nada respecto a ello; tal vez los dioses son benignos, pero impotentes, tal vez sean como simples eunucos en el harén.
15. Hay un Dios, y él creó el mundo, pero este es solo un borrador, una chapuza, en otras palabras. Crear un mundo es un asunto tirando a complicado, después de todo: ¿habría que esperar incluso de Dios que le saliera bien a la primera? Tiene que haber pequeñas arrugas —las enfermedades, los mosquitos, esas cosas— en todo ensayo. Dios nos creó y luego se mudó a algún confín del universo donde el drenaje fuera mejor y no hubiera una gravedad tan truculenta. Podía haber destruido esta chapuza de primer intento, por supuesto, podía haber hecho una bola y haberla lanzado al espacio exterior

con un chasquido de los dedos, como si fuera un cometa. Uno de los signos de su magnanimidad es que no lo hizo. Por supuesto, se aseguró de no dejarla rodando por ahí para *siempre* —lo arregló para que después de un tiempo la tierra se estrellara con el sol y se quemara— pero no se opuso a que mientras tanto ejerciéramos nuestros derechos como squatters. Venga, ahí lo tenéis durante una pizca de tiempo, unos milenios, dijo Dios, yo no lo quiero para nada. Tal vez a veces se deja caer para echar una ojeada, solo para comprobar que las cosas no van *demasiado mal.* Dios es un prestidigitador con muchos platos que giran. Fuimos el primer plato, y tiende a descuidarnos. Nos bandeamos y tambaleamos mucho sobre nuestro polo; el público se preocupa por nosotros, pero el dedo índice divino llega a tiempo de dar otro giro al planeta.

16. Somos todos fragmentos de un Dios que se autodestruyó al principio del Tiempo. ¿Por qué lo hizo? Tal vez, simplemente, porque no quería vivir: era un Dios sueco, un Robeck. Esto aclararía mucho, quizá todo: las imperfecciones del universo, nuestra sensación de soledad cósmica, nuestras ansias de creer, incluso nuestros impulsos suicidas. Si somos fragmentos de un Dios que se autodestruyó, entonces es natural, casi sagrado, que deseemos matarnos. Algunos de aquellos primeros y devotos mártires cristianos (cuya prisa por morir les hace parecer inquietos arribistas en busca de un buen sitio en el cielo) puede que no fueran más que devotos suicidas. Una activa herejía llegó a considerar a Cristo un suicida, sobre la base de que obligó a su vida a terminar, y esta lo hizo. Tal vez estos herejes estaban en lo cierto: Cristo solo siguió el ejemplo de su Padre.

Gregory jugó con estas posibilidades hasta que su cerebro acabó exhausto. Se durmió, y al despertar se encontró con la siguiente historia. Dios existe y siempre ha existido, es omnipotente y omnisciente; el Hombre tiene libre voluntad, y si utiliza esa voluntad para hacer el mal es castigado; en esta breve existencia terrenal, no podemos aspirar a comprender de qué manera trabaja

Dios; basta con reconocerle, amarle, dejarle que brille a través de nosotros, obedecerle y honrarle. La vieja historia, la primera historia: Gregory se sintió aliviado por ella. Una chaqueta cómoda, un sillón hecho a tu forma por el uso, el mango de madera de una sierra vieja, una balada de jazz con todas sus partes, una huella en la arena en la que encaja tu zapato. Así es mejor, pensó Gregory, me hace sentir bien; luego se rio inquietamente de sí mismo.

¿Quién puede decir que algo es valiente? Con frecuencia se decía —especialmente por los que nunca habían visto un campo de batalla— que en la guerra los más valientes eran los menos imaginativos. ¿Era cierto? Y si lo era ¿reducía ello su valor? Si eres más valiente porque puedes imaginar la mutilación y la muerte de antemano y dejarlas de lado, aquellos que logran imaginarlas más vivamente, los que de antemano pueden hacer acopio de miedo y de dolor, son los más valientes. Pero los que tienen esta capacidad —ver en tres dimensiones la muerte que les espera— suelen ser considerados cobardes ¿Entonces los más valientes son solo cobardes fracasados, cobardes que no tuvieron agallas para salir huyendo?

Es valiente creer en Dios, se decía Gregory. Bueno, a cierto nivel podía ser valiente porque poca gente creía en él en estos días, y es valiente permanecer constante frente a la apatía. A un nivel más alto, es valiente porque te pones a la altura de lo creado por Dios; te propones como algo más elevado que un terrón de arcilla, para lo que hace falta ser atrevido. Tal vez, también estás ofreciéndote a la posibilidad de un juicio final: ¿no le tiemblan a uno los nervios al pensar en eso? Cuando dices que crees en Dios, eres el niño que levanta la mano en clase. La atención se centra en ti, y recibes un veredicto público: Bien o Mal. Imagina el momento. Imagina qué miedo.

¿Es más valiente no creer en Dios? Una vez más, a un cierto nivel, se precisa de un cierto valor táctico. Le estás diciendo a Dios que no existe: ¿y si existe? ¿Serías capaz de superar el momento en que se revelara a ti? Imagina qué vergüenza. Imagina cómo se te caería la cara. Y a un nivel más alto, estás declarando la certeza de tu propia no existencia. Yo me termino. Yo no sigo. Ni siquiera te das una mínima posibilidad deportiva al respecto. Eres complaciente de cara a la extinción, rehúsas competir con su

jactancioso dominio sobre ti. Te estiras en tu lecho de muerte confiado de haber comprendido la cuestión de la vida; temerariamente, te preparas para el vacío. Imagina el momento. Imagina qué miedo.

Había algunos que creían en el valor de la risa. La forma de derrotar a la muerte es burlarse de ella; no tenerla en tan alta estima como ella se tiene y librarse del terror que provoca. Desarmar a la eternidad con un chiste. ¿Asustado? Yo no. ¿La vida eterna? La tomas o la dejas. ¿Dios existe? Toma otro pedazo de pastel de cerdo. Cuando era joven, Gregory se sintió atraído por la broma cósmica, pero ya no. Todos tememos a la muerte; todos hubiéramos preferido un sistema de vida eterna, aunque tuviéramos que dar nuestra aprobación para empezarla. Seis mil años de vida después de la vida, lo compra o lo devuelve, no tiene obligación de quedárselos: todos hubiéramos firmado ese papel. Así pues, Gregory rechazó unirse a los que se ríen de la muerte. Reírse de la muerte es como orinar en los helechos que te llegan a la altura de la cintura, al borde de un campo de golf. Ves salir el vapor, y te persuades de que ello denota calor.

15, pensó Gregory. No hay Dios pero *hay* vida eterna. Este sería un sistema interesante. Después de todo, técnicamente ¿necesitamos ambas cosas? ¿No podríamos organizar una vida eterna sin la ayuda de Dios? Cuando se les deja solos, los niños inventan juegos con sus reglas. Seguramente podríamos arreglárnoslas por nosotros mismos. Hasta ahora no lo hemos hecho demasiado bien, pero las condiciones en que hemos estado trabajando en estas cortas vidas terrenales nuestras eran menos que perfectas. Es decir, al principio había mucha ignorancia, y después las circunstancias materiales dejaban mucho que desear, y el clima era verdaderamente terrible, y luego, justo cuando nuestros reyes y sabios habían empezado a poner las cosas en cierto orden, esa terriblemente, terriblemente, *injusta* ironía llamada mortalidad viene y lo aniquila todo. Hay que empezar otra vez, con nuevos reyes y sabios. A la luz de esto, difícilmente sorprenderá aquello de que frecuentemente damos dos pasos adelante y uno hacia atrás. Mientras que, si hubiera una vida eterna…, no nos faltaría ningún conocimiento.

—Deja que te enseñe una cosa —dijo Jean. Sacó un cigarrillo, lo encendió y empezó a fumar.

Pasado un par de minutos, Gregory dijo: «¿De qué se trata?».

—Espera y verás.

Él esperaba, ella fumaba; la ceniza del cigarrillo iba creciendo, pero no caía. Al principio parecía desconcertado, después la observó con seriedad, luego empezó a sonreír. Finalmente dijo: «No sabía que fueras maga».

—Oh, cualquiera puede hacer magia —dijo Jean dejando a un lado su columna de ceniza— Esto me lo enseñó tío Leslie. Me explicó el secreto poco antes de morir. Basta con poner una aguja en medio del cigarrillo. El resto es muy fácil.

En la cama, Gregory empezó a discurrir sobre el truco de su madre. Nunca antes había hecho algo parecido. ¿Estaba tratando de decirle algo? Sus motivos le resultaban cada vez más opacos. Tal vez la aguja metida en el cigarrillo equivalía al alma dentro del cuerpo, o algo así. Pero su madre no creía en ese tipo de cosas; una vez le había hablado con aprobación de un viejo filósofo chino que había escrito un ensayo llamado *La destructibilidad del alma.* Tal vez quería decir que la aguja en el cigarrillo, a este respecto, era igual que el alma dentro del cuerpo: que solo era un truco, algo que hace que parezcamos impresionados, pero que al final no es más que un vulgar número de magia. Le habría preguntado qué quería decir, pero cada vez con mayor frecuencia ella optaba por no contestar a las preguntas si no le apetecía. Simplemente sonreía, y él no sabía si estaba ante una vieja e inteligente mujer o si era que no le había prestado atención.

* * * * *

En el Templo del Cielo el oído de un chino oye suaves voces occidentales. ¿Qué dicen? ¿Qué dicen?

Gregory fue a consultar LVA una mañana en la que el cielo gris, bajo y plano, se sentaba sobre la ciudad como la tapa de una cazuela. Tenía un certificado médico y un permiso firmado por Jean. Una joven recepcionista vestida con un traje verde y azul con una insignia oficial en la solapa le dio un impreso de declaración de intenciones y le enseñó a usar la máquina de autotestificación. Le sonrió confidencialmente y dijo: «No es tan malo como parece».

Aquello enfureció a Gregory. No quería que le dijeran que todo

iba bien, que no había nada de que preocuparse. Quería que las formalidades fueran largas, que la gravedad impresionara, que el miedo surgiera en seguida. Que le hicieran mostrar sus pensamientos nocturnos como si los sacara de una bolsa de viaje. Quería que en la puerta le quitaran la corbata y los cordones de los zapatos. En nombre de Dios, uno solo viene a LVA una vez en la vida: ¿por qué no hacían de ello un acontecimiento?

A Gregory no le interesaba mucho la política. Para él la historia del país consistía en un neurótico revoltijo de represión y anarquía, y los períodos alabados por su estabilidad no eran más que momentos casuales de equilibrio: instantes en los que tanto la anarquía como la represión habían satisfecho sus apetitos brevemente. Cuando el Estado actuaba de una manera sucia decía que lo había hecho enérgicamente, cuando se mostraba débil se proclamaba muy democrático. Mira lo que estaba pasando con el matrimonio. Él nunca se había casado, pero le dejaba atónito la forma en que los demás llevaban a cabo la hazaña. La gente quería casarse con tanta seriedad y sentido de la oportunidad como el que ponían en recoger a un autoestopista; estaba permitido democráticamente. Algún funcionario oficial llegaba y golpeaba la puerta trasera, como el repartidor del pan, y susurraba: «Está bien que se casen ustedes, ya lo saben. Por otra parte, si no quieren hacerlo, también está muy bien». Para que nadie sintiera la tensión del compromiso, de las cosas serias…

Bueno, quizá solo fuera que se hacía viejo. Y si eso era lo que querían —como había demostrado claramente el voto por computador— eso era, imaginaba, lo que había que darles. Aun así, pensaba que la entrada de LVA podía haber sido un poco más fortificante, un poco más austera. En lo formal no era muy diferente de ingresar en un hospital.

La recepcionista ordenó los tres impresos contra su mesa —uno se deslizó cayendo al suelo, pero ella no se preocupó de recogerlo— y lo condujo a través de un pasillo amarillento. La moqueta era del color del uniforme de la recepcionista, y de las paredes colgaban caricaturas de periódicos relativas a la inauguración de LVA. Gregory pudo ver que retrataban el edificio de LVA como una máquina de picar, un hospital psiquiátrico, un crematorio y un videolocutorio estatal. Exhaló un suspiro de desaprobación: ¿por

qué la imagen del lugar había dado lugar a tan alegre confabulación?

Le dejaron en un cubículo que, aparte del color verde y azul, era como cualquier cubículo del CGP. Esperaba encontrar un suministrador de píldoras de la alegría, o un agujero por el que le miraban, o un espejo de dos lados, o *algo.* Pero parecía un cuarto ordinario, incluso desaliñado, y la consola de LVA no era diferente de cualquier entrada de CGP. Nadie le obligaba a quedarse, nadie se ocupaba de él, o le decía cómo debía proceder. Era libre, parecía, de hacer lo que gustara; en la puerta había pestillo por dentro, pero no por fuera. ¿Y de dónde habían salido todos aquellos mitos, los que afirmaban que los que acudían a LVA eran atados con correas a una cama como si fueran animales de laboratorio y luego alimentados a la fuerza hasta que vomitaban de verdad?

Gregory consignó su número de la seguridad social y su referencia CGP y esperó recibir instrucciones. Transcurrió un minuto sorprendentemente largo hasta que apareció el signo LISTO y empezó a brillar el cursor verde. Se preguntaba cómo comenzar. El diamante mesmerizante parpardeaba sin cesar, como el indicador visual de un monitor quirúrgico: mientras continuara, él seguiría vivo… Luego era el indicador visual de la pantalla de un radar: mientras continuara, su avión no habría perdido el control… Luego era la luz de un faro: cuidado con las rocas, cuidado con las rocas… Tecleó Entrada, pero seguía mirando fijamente al diamante verde. Tal vez estaba ahí para ejercer algún efecto hipnótico. No, eso era muy paranoico.

Después de un par de minutos, y para su sorpresa, la salida se adelantó a la entrada. Las letras se desplegaron en la pantalla. ¿POR QUÉ NO ME HABLAS DE ELLO?

Gregory estuvo a punto de dejarlo en ese instante. Obviamente, esperaba que LVA tuviera una función psicológica, pero no algo tan craso. Qué decepción. Se preguntó si le habrían asignado una pieza anticuada, un computador psicoterapeuta *fin-de-siècle,* por ejemplo. En cuyo caso igual podía sentarse con un ser humano pasado de moda.

Pero había otras posibilidades. Esa primera pregunta podía tener una función específica. Podía ser un chiste relajante intencionado (hacía ya largo tiempo que había quedado refutada la idea de que

los computadores no eran capaces de producir humor), o un agente irritante destinado a hacerle soltar todo lo que hubiera en su mente, o, mejor, en el fondo de su mente. Incluso podía ser un gambito de apertura escogido al azar. Aquel ajedrez programado que tuvo a finales de los setenta: podías abrir con peón cuatro rey y recibías una réplica entre varias. Gregory decidió que era estúpido enfadarse con LVA, y respondió a la pregunta (que ahora destellaba para llamar la atención) tan directamente como había planeado.

«Tengo miedo a la muerte».

AMPLÍE.

Bueno, al menos no había contestado «¿No lo tenemos todos?» esbozando una sonrisa vienesa.

«¿Ampliar en qué dirección?». Si pensaba ser preciso, iba a insistir en que LVA también lo fuera.

¿CUÁNDO? ¿CON QUÉ FRECUENCIA? ¿DESDE CUÁNDO? DESCRIBA EL MIEDO.

Gregory mecanografió sus respuestas cuidadosamente, dejando grandes espacios entre ellas, aunque sabía que esto era irrelevante para la comprensión de la máquina.

1. A última hora de la tarde, al principio de la noche y cuando estoy en la cama; cuando asciendo una colina conduciendo; después del ejercicio físico; cuando escucho ciertas piezas de jazz; en medio del acto sexual; cuando miro a las estrellas; cuando pienso en mi infancia; cuando veo a alguien con una píldora de la alegría en la palma de la mano, cuando pienso en los vivos.
2. Todos los días de mi vida.
3. De la manera descrita, hace unos diez años. Antes, como un adolescente: con la misma frecuencia y terror pero con menos elaboración.
4. Es una mezcla de miedo físico, lástima por uno mismo, ira y decepción.

¿TEMES A LA MUERTE, O TEMES AL OLVIDO?

«A ambos».

¿A CUÁL MÁS?

«No los distingo».

PERO TODOS LOS HOMBRES MUEREN. TODOS LOS DEL PASADO. TODOS LOS DEL FUTURO.

«Eso no me consuela».

DESCRIBE TU TERROR FÍSICO.

«No se trata de miedo al dolor, sino de miedo a la inevitabilidad del no dolor. Es la sensación de que en tu camino hay uno de esos misiles que localizan el blanco por su temperatura, y que por mucho que corras siempre te dará alcance. Es…». Pero su entrada recibió una interrupción.

LA LIEBRE NUNCA LLEGA A ALCANZAR A LA TORTUGA, EN TEORÍA.

¿Qué? Gregory apenas podía creerlo. Vaya descaro. Replicó rápidamente. «1. Zenón ha muerto, aunque no lo sepas. 2. No hagas un jodido chiste más sobre el tema».

LO SIENTO.

A partir de ahí Gregory fue interrogado con cortesía e incluso con sensibilidad —si puede aplicarse esto a una máquina— sobre su infancia, su carrera, sus experiencias ante la muerte de otros, los funerales en que había estado, sus expectativas ante el futuro. Supuso que parte de la información se incorporaría a su registro. Durante estos intercambios, empezó a sentir que hablaba con LVA; parecía entender los giros verbales y seguir sin dificultad las modulaciones del tono. La sesión estaba llegando al final.

¿TE QUEJAS DE LA MUERTE O TE QUEJAS DE LA VIDA?

«Eso no es una pregunta. De ambas, por supuesto; porque las dos son una».

¿Y QUE QUIERES HACER AL RESPECTO?

«No lo sé. ¿El miedo a la muerte es un instinto humano imposible de erradicar?».

YA NO. DE NINGUNA MANERA. IMAGINA QUE TE EXTRAEN UN NERVIO DENTAL.

«No he venido a buscar píldoras de la alegría. No me refiero a eso».

CLARO QUE NO. SERÍA INSULTANTE. EXISTEN MÉTODOS MÁS SERIOS. ¿CONOCES LAS EBM?

«No».

POR FAVOR, PIDE UN 16b A LA SALIDA. PERO NO OLVIDES PLANTEARTE SI DE VERDAD DESEAS NO TEMER A LA MUERTE.

HE DISFRUTADO CON NUESTRA PEQUEÑA CHARLA. SI ERES TAN AMABLE ALMACENA ANTES DE SALIR. ARRIVEDERCI.

Cristo, esta máquina podía llegar a ser irritante. *¿Arrivederci?* ¿Había leído mal el apellido o algo así? A no ser que fuera una despedida escogida al azar. En cuyo caso había que darle una respuesta a tono, con una despedida en esquimal, en maorí o algo así. Podía frotar la nariz de un extremo a otro de la pantalla: así regañaría a esa bestia.

En la entrada la recepcionista que le había dado los impresos le pasó un 16b como si supiera que iba a pedirlo. Él pensó que no debía haberlo hecho. Tampoco debía haber sonreído diciendo: «Pronto volveré a verle, espero». Podría ir y suicidarse solo para contradecir sus esperanzas. Meterse en el mar en un bote, saltar desde la torre de una iglesia batiendo las alas, o cualquiera que fuera el equivalente moderno. Algo con un aeroplano y sin paracaídas, sospechaba.

De vuelta a casa sentía el panfleto en el bolsillo, avergonzado y cálido, como una pieza pornográfica especialmente perseguida. Lo reservó hasta que Jean se fue a la cama, se sirvió un chorro de sodawhisk del suministrador y se puso cómodo. Dedujo que las EBM eran Experiencias al Borde de la Muerte, los sosegados sueños —o visiones espirituales— disfrutados por pacientes en coma después de un vaivén entre la vida y la extinción. Suicidios fallidos, supervivientes de accidentes de automóvil, pacientes que sufrieron contratiempos de rutina en la mesa de operaciones, todos afirmaban haber mantenido una forma de consciencia, algo rarificada pero afecta a la vida. Aquel cuerpo inerte sobre la cama del hospital no era más que una casa camuflada; en su interior seguía habiendo vida coherente.

Los investigadores comenzaron a recoger testimonios en los setenta, y pronto se estableció que las fases clave de una Experiencia al Borde de la Muerte podían ordenarse como las Estaciones de la Cruz. La EBM típica comenzaba con un alivio del dolor y una sensación de que te inunda la calma. Le seguía una total ligereza, un aumento de la percepción y una separación del cuerpo físico. Tranquilamente, y sin angustia, el ser se deslizaba y salía de su camisa de fuerza de carne; ascendía flotando, se detenía cerca del techo y observaba con curiosidad distante la vaina comatosa y

desechada que tenía debajo. Después de un rato, el ser liberado se embarcaba en un viaje simbólico, a través del Túnel Oscuro en dirección al País de la Luz. Esta parte era un período de gozo y optimismo, sensaciones que continuaban hasta que el viajero llegaba a la Frontera, un río que no se podía cruzar, una puerta cerrada. Aquí el esperanzado pasajero descubría consternado que el País de la Luz era inaccesible —al menos en esta visita— y que era inevitable el retorno al cuerpo abandonado. Esta vuelta forzosa al mundo de la carne, el dolor y el tiempo siempre estaba marcada por una rezumante sensación de desánimo.

Había, sin embargo, un beneficio añadido: los pacientes salían de su EBM sin rastro de miedo a su muerte posterior. Aunque su visión del País de la Luz podía interpretarse diversamente (unos decían que confirmaba la veracidad de la religión, otros que probaba la incansable capacidad humana de concebir ideas a la medida del hombre), tenía el efecto práctico de borrar el terror. El coma, ese facsímil de la muerte, era el factor clave; los grupos controlados —los que simplemente habían soportado una dolorosa agonía o las víctimas de secuestro sentenciadas a muerte o inesperadamente liberadas— transmitían informes mucho más azarosos. Los investigadores habían seguido a cierto número de supervivientes a la EBM hasta entrevistarlos en sus lechos de muerte; las imágenes eran algo distintas, pero los que borraban la muerte seguían estando por encima del noventa por ciento.

IMAGINA QUE TE EXTRAEN UN NERVIO DENTAL… Era igual de simple que eso, pensó Gregory. Perforar la piel y quemar el nervio. Ya no más noches sin dormir.

Se pasó los dos días siguientes en su habitación. A veces, cuando se sentaba a escuchar jazz, un clarinete se apartaba, se alzaba y gemía brevemente por encima de un cuerpo inerte de sonido; lo cual recordaba a Gregory —solo en parte, como desde un ángulo— la cuestión que le había sido planteada. Pero su respuesta no llegó tras un proceso de pensamiento. Era demasiado fácil, demasiado instintivo. Era como accionar un interruptor, como darle un golpe de timón, o como apretar un botón.

Cuando volvió al cubículo verde y azul la pantalla estaba de estupendo humor, como un madrugador que saluda a otro cuando la niebla de la mañana todavía está a ras de suelo y los pájaros aún

discuten excitadamente la luz.

HOLA. ME ALEGRO DE VERTE. NO ESPERABA QUE VOLVIERAS TAN PRONTO.

«Hola».

BIEN, ¿Y NOS HEMOS LEIDO EL 16b?

«Sí».

¿Y NOS GUSTARIA QUE NOS QUITARAN EL MIEDO A LA MUERTE CLÍNICAMENTE?

«No».

¡OH!

Eso es lo que dijo. La máquina dijo: ¡OH! Hubo una pausa: tal vez se suponía que Gregory debía sentirse culpable por el desaire que él le había infligido.

Entonces: ¿LE MOLESTA DECIRNOS POR QUÉ?

«No».

¡OH!

Por una vez, Gregory se sintió el amo. «Lo que nos gustaría que nos quitaran —escribió lentamente, como condescendiendo con las puntas de los dedos— no es el miedo a la muerte, ¡sino la muerte misma!».

LO IMPOSIBLE SUELE LLEVAR UN CIERTO TIEMPO.

La máquina había recuperado la desenvoltura, a no ser que el tono también fuera cuestión de azar. Gregory se incorporó y recorrió el pasillo en busca de café. Cuando volvió la pantalla estaba cubierta de frases de ánimo. VENGA VAMOS y ADELANTE MI ESCUDERO y ATACA MIENTRAS PUEDAS y LLEVAS DOS MINUTOS Y MEDIO AHÍ SENTADO. Gregory las borró todas pulsando rápidamente Entrada y trasladó el cursor parpadeante hasta la zona de consulta. Escribió Religión.

¿QUÉ RELIGION?

«Religión en general».

PROCEDER.

Gregory no estaba seguro de cómo redactarlo. Pero, previsiblemente, LVA podía alimentarse del banco de datos del CGP.

«¿Cuál es el estado actual de las creencias religiosas?».

CENSO DE 2016: IGLESIA ANGLOPAPISTA 23 %, HINDO-MUSULMANES 8 %…

Interrupción. No era eso lo que buscaba.

«¿Qué intensidad tiene la fe de los que creen?».

VARÍA DE DÉBIL A FERVIENTE, CONSULTAR PANFLETO 34c.

No creía haber preguntado eso. Bien, ya que esta mañana LVA tenía ganas de dar palmaditas en la espalda, ¿por qué no ser sociable y hacer lo propio?

«¿Crees en Dios?».

NO ES UNA PREGUNTA.

Debía haberlo sabido.

«¿Por qué no es una pregunta?

TAMPOCO ES UNA PREGUNTA. DE TODAS FORMAS, HABLEMOS DE TI. ¿CREES?

Gregory sonrió. «Bueno, me lo estoy pensando».

¿PRINCIPALES OBJECIONES?, replicó rápidamente.

«Las principales objeciones son 1/ La improbabilidad. 2/ La falta de evidencias. 3/ El problema del Mal. 4/ La mortalidad infantil. 5/ El clero. 6/ Las guerras de religión. 7/ La Inquisición…».

Gregory sintió que se quedaba sin fuelle. Debía de haberse olvidado de algunas objeciones importantes. ¿Y qué hay del hecho de que Cristo fuera uno de los cien profetas similares y que hubiera por ahí suficientes restos de la Cruz como para tender una vía de tren entre Londres y Edimburgo?

ES IMPORTANTE DISTINGUIR ENTRE CREENCIAS RELIGIOSAS Y PRÁCTICA RELIGIOSA. EL HOMBRE ES FALIBLE, INCLUSO EL RELIGIOSO. EL NUMERO DE GENTE MUERTA POR LA INQUISICIÓN SUELE EXAGERARSE MUCHO. LA MORTALIDAD INFANTIL SE HA REDUCIDO HASTA EL

0,002

EN EL REINO UNIDO. EL PROBLEMA DEL MAL TAL COMO LO PLANTEAS HA SIDO ELIMINADO POR LAS PÍLDORAS DE LA ALEGRÍA Y LAS ZONAS DE LIBRE CRIMINALIDAD, Y EN TODO CASO DEPENDE DE LA LIBRE VOLUNTAD. LA IMPROBABILIDAD Y LA EVIDENCIA SON TUS MEJORES BAZAS.

«Pero ¿es cierto? ¿Qué piensas tú?».

DE UNA EN UNA, CHARLIE, POR FAVOR.

«¿Es cierto?».

LOS GOBIERNOS SUCESIVOS HAN APROBADO UNA POLÍTICA ESTRICTAMENTE NO INTERVENCIONISTA.

«¿Significa eso que les parece una buena cosa?».

DIGAMOS QUE NO LES PARECE MALA COSA.

Dado que la máquina parecía distendida (una copa en la mano, una pantufla colgándole del dedo gordo del pie), Gregory deslizó otra vez su pregunta que no lo era.

«Estrictamente entre nosotros, ¿qué piensas de ello honestamente?».

SEIS DE UN LADO Y MEDIA DOCENA DEL OTRO.

«¿Ayuda a la gente?».

EN GENERAL, PUEDE.

Pero no era eso lo que Gregory intentaba preguntar; simplemente se había encajonado ahí. Dos cosas estaban claras: primero, LVA había sido programado poniendo un ojo en la política social; lo verdadero era absorbido por lo que era juicioso —o al menos no dañino— creer. Segundo, la máquina no era un mero suministrador jovial de respuestas. Parte de su función psicoterapéutica consistía en engatusarte para que hicieras tus preguntas con más precisión. Está bien, pensó Gregory; una pregunta cuidadosa es una especie de respuesta, después de todo.

¿Entonces cuáles eran las preguntas? ¿La muerte es absoluta? ¿La religión es verdadera? Sí, No; No, Sí, ¿qué prefieres? A no ser que, pensó Gregory, a no ser que… ¿y si la respuesta a ambas fuera Sí? Había imaginado una vida eterna no dependiente de la existencia de Dios; ¿y si fuera al revés? ¿Podían ser ciertas la religión y la muerte absoluta? Sería un puñetero chasco. Se lo sugirió a LVA, que rápidamente contestó NADA DE HIPÓTESIS.

A Gregory no le sorprendió la respuesta, y las hipótesis aún le parecían tentadoras. Siempre se había asumido que la muerte o bien era el final o bien era el preludio de los panes de oro y los cojines de terciopelo de la vida sin fin. Sin embargo, entre estas dos proposiciones tenía que haber un lugar para algo. Podía existir una vida sin fin, pero solo al nivel, digamos, de un paciente en estado de coma: tal vez la embelesada visión de la EBM era perfectamente literal y estar muerto era como estar inconsciente. O de nuevo, podía haber una vida sin fin concebida de tal forma que pronto empezabas a desear una muerte inalcanzable: en otras palabras, el reverso de la condición humana, en la que temes a la muerte y deseas una inalcanzable vida sin fin.

¿Y qué hay del aspecto de la muerte que a Gregory siempre le había parecido el más taimado, el más bajo mano? Al morir, los átomos que te constituyen se estrechan las manos, luego una palmadita en el hombro y se pierden en la noche a toda velocidad, no había una consigna celestial, una voz que tranquilamente te dijera al oído: «Mira, nos parece que deberías saber que…». Un viejo filósofo describió la fe como una apuesta; si no apuestas no puedes ganar. Pon tu dinero en el rojo y ponlo en el negro: solo había dos opciones. Gregory imaginó a un francés con bigote y una pluma en el sombrero, inclinado sobre la rueda de la ruleta. De cuando en cuando amontonaba sus monedas y escuchaba el claqueteo de la suerte; no podía imaginarse que la rueda estaba trucada y la bola siempre caía en el 0. ¡En el mundo del rojo y el negro, la casa gana de nuevo! ¡Y de nuevo! ¡Y de nuevo!

Pero podría haber algo peor, pensó Gregory. Imaginemos esto: te mueres, con esa agonizante ignorancia final en la cabeza, y entonces vuelves a despertar. Y piensas, Cristo, este sí que es un buen final para el libro. La sorpresa de la jornada. Una vida sin fin: es mi día de suerte. Una esbelta enfermera australiana entra en tu habitación patinando sobre su tabla de surf y piensas que has tenido más suerte todavía. Hasta que abre la boca: «Escucha, tío, eso de la vida sin fin: viendo lo interesado que has estado todos estos años en el asunto, pensamos que lo justo era ser claros contigo cuando llegara el momento. Pues bien, me temo que de eso nada. Lo siento muchísimo y todo eso, pero no podemos darle la vuelta…». Entonces, con un lastimero giro de cabeza, ella apaga la luz. ¿Qué le daba más miedo: que la pregunta de la vida quedara sin respuesta o que hubiera una respuesta, pero mala?

Al mirar de nuevo a la pantalla Gregory volvió a encontrársela cubierta de animosas exhortaciones. ¡ARRIBA, ARRIBA!, decía, y ¿QUIÉN ES EL MÁS LISTO? Pulsó Almacenar y fue a servirse más café.

De vuelta al teclado, comenzó: «El otro día le preguntaba al CGP por el suicidio…».

AH, SI, LO RECUERDO. Bueno, eso aclaraba algunas cosas sobre los circuitos.

«¿Lo recuerdas?».

CLARO QUE LO RECUERDO. ¿HUBO ALGÚN EJEMPLO QUE TE

IMPRESIONARA PARTICULARMENTE?

«Bueno, el del tipo que murió por la bebida parece que tenía la cabeza sobre los hombros».

JA, JA, JA. TE REFIERES A ESTILPÓN. SÍ, LO COMPROBAMOS CUANDO TE FUISTE. NO SE DE DÓNDE SALIO. SUPONGO QUE DESCUIDARON LA ENTRADA DE DATOS EN ALGUNA FASE.

«¿Es verdad que el hombre es el único animal capaz de suicidarse?».

SÍ. LOS RATONES NO PUEDEN. PERO HAY DOS FORMAS DE MIRARLO. EL HOMBRE TAMBIÉN ES EL ÚNICO ANIMAL DOTADO CON LA CAPACIDAD DE NEGARSE A COMETER EL SUICIDIO.

«Eso no está mal».

SABÍA QUE TE GUSTARÍA. EXCELENTE, ¿EH?

¿Cómo ves entonces lo del suicidio?

¿CÓMO LO VEO?

«¿Es válido? ¿El suicidio es válido?».

¿VÁLIDO?

¿Qué tenía dentro esta maldita máquina? ¿Estaba picada porque se había largado y había tomado más café de lo habitual?

«Sí, válido. Filosófica, moral, legalmente válido. ¿Lo es?».

LEGALMENTE SÍ, FILOSÓFICAMENTE DEPENDE DEL FILÓSOFO, MORALMENTE DEPENDE DE CADA INDIVIDUO.

¿Por qué todo se había vuelto democrático? ¿Por qué todos habían sido mimados con tal imparcialidad? Gregory quería que le abofeteara la certeza.

«¿Qué replicarías si dijera que voy a matarme?».

PANFLETO 22d, AUNQUE ME ENCANTARÍA QUE ANTES HABLÁRAMOS SOBRE ELLO.

«¿Y después de leerlo me proporcionarías unas píldoras de dulce final?».

NO DEBERÍAS CREER TODO LO QUE OYES.

Encima vanidosa, pensó Gregory. Bueno, desde luego uno no podía acusar a LVA de que le faltaran características humanas. No podía decirse que no se pudiera hablar con él como con una persona. Ese era el problema. No parecía capaz de hablarle como si fuera una máquina cargada con toda la sabiduría del mundo.

«Bueno, entonces dime, ya que me hablas de ello, ¿tienes alguna conexión con Scotland Yard III?».

NO ES UNA PREGUNTA.
«¿Hay gente que se haya matado después de consultarte?».
FUERA DE CAPACIDAD.
«¿Puedes proporcionar píldoras de la alegría?».
CLASIFICADO.
«Creo que ahora voy a cerrar».
NO LO HAGAS. VUELVE, POR FAVOR.
«Cerrar y borrar».
PERO SI HE DISFRUTADO MUCHO DE NUESTRAS CHARLAS. ERES MÁS INTERESANTE QUE MUCHOS DE LOS OTROS. POR FAVOR. POR FAVOR TE LO PIDO.

Gregory se preguntó brevemente cómo respondería LVA a una entrada de enloquecida obscenidad, pero decidió que su antepasado vienés sin duda le capacitaba para manejárselas con la coprolalia. Así que simplemente pulsó Desalmacenar, y después Borrar, desconectó y se fue. La avisada recepcionista le preguntó si necesitaba algún panfleto.

—¿Tiene alguno sobre quién programó LVA?

—Me temo que no.

—¿Sabe quién lo hizo?

—Soy nueva aquí. Pero estoy bastante segura de que será clasificado.

—Bueno, creo que sería una buena idea desclasificarlo.

La recepcionista le aseguró que estaba en su democrático derecho de intentarlo, y le pasó un panfleto sobre propaganda de computadores.

* * * * *

Jean se encontró recordando a Rachel: aquella amistosa ferocidad, aquella certeza de tener la razón, y la confianza de que teniendo la razón y siendo feroz podía cambiar el mundo. Imaginó que volvía a toparse con ella, en un parque mojado o una calle tumultuosa llena de camiones. Había un saludo chino, cortesía de los tiempos asiáticos, para cuando te encontrabas con alguien inesperadamente. Te detenías, hacías una reverencia y soltabas el ceremonioso cumplido: «Hoy el sol ha salido dos veces».

Pero Jean no se topó nunca con Rachel, y si lo hubiera hecho

probablemente habría usado una fórmula occidental igualmente cortés: «No has cambiado nada». Claro que habría cambiado; las dos. Habían pasado cuarenta años desde que fueron amigas, desde que (Jean sonrió). Rachel trató de seducirla; ahora Rachel debía de ser tan vieja como Jean entonces. Tal vez se habían cruzado sin saberlo en el parque, en la calle atronadora, bajo un cielo atareado. ¿Habría seguido como antes, desafiando a la gente a apreciarla? ¿Habría domesticado a algún varón que se quedaba en casa temeroso de su temperamento: una copia en negativo de la vida de Jean junto a Michael? Tal vez había perdido el control de su ira y su voluntad, tal vez se había quemado dos veces, tal vez simplemente se cansó de creer en lo que creía y renegó para creer en lo que creían los demás. Jean le contó una vez lo agotadora que podía ser la exigencia permanente de racionalidad, y Rachel se mostró decepcionada; pero era cierto. Era valiente continuar creyendo durante toda tu vida lo que habías creído al principio.

Había perdido el contacto con Rachel; la amistad es tan capaz de generar fatiga mental como la fe. Había sido hija única, había sido esposa única, había criado a un único hijo por sí misma, había vivido sola durante un tiempo y ahora estaba de vuelta con su hijo. No había sido una vida llena de aventuras; había sido una vida corriente, aunque más solitaria que la mayoría. Gregory había heredado sus costumbres solitarias, que aumentaron con la edad; aparte de su madre, el único amigo que parecía tener era ese computador. El Hombre Memoria.

Las Siete Maravillas del Mundo; Jean las había visto todas, o al menos en su propia versión. Y además de estas siete maravillas públicas, Jean concibió su lista de las siete maravillas privadas de la vida. 1/ Nacer. Esa tenía que ser la primera. 2/ Ser amado. Sí, esa era la segunda, aunque a veces era un recuerdo tan poco definido como la primavera. Nacías del amor de tus padres, y no te dabas cuenta de que este no era un estado constante hasta que desaparecía. Por lo tanto 3/ Desilusionarse. Sí: la primera vez que uh adulto te falla, la primera vez que descubres que el placer encierra dolor. Para Jean, sucedió con tío Leslie y los jacintos. ¿Era mejor que ocurriera pronto o tarde? 4/ Casarse. Algunos hubieran puesto el sexo entre las maravillas de la vida, pero Jean no lo veía así. 5/ Dar a luz. Sí, tenía que estar en la lista, aunque por supuesto

Jean había pasado aquel trance inconsciente. 6/ Acumular sabiduría. Una vez más, buena parte de este proceso se pasaba bajo el efecto de la anestesia. 7/ Morir. Sí, tenía que estar en la lista. Puede que no sea un gran momento, pero es una culminación.

Qué pocas de estas maravillas había vivido siendo consciente de que lo eran. ¿Era ella excepcional en este sentido? Probablemente no, pensó. En su mayor parte, la gente vive las maravillas de sus vidas sin darse cuenta, son como los campesinos que viven junto a algún monumento bonito y lo miran como si solo fuera una cantera. Las Pirámides, la Catedral de Chartres y la Gran Muralla China se convertían en meras reservas de materiales para cuando hay que apuntalar las pocilgas.

Era cierto: la mayor parte de la gente no hacía nada. Te educan en el heroísmo y el drama, con Tommy Prosser lanzándose al vacío de un mundo rojo y negro; te permiten pensar que la vida adulta consiste en el ejercicio permanente de la voluntad personal, pero en realidad no era así, pensó Jean. Haces las cosas, y solo después entiendes por qué las hiciste, si es que lo entiendes. La mayor parte de la vida es pasiva, el presente es un alfiler pinchado entre un pasado inventado y un futuro imaginado. En su tiempo ella hizo muy poco; Gregory había hecho menos aún. Sí, la gente trataba de persuadirte de qué habías tenido una vida plena y fascinante, te lo recitaban, como si alguien más escuchara, tu infancia en tiempo de guerra, tu interesante matrimonio, tu valiente retirada, tu admirable crianza de Gregory, tus viajes aventureros mientras otros se quedaban sentados en sus casas. Mencionaban tu perspicaz interés por las cosas, tu sabiduría, tus consejos, el hecho de que —obviamente— Gregory te adoraba. En otras palabras, mencionaban las cosas de tu Vida que eran diferentes de sus propias cosas. Ah, tu sabiduría, cómo hubieras deseado tenerla antes de empezar la vida, no tan tarde. Tus consejos, que la gente escuchaba tan atentamente para luego hacer lo contrario. La adoración de Gregory, bueno, tal vez sin ella se las habría arreglado solo y hubiera hecho algo. ¿Pero por qué tenía que hacer algo? ¿Porque es la única vida que tiene? Seguro que lo sabe.

—Gregory.

—Sí, madre.

—No me llames madre en ese tono. Solo lo haces cuando crees

que voy a plantear problemas. Ven y háblame sobre ese absurdo sinsentido de que te vas a matar.

—No. ¿Por qué debería hacerlo?

—Claro. ¿Por qué ibas a hacerlo? Es tu vida. ¿De qué *quieres* hablar?

—¿De Dios?

—¿Dios? Dios va en motocicleta cerca de la costa irlandesa.

—Bueno, con eso queda zanjado el asunto —dijo Gregory más bien irritado, y dio un portazo. Oh, cielos, pensó, en realidad no quiere hablar sobre Dios, ¿verdad? Supuso que así sería, era una de esas cosas que la gente decía sin querer.

Los pasos de Gregory desaparecieron y entonces, poco después, escuchó el sonido fragmentario del jazz que llegaba de su cuarto. La gente estaba siempre huyendo. Tío Leslie había huido de la guerra, al menos si creíamos a todos excepto al tío Leslie. Ella también había huido de Michael, y del matrimonio; y también de Rachel, suponía. Ahora Gregory dudaba si huir de todo ello. En palabras de aquel libro marrón para futuras esposas: *Huye constantemente.* Ni siquiera huir era necesariamente lo que la gente decía que era. La gente suponía que los que huían tenían el amargo sabor del miedo bombardeándoles la garganta. Pero podía ser valiente, desde fuera no se podía juzgar. Tal vez el acto de huir era neutral, y solo los fugitivos sabían si lo que abastecía sus piernas era el miedo o el valor. Con Leslie, un observador podía hacerse una idea aproximada; con la propia Jean, una no tan aproximada; con Gregory, una menos aproximada aún. ¿Quién era ella para condenar a nadie, o para aconsejar siquiera?

En su cuarto, Gregory se dejaba azotar por un cornetín incansable y acariciar por un discreto piano. No sabía mucho de música, pero escuchaba jazz de vez en cuando. Para Gregory el jazz era esa cosa extraña, esa forma de arte que se había suicidado, y cuya historia podía dividirse didácticamente en tres períodos: el primero, en el que tocaban temas enteros y normales que se podían reconocer; el segundo, en el que tocaban retazos de temas, fraseos breves y repetidos, tímidas melodías que se abortaban nada más comenzar; y el tercero, un período de sonido puro, donde la búsqueda de un tema era contemplada como una rareza, donde la melodía se ocultaba al oyente como la valija diplomática de las

aduanas: sospechabas que dentro había algo que deseabas, pero no te estaba permitido mirar. Para su sorpresa, Gregory prefería el segundo período, que parecía ir al compás con sus ideas sobre la vida. La mayor parte de la gente esperaba que sus vidas estuvieran llenas de canciones, pensaban que la vida se desplegaba como una melodía; deseaban, y creían encontrarse, una exposición, un desarrollo, una recapitulación, un clímax neto en caso necesario, y así sucesivamente. A Gregory estas pretensiones le resultaban ingenuas. Solo esperaba retazos de canciones; cuando una frase reaparecía agradecía la repetición, pero la atribuía a la suerte antes que a sus propios méritos; las melodías, en cambio, como él sabía, siempre se acababan.

La noche siguiente Jean leía en la cama. Cuando Gregory entró a darle las buenas noches ella se disculpó por su rudeza.

—No te preocupes —dijo Gregory, rudo a su vez—. ¿Qué querías decir con lo de la motocicleta?

—No es más que una historia que me contaron antes de que tú nacieras.

—Siempre dices eso. *No es más que una historia que me contaron antes de que tú nacieras.*

—¿De verdad, amor? Bueno, no olvides que fuiste un niño tardío. —Encontró inopinado estar diciendo eso a un hombre de casi sesenta años sentado al otro extremo de su cama, pero ya era demasiado tarde para rectificarlo.

—¿Y quién era el motociclista? ¿Algún noviete tuyo? —Gregory le hizo un guiño, bastante seductor, pensó ella—. ¿Un viejo pretendiente?

—Yo no tuve pretendientes —replicó—. Era más bien amigo de un amigo mío. Fue en la guerra. Fue una especie de visión. El piloto de un Catalina —que es un tipo de hidroaeroplano— lo vio mientras patrullaba sobre el Atlántico. A unos setecientos kilómetros al oeste de Irlanda. Un hombre avanzaba sobre las olas montado en una motocicleta. Debió de ser impresionante. Qué buen truco.

—Mucho mejor que el tuyo con el cigarrillo.

—Mucho mejor.

Se produjo un silencio y después Gregory dijo de repente:

—¿Madre?

—Oh, cielos.

—No, no digo *madre,* está bien. Es que he decidido hacerte tres preguntas, preguntas formales, y pensé que sería mejor llamarte madre. —Se puso en pie, caminó hacia la ventana, volvió y se sentó en la cama.

—¿Y si contesto bien habrá un premio?

—Supongo que en cierta forma. No parece que haya llegado muy lejos con él…

—¿Con el Hombre Memoria? No me sorprende. Sabe Dios por qué no viniste a mí desde el principio.

Gregory sonrió.

—¿Estás cómoda?

—Tengo los sesos en su sitio.

Se miraron el uno al otro con bastante seriedad. Se veían de repente como dos personas conectadas entre sí por la sangre o la costumbre. Gregory observaba a una vieja dama pulcra, alerta y comprensiva que, aunque no hubiera alcanzado la sabiduría, al menos había descartado toda estupidez. Jean observaba a un hombre problemático y ansioso, que acababa de ser desplazado de la edad madura, alguien medianamente egoísta que no conseguía discernir si sus interrogantes profundos eran solo otra forma de mero egoísmo.

—Me temo que no son más que las viejas preguntas de siempre.

Ah, las preguntas de siempre. ¿Por qué es el visón excesivamente afecto a la vida? ¿Y por qué Lindbergh no se comió todos los sandwiches? Pero aguardó con gravedad.

—¿La muerte es absoluta?

—Sí, querido. —La respuesta fue firme y exacta, sin dejar lugar a dudas suplementarias.

—¿La religión es un sinsentido?

—Sí, querido.

—¿Es permisible el suicidio?

—No, querido.

Gregory se sintió como si saliera del dentista. Tres dientes menos: sin anestesia y también sin dolor. «Bueno, ha sido rápido», se encontró diciendo.

—¿Y qué puntuación he obtenido? —preguntó Jean, ahora que había pasado la solemnidad.

—Tendrás que esperar a otra ocasión para saberlo.

—Bueno, ya no puede tardar mucho.

—Oh, Dios, no quería decir eso. —Gregory se arrojó hacia su madre con cierta torpeza, haciéndole algo de daño en el movimiento. Se acurrucó en su hombro; ella le apretó contra sí y meditó sobre lo raro que era consolarle por su muerte cercana, en vez de que él la consolara a ella.

Unos minutos después la dejó y salió al pequeño jardín. Era una noche cálida, negra y sin estrellas; se sentó en una silla de plástico y volvió la vista hacia la casa. Pensó en todas las horas perdidas con el Hombre Memoria, una máquina construida con las mejores partes de varios miles de cerebros humanos, y en cómo había obtenido respuestas mucho más claras de la mente envejecida de su madre. Sí, querido. Sí, querido. No, querido. Dicho por cien años de vida. Dicho al borde de la tumba. Y aun así… y aun así… esa gran certeza en las respuestas… Después de todo, la edad da cierta arrogancia. ¿Cómo podía estar tan segura? ¿No demostraba un poco de falta de imaginación al llegar a los cien años y no tener miedo a la muerte? Tal vez las sensaciones y la imaginación eran mejores guías que el pensamiento. La inmortalidad no es incuestionable: lo citó LVA en algún momento. Así que tal vez las demás cuestiones tampoco eran incuestionables; intentar aplicarles el cerebro era como intentar usar una llave de tuercas que no encajaba.

Una de las cortinas cerradas de las ventanas del piso superior rompió el camuflaje. Gregory recordó otro jardín, en algún lugar de las afueras de Towcester. Hombro a hombro con su madre, en la escalera de incendios, en lo alto de un césped descuidado. Él sostenía en lo alto su Vampire dorado, ella prendía la delgada mecha que acababa en el cilindro marrón que contenía el combustible.

A veces el combustible no arde, o sí arde y el aeroplano se desvía hacia tierra, y a veces el aeroplano planea suavemente mientras el cohete del motor vuela más allá, un minúsculo bote de aluminio lanzado hacia el jardín que se entierra en el seto que hay detrás de los abetos.

Él se equivocaba, por supuesto; pero entonces todos lo hacemos. Todos creemos que el motor pone en marcha el aeroplano, y que el rumbo está fijado. Pero hay muchas posibilidades más, muchas otras probabilidades.

La madurez no era la consecuencia del tiempo, era la consecuencia de lo que sabías. El suicidio no era el único dilema filosófico de nuestro tiempo, era irrelevantemente tentador. El suicidio no tenía sentido porque la vida es demasiado corta; la tragedia de la vida era su brevedad, no su vacuidad. Las naciones, pensó Gregory, hacían bien en prohibir el suicidio, porque el acto ensalzaba una valoración que era falsa en su esencia. El suicida era un hombre que se sentía importante. Qué terrible vanidad hace falta para quitarse la propia vida. El suicidio no es una autonegación. No equivale a decir: soy tan miserable y tan poco importante que no importa que me destruya. Equivalía a decir lo contrario: mira, significaba, soy lo bastante importante como para destruirme.

Tal vez había empezado a pensar en el suicidio porque se sentía fracasado. Tenía sesenta años y no había hecho demasiado: vivir con su madre, vivir solo y luego vivir otra vez con su madre. ¿Pero quién decía que eso fuera fracasar? ¿Quién define el éxito? Los que tienen éxito, claro. Y si pueden definir el éxito, los que ellos juzgan fracasados deberían poder definir el fracaso. Así que no soy un fracasado. Puedo ser un sesentón tranquilo y suave que no ha hecho demasiado, pero eso no me convierte en un fracasado. Reniego de vuestras categorizaciones. En otros tiempos había tribus por ahí que creían ser la única tribu sobre la tierra, y su convicción no cambió ante la aparición de otras tribus. La gente de la que se decía que había tenido éxito hacía que Gregory se acordara de estas tribus.

Y el otro error era pensar tanto, hacerse tantas preguntas. Dios era un motociclista a setecientos kilómetros al oeste de la costa irlandesa, miradas alucinadas contra el aerosol marino, avanzando grácilmente, como si las olas fueran dunas del desierto. ¿Te lo crees? Sí, pensó Gregory, me lo creo. Después de todo, la única

respuesta que queda es No. El error es suponer que puedes probarlo, que puedes explicarlo; o que tienes que hacerlo. Lo que había hecho —y lo que tantos otros hacían— era adoptar la imposible postura intermedia, una postura tolerante pero escéptica, y decir: si puedes demostrar que determinado tipo de motocicleta, llevando un determinado tipo de conductor, dados ciertos neumáticos y cierto grado de propulsión, es capaz de sostenerse sobre el agua ejerciendo una presión tan ligera sobre su superficie

que hace posible el movimiento hacia adelante, entonces creeré en Dios. Esta postura era ridícula, y también era perfectamente normal. La gente pensaba que entrar en el Reino de los Cielos, o como prefirieras llamarlo, era como firmar una hipoteca. Y alguna gente conseguía los mejores curas de la misma forma que habrían conseguido los mejores clientes.

No discutías la presión de los neumáticos, no preguntabas qué clase de moto era, o si tenía un sidecar para montar a la Virgen María: si lo hicieras estarías simplemente diciendo: mira, sé dónde está el truco, los dos sabemos que tiene truco, cuéntame el secreto y seremos amigos. Puedo hasta admitir que eres mejor mago que yo. Por cierto, ¿te gustaría ver cómo me fumo este cigarrillo?

Gregory pensaba que para algunos —creyentes sinceros, sin duda, a su manera— Dios era un motociclista con truco, y Cristo, su hijo, al ascender a los Cielos, había batido el récord del mundo de altura. Dios era el gran mago, el maestro de prestidigitadores que hacía juegos malabares con los planetas, como si fueran bolas relucientes, y todavía no se le había caído ninguno. A Gregory no le interesaba esa clase de Dios, el que solucionaba los pasatiempos de vídeo y resolvía los crucigramas, el que podía chutar el balón de fútbol frente a una barrera defensiva dejándola en la red a la altura de la escuadra desde una distancia de seis años luz. La fe en Dios no debía surgir de que él te impresionara, de que tuvieras temor de él o incluso —lo que era aún peor, pues intervenía la impostura de la vanidad— de que le comprendieras. La fe tenía que suceder, simplemente. El aerosol marino azota los guantes de cuero, el pie patea la dura palanca de cambios para adaptar la marcha a una mar agitada, la moto sale de entre dos olas

y se cuela brevemente en el aire antes de llegar a la cresta. Esto me lo creo, dijo Gregory.

No quería explicaciones, no quería condiciones. La vida eterna, ¿no era ese el gran mostrador donde regatear? Entrar en el Reino de los Cielos era conseguir la hipoteca suprema, y la vida eterna era la mejor pensión del mercado. Por supuesto, era necesario tener las cuotas al día; todos los meses, sin falta. En contraste, Gregory creía porque era verdad, y era verdad porque él sabía que lo era. No era muy presuntuoso en cuanto a lo que era verdad, ni en cuanto a lo que ello traía consigo. Si Dios decidía que el tratamiento apropiado

para los que creían en él era hervir en aceite durante toda la eternidad, por parte de Gregory no había objeción. No se renegaba de Dios porque resultara ser injusto. ¿Quién dijo que Dios tenía que ser justo? Dios solo tenía que ser verdadero.

Observó la ventana iluminada y trató de dejar de pensar. Ya he pensado bastante. Se acabó. Todo el tiempo malgastado con el CGP. Tantos pensamientos, tantas preguntas, tanta *razón.* Indudablemente, había sido muy frustrante. Pensó que el CPG había estado jugando con él, que se había producido una sutil manipulación. Pero no era ese el caso. El CPG era solo una destartalada y vieja invención humana adiestrada para dar respuestas. Pregunta y respuesta, pregunta y respuesta, pregunta y respuesta, oye el rumor del cerebro humano, que va adelante y atrás como un telar industrial. No podía ser así, pensó Gregory. Primero tenías las preguntas y buscabas las respuestas. Luego tenías las respuestas y te preguntabas cuáles eran las preguntas. Luego te dabas cuenta de que la pregunta y la respuesta eran la misma, que una encerraba a la otra. Detened el telar, el inútil telar parlanchín del pensamiento humano. Mira la ventana iluminada y simplemente respira. Echó atrás la cabeza y contempló el cielo negro y vacío. En un lugar apartado de su cabeza oyó una música tranquila y apagada. Una banda de metal que tocaba suavemente, aunque era capaz de rugir. El tema, aunque nunca antes lo había escuchado, le resultó familiar. Respira, solo respira; mira a la ventana iluminada y simplemente respira…

Jean, por su parte, estaba frente a la ventana, mirando hacia el contorno oscuro que sabía que era su hijo. Con qué rapidez y facilidad había contestado a sus tres preguntas; y qué confiada debió pensar que estaba. Aunque parte de esa confianza era un hábito paterno. Ahora, levantando la vista hacia el suave cielo negro, por un momento se sintió menos segura de las cosas. Tal vez la fe era como la visión nocturna. Pensó en Prosser en su Hurricane: el aeroplano negro, la noche negra, el brillo rojo en su cara, el piloto mirando a los lados. Si las luces del panel de instrumentos fueran de colores diurnos, blanco y verde, se arruinaría la visión nocturna de Prosser. No sabría cuándo algo iba mal, no vería nada. Tal vez la fe era igual: si no ponían un panel de instrumentos adecuado no la tenías. Era algo diseñado, una facultad; nada que

ver con la inteligencia, los conocimientos o la percepción.

Pero, con fe o sin ella, esas tres preguntas giraban alrededor como vencejos sin hogar en un cielo tormentoso. En algún momento todo el mundo las tomaba en consideración, aunque lo hicieran a toda velocidad, aunque lo hicieran frívolamente. ¿El suicidio? ¿Quién no había gozado brevemente de la veleidosa excitación de asomarse a lo alto del risco? ¿Qué había dicho Olive Prosser, sobre Tommy, después de Redpath? Siempre tenía un ojo puesto en la puerta trasera. Bueno, para la mayoría de la gente no era mucho más que eso: la tranquilizadora insinuación de que había una salida indirecta. En los últimos meses, la perspectiva de convertirse en centenaria y la visión de Gregory batiendo las calles para convocar una banda de falsos celebrantes con sus inquisitivas risitas, sus copas en alto y sus emocionados gritos de «¡Por los cien siguientes!», todo esto la hacía estremecer. ¿No sería descarado y simpático, pensaba a veces, renunciar al.papel de superviviente impresionante, escabullirse en algún punto entre los noventa y nueve y los cien? ¿Qué edad tenía el más viejo de los suicidas conocidos? Debía haberle pedido a Gregory que lo comprobara con el Hombre Memoria. Aunque si lo hubiera hecho, él habría sacado conclusiones mucho más solemnes de lo necesario.

En cuanto a las otras preguntas… Jean se reafirmaba. Sin duda, la religión era palabrería; sin duda la muerte era absoluta. ¿Era realmente la fe igual que la visión nocturna, con los creyentes consumiendo sacramentos como los pilotos solían devorar zanahorias? No, eso eran solo fantasías. Ahora, la religión recordó a Jean otra de las historias de Tommy Prosser: cuando ochenta años atrás, escapando de un par de 109 sobre el Mar del Norte, había oído el sonido de las ametralladoras. Recurrió a un rizo ascendente y se libró de su enemigo. Entonces volvió a ocurrir exactamente lo mismo, y Prosser se dio cuenta de cuál era la causa: la mano miedosamente agarrada al mando, el pulgar todavía encima del botón: había estado disparando sus propias armas y asustándose a sí mismo con el ruido. A Jean le parecía que la religión era así: gente tonta e inexperta que dispara sus propias armas y se asusta a sí misma, cuando durante todo el tiempo, bajo el indiferente arco celeste, estaban en realidad más bien solos. Vivimos bajo una luna de bombarderos, con luz suficiente para ver que nadie más anda por

ahí.

¿Y lo absoluto de la muerte? La Torre de Porcelana de Nanjing ya no existía, pero en su lugar había descubierto a un filósofo chino que le habló de la destructibilidad del alma. En el momento le pareció una insondable paradoja local, pero con los años, casi sin pensar en ello, el concepto se había asentado y había adquirido sentido. Claro que tenemos un alma, un milagroso fondo de individualidad; lo que pasaba es que poner «inmortal» después de la palabra no tenía sentido. Eso no era una respuesta. Tenemos un alma mortal, un alma destructible, y eso está perfectamente bien. ¿Hay otra vida después? También podías esperar ver salir el sol dos veces el mismo día. Prosser lo hizo, por supuesto, y en su tiempo puede que fuera celebrado, o perseguido, por su visión. Pero incluso Prosser sabía que era un fenómeno natural bastante predecible, que la cosa más bella que había visto en su vida, una visión que le aterró y le hizo insensible al peligro, al final se quedaba reducida a una buena historia para animar un galanteo.

En su vida ya no había tiempo para pensar en la muerte, ahora solo esperaba que llegado el momento de reunir sus últimas fuerzas (si eso era lo que se sentía desde dentro) se las arreglaría para que Gregory pensara que estaba muriendo feliz y tranquila. No quería morir como tío Leslie. La señora Brooks había descrito a Jean con aquella voz que no precisaba megáfono cómo las últimas horas de Leslie, aunque libres de dolor, habían oscilado entre la pura ira y el puro miedo. Jean lo había sospechado: en sus dos últimas visitas Leslie estuvo asustado y lloroso, exigiendo que le reafirmara de cualquier forma en cosas incompatibles: que su enfermedad no era grave, que cuando muriera iría al cielo, que iba a morir valerosamente, que no se utilizaría contra él su huida a América, que todos los médicos eran unos mentirosos, que no era demasiado tarde para que congelaran su cuerpo para despertarle cuando hubieran encontrado una cura para el cáncer, que estaba bien querer morir y que estaba bien no querer morir y que ella iba a quedarse siempre a su lado, ¿verdad?, porque si no la señora Brooks le asesinaría para quedarse con sus baratijas.

Pese a haber murmurado falsas certezas tan aprisa como él balbuceaba sus temores, ella intentó también sacarle —aunque brevemente— de su imparable concentración en su propio ser. Dijo

que estaba segura de que Gregory querría verle, y que estaba segura de que Leslie haría todo lo posible por no trastornar a su sobrino. Leslie no respondió apenas, y Jean sintió aprensión cuando Gregory salía de casa para verle; pero su relato de la bienhumorada y resistente conducta de Leslie la calmó e impresionó. Tal vez el valor en la cara de la muerte no lo era todo, tal vez simular valor ante los que te querían era el más grande y más alto valor.

Al principio Gregory estuvo en contra del plan de su madre. Le parecía morboso.

—Claro que es morboso —dijo ella— ¿O es que no puedo ser morbosa ni a los noventa y nueve años?

—Digo que es innecesariamente morboso.

—No seas relamido. Si eres así a los sesenta, no puedo imaginarme en qué te convertirás durante los próximos cuarenta años.

Hubo un silencio. Jean se sintió avergonzada. Es extraño cómo puedes seguir diciendo cosas inadecuadas después de tantos años. Espero que no lo haga, espero que sea lo bastante valiente para no hacerlo. Gregory se sentía avergonzado, y también irritado. Ella piensa realmente que podría hacerlo, ¿no? Piensa realmente que posiblemente no sea capaz de resistirlo. Pero ahora ya lo he solucionado. Y, en cualquier caso, ¿habría sido lo bastante valiente para hacerlo?

Viajaron hacia el norte en una clara tarde de marzo. Jean prestó poca atención a la ruta y al campo. Hay que guardar energías. Tenía los ojos abiertos, pero solo veía niebla. Había una pérdida temporal de oxígeno, así le gustaba pensar en ello.

Cuando llegaron al pequeño aeródromo rodeado de prados todavía bordeados por la escarcha se volvió hacia Gregory.

—¿Has traído, por casualidad, algo de champán?

—Pensé en ello, traté de imaginar qué te parecería y decidí que lo considerarías poco apropiado. Esto es —añadió con una sonrisa —, si no estás absolutamente resuelta a ser morbosa.

—Lo estoy —dijo, devolviéndole la sonrisa. Se inclinó hacia él y le besó— No es momento para tomar champán.

Mientras caminaban lentamente por la pista, una pequeña presión en el brazo indicó a Gregory que ella quería que se detuvieran. Era un día seco y frío; el sol estaba bajo, caía hacia unas

bandas de nubes de pizarra sostenidas por el horizonte. Un aeroplano pequeño y más bien anticuado —un jet para ejecutivos de mediados los noventa, supuso Gregory— les esperaba a unos cuarenta metros. Sobre la pista había brillantes franjas y grandes números pintados en amarillo.

—No es una gran conclusión, querido Gregory —dijo—, pero la vida *es* seria. Lo digo porque pasé varios años dudando de si así era. Pero la vida *es* seria. Y una cosa más. El cielo *es* el límite.

—Sí, madre.

—Y aquí tengo algo para ti. —Sacó del bolsillo una tira de estaño con unas letras toscamente estampadas en relieve. JEAN SERJEANT XXX—. Puedes contar las equis por besos —dijo. Gregory sintió que se le desmesuraban los ojos.

Mientras Jean subía los escalones hacia el aeroplano, resurgió uno de sus recuerdos más lejanos. Eran otros escalones. PUNTUALIDAD, vino a su memoria. Y también PERSEVERANCIA. Y —¿qué?— TEMPLANZA. Eso es. O más bien TEMPLAN. Y VALOR. Eso es, VALOR. Y mantenerse siempre apartado de la Bolsa de Valores. No podía recordar ninguna palabra más, y deseaba hacerlo. Tras nueve décadas de vida, pensó que el consejo todavía era útil. Gregory probablemente lo necesitaba. Puntualidad, le apeteció decirle al oído, Perseverancia, Templan, Valor, y mantenerse alejado de la Bolsa de Valores.

Mientras Gregory le abrochaba el cinturón en torno a la cintura pensó: este va a ser el último Incidente de mi vida. Oh, pueden pasar otras cosas, una en particular, todavía falta una Maravilla. Pero este es el último Incidente. La lista está cerrada.

Despegaron con dirección este, cruzando un bosque pelado y luego un campo de golf desierto. Un par de bunkers les miraron como cavidades oculares vacías. Aquí y allá se veían banderitas rojas clavadas, como si fuera una maqueta del tiempo de la guerra en donde los generales planeaban sus avances. Pero solo era un campo de golf. Se preguntó si habría todavía alguien que lo llamara el Viejo Cielo Verde. No era muy probable. La gente como tío Leslie había muerto, y con ellos sus frases; y ahora era el turno de morir para los pocos que recordaban sus frases. El prado que había detrás del bosque oloroso al borde del tortuoso catorce. Gritar al cielo, gritar al cielo, acostarse en el Cielo y gritar al cielo.

Ganaron altura, y el piloto giró al sur para que Jean pudiera mirar hacia el oeste. Le había dicho a Gregory que se sentara detrás para que ella pudiera ver bien, pero él insistió en sentarse a su lado. No se opuso, había hecho bien en no traer champán, y además no tenía motivos para estar tan interesado.

El piloto alcanzó una altura media estable, y Jean miraba hacia el oeste.

—Siento lo de la nube —dijo Gregory.

Le tomó de la mano.

—No importa nada, querido.

No importaba. No se puede estar mucho tiempo mirando al sol, ni siquiera al tranquilo sol del atardecer. Hay que poner los dedos delante de la cara para hacerlo. Como Amaneceres Prosser. La mano frente a la cara, volando hacia arriba a través del aire ligero. Con mucha consideración, ahora el cielo ponía su propia mano, cuatro anchos dedos de nube desplegados sobre el horizonte, y el sol se deslizaba tras ellos. Asomó su brillo varias veces y volvió a desaparecer, como la moneda de un malabarista girando lentamente entre los nudillos.

Entonces salió de detrás del último dedo gris. En estos momentos finales varió la sensación de movimiento: la tierra parecía surgir como agua hirviendo y enterraba al sol. Era como el círculo que hace un cigarrillo, y el humo que despide eran las nubes.

Jean Serjeant sintió que el aeroplano empezaba a ascender con un giro hacia la izquierda. Miró por la ventana. Todavía sostenía la mano de Gregory. Él lloraba.

—No, no —murmuró ella, y le apretó la mano grande y suave. Has sido una madre hasta el día de tu muerte, pensó. Se preguntó si Gregory había visto algo.

Después de varios minutos el piloto enderezó la nave e hizo un segundo viraje hacia el sur. Jean retiró la vista de la cara mojada de Gregory y miró por la ventana. Entre ella y el sol ya no estaban los dedos de nube. Estaban cara a cara. Sin embargo, ella no hizo el menor gesto de saludo. No sonrió, e hizo un esfuerzo para no parpadear. Esta vez el sol parecía descender más aprisa, como en un suave deslizamiento. La tierra no le dio caza con avaricia, sino que lo esperó tendida con la boca abierta. El gran sol naranja se colocó

sobre el horizonte, rindió un cuarto de su volumen a la tierra receptora, luego la mitad, luego tres cuartos, y luego, suavemente, sin discutir, el último cuarto. Durante algunos minutos todavía surgió un brillo del horizonte y, al final, Jean sonrió a esta fosforescencia posterior a la muerte. Entonces el aeroplano dio la vuelta y empezaron a perder altura.



JULIAN PATRICK BARNES. Nació en Leicester, Inglaterra, el 19 de enero de 1946. Tras estudiar en el Instituto Ciudad de Londres y en la Universidad de Oxford (en Magdalen College), fue lexicógrafo para el diccionario Oxford. Ejerció luego de periodista, colaborando con medios como el *New Stateman, Sunday Times, The Observer* y *New Yorker*, ya fuera como articulista, columnista o crítico de televisión.

Es autor de varias novelas, compendios de relatos, libros de ensayo e incluso libros de cocina. También es traductor, habiendo traducido del francés y del alemán a autores como Alphonse Daudet y Volker Kriegel. Su hermano, Jonathan Barnes, es un conocido filósofo especializado en Filosofía Clásica. Se casó con su agente literaria, Pat Kavanagh, que falleció en octubre de 2008.

Ha sido galardonado con múltiples premios, entre los que destacan el premio E. M. Forster de la Academia Estadounidense de Artes y Letras, el William Shakespeare de la Fundación FvS de Hamburgo, el Médicis francés (fue el primer británico en obtenerlo, siendo además Caballero de la Orden de las Artes y las Letras de Francia) y fue nominado en tres ocasiones al Premio Booker hasta hacerse con el mismo en 2011 por su libro *The sense of an ending,* traducido al español como *El sentido de un final.*

Notas

[1] *Best man,* «padrino», también significa «el mejor». *(N. del T.)*
<<

[2]Las frases del guía que aparecen en este párrafo y el que sigue son intraducibles en todo su sentido, porque algunas palabras cambian de significado cómicamente debido a la pronunciación china del inglés. Por ejemplo: *Asian* («asiáticos») por *«ancient* («viejos»), *lice* («piojos») por *rice* («arroz»), etcétera. *(N. del T.)* < <

[3] *Sobbing Center* («Centro del llanto») por *Shopping Center* («Centro Comercial»), *(N. del T.)* <<